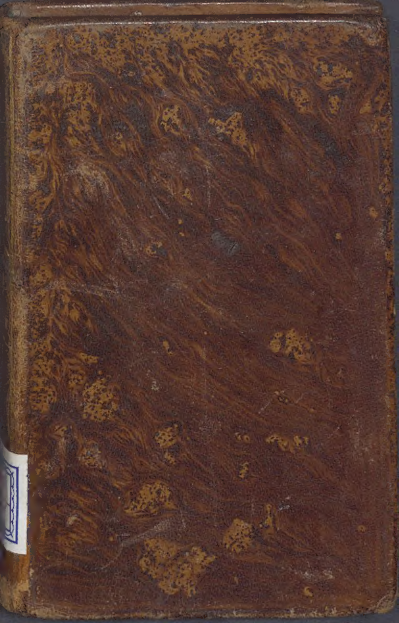






OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO XI.

ROSA,
Ó LA NIÑA MENDIGA
Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO VII.

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1820.
Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Príncipe.*



ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Rosa al rehusar la visita de Montreville se habia impuesto el sacrificio mas penoso, y las lágrimas que bañaban su rostro cuando cerró la puerta no pudieron aliviar su corazon oprimido: mas sin embargo el convencimiento interior que nos consuela de todas las privaciones cuando tenemos la certeza de haber obrado bien, acaso la hubiera restituido

la tranquilidad, si bajo otro punto de vista ella hubiera estado contenta consigo misma; pero su posicion respecto á Mistress Garnet la parecia tan terrible, que no podia mirarla sin el dolor mas vivo; pensando en el celo de aquella pobre muger para librarla de cuantas desgracias habia padecido, sin cesar se reprendia el haber sido la causa de sus actuales padecimientos. Tambien se acordaba del ardor con que en otro tiempo habia deseado conocer á su madre, y veía que ahora que este deseo estaba cumplido, la repugnancia, la antipatía y el horror eran los únicos sentimientos que esta madre la inspiraba: se estremecia al eco de su voz, sus ojos se apartaban involuntariamente de los suyos cuando por casualidad se encontraban sus miradas, y en fin no podia tolerar la idea de ser recono-

cida por su madre, por aquella á quien Dios y la naturaleza la mandaban querer y respetar, mientras que todas las facultades de su alma estaban dedicadas á un hombre extraño y desconocido. "¡Ay Dios! exclamó Rosa: ¡ay madre desventurada! ese cruel accidente que te arranca tan dolorosos ayes no te hubiera sucedido acaso si tú no hubieses cedido al secreto sentimiento que te arrebataba á seguir los pasos de tu hija: ¡oh, cuán desgraciada soy! La muerte de la que me dió la vida es necesaria para dispertar en mí el sentimiento de mis deberes! ¡Dios misericordioso! prosiguió ella cayendo de rodillas junto á la cama de su madre, perdon te pido por este combate entre el orgullo y la naturaleza: tú solo puedes conocer el tormento que padezco, y los remordimientos son el justo castigo que im-

pones á esta hija desnaturalizada. ¡Oh, madre mia, oh, mi afligida madre, Dios te está vengando!"

En aquel momento fue cuando la vió la criada de la posada, que por curiosidad fue á acechar lo que pasaba en el aposento de la enferma.

El billete de Montreville no aumentó el interés que inspiraba á Rosa aquel amable jóven, ni tampoco disminuyó su celo en la asistencia de su madre. Su espíritu se hallaba entonces en un estado de abatimiento, y el único consuelo que experimentaba era cumplir un deber sagrado aunque pesaroso, y haber tenido el valor de vencer la inclinacion que la arrastraba á recibir la visita de Montreville.

El cirujano que llegó poco despues registró la herida de Mistress Garnet; pero los licores espirituosos que aque-

lla habia bebido con tan poca prudencia en la alquería de Shawford causaron una inflamacion en su sangre, que hizo temer al cirujano que sobreviniese una fiebre violenta, y así pidió que se llamase á otro facultativo.

Rosa llena de terror oyó esta declaracion como el mas fatal pronóstico: examinó en presencia del cirujano y de la enfermera los bolsillos de Mistress Garnet, y halló ademas de 60 libras esterlinas en oro y en billetes de banco, una carta dirigida á Mr. Philip Garnet en Paradisse-Strect-Rotherhithe, y como no estaba cerrada, añadió una postdata á fin de noticiarle el accidente que habia sobrevenido á su esposa, y convidarle á que cuanto antes viniese á verla.

Despues de haber concluido este negocio, é inventariado el resto de

los efectos de Mistress Garnet, envio un propio á buscar los mejores médicos de aquellas inmediaciones, y se confirmó la resolucion de no separarse de su madre.

Cuando Montreville regresó á la posada supo que se habian hecho venir otros dos cirujanos y un médico, y que la jóven señorita no habia querido tomar ningun alimento.

Envió á cumplimentarla, pero no recibio respuesta: sin embargo, no pudiendo figurarse que Rosa estuviese tan completamente absorta en su dolor por los males de una desconocida, envió nuevamente á pedir algunos momentos de conversacion, lo que le fue negado.

Entonces por poco perdió la paciencia, y aun con trabajo pudo contener su resentimiento; pero conociendo que su cólera nada remediaria, to-

mó el partido de someterse á su suerte, y despues de haber aguardado casi dos horas envió nuevo mensage, y en su respuesta recibió el convite de pasar al vecino aposento donde Rosa iria á hablarle.

Su palidez y abatimiento le sorprendieron, pero tambien le causaron el mas vivo interés: la cumplimentó elogiando su humanidad, que la exponia aun al riesgo de perder la salud velando continuamente á la cabecera de una enferma, que no podia reclamar su asistencia con otro título que el que la daba su desgracia.

Rosa bajó los ojos, se puso de repente colorada, pero pronto quedó mas pálida que antes.

Montreville continuó diciendo: yo he sentido saber que el cirujano ha pedido que se llame á otros, pues creo que esto es una prueba del peligro en

que está la pacienta.

Rosa empezó á llorar, y dejó á Montreville sin fuerzas para proseguir, y despues de algunos minutos de silencio ella se levantó para retirarse.

Entonces Montreville recobró el uso de la voz, se quejó amargamente de una conducta tan cruel y tàn inexplicable, y preguntó por qué causa podia merecerla. Rosa conoció cuán justa era esta reconvencion; pues los modales y el celo de Montreville eran demasiado lisonjeros, y estaban muy de acuerdo con la buena opinion que desde luego habia formado de él para que pudiese ofenderse de su observacion; pero su corazon estaba oprimido por el dolor, y asi no pudo responder sino llorando.

Montreville, vivamente conmovido, la cogió por la mano, y la suplicó

que se sentase, y le escuchase por un breve rato, y entonces se esforzó á disculpar la impolítica con que se la habia tratado en Grange-House. —"Mi historia, añadió él, es un conjunto inexplicable y casi increible de misterios y desgracias, pero tengo la esperanza de aclarar aquellos y mudar estas en una felicidad permanente. El infame atentado dirigido contra vos (prosiguió él mirando cariñosa y tímidamente á Rosa) ha producido un suceso bien afortunado para mí, y temo que no me sea permitido contároslo en este momento; pero cuando querais hacerme el honor de oirle, estoy cierto de que perdonareis el aparente descuido del Almirante Herbert.

Todos los remordimientos de Rosa por la indiferencia desnaturalizada que la inspiraba su madre, y todos sus

temores por el peligro de aquella muger no pudieron defender su corazon del encanto de una explicacion tan franca y tan interesante, que la libertó de la penosa idea de haber sido despreciada, é hizo renacer todo su respeto hácia el Almirante y su estimacion hacia el capitan Seagrove.

"Caballero, le dijo, segun la buena opinion que yo tenia de vuestro respetable abuelo, me alegro ahora saber que la conducta, que me causó tanta pena, no fue el resultado de una intencion deliberada; por otra parte tengo demasiadas obligaciones á vuestra familia, y á vos en particular (al decir esto se puso colorada), para no mirar ahora como una pena muy ligera la que pudo produciros alguna ventaja."

Montreville la escuchaba como encantado: continuo hablando con ella,

olvidado de que la conversacion solo debió durar algunos minutos, cuando fue interrumpido por la enfermera, que vino á anunciar á Rosa que el cirujano estaba á la cabecera de la enferma. Sin embargo, Montreville no quiso retirarse hasta haber obtenido el permiso de volver la mañana siguiente, y sin que Rosa le permitiese media hora de conversacion.

Rosa despues que despachó el cirujano empezó á recorrer cuanto la habia pasado durante la visita de Montreville, y se sorprendió de la facilidad con que habia abandonado su resolucion de no cultivar una relacion tan poco conveniente para ella. Repasó todos los motivos que debian alejarla de Montreville: la parecieron igualmente poderosos; pero su inclinacion hácia aquel jóven era cada vez mas irresistible.

Aquella noche se calmaron mucho los síntomas de la fiebre de la enferma, á pesar de lo que esperaban los facultativos. Mistress Garnet tenia tal miedo á la muerte, que apenas oyó la terrible sentencia de que si no procuraba tranquilizarse moriria irremediablemente, quedó del todo serena y pacífica como un angel: se la suministraron muchos calmantes, y cuando éstos cesaron de hacer su efecto sufrió sus dolores sin dar un grito, y no cesaba de mirar á Rosa con la mas viva expresion de gratitud y cariño.

Rosa la mañana siguiente despues de haberse ocupado un momento en su tocador, recibió á Montreville, que fue exacto en presentarse á la hora convenida.

El amable jóven no estaba desmejorado por haber velado al lado de la

enferma; pero su alma únicamente ocupada en la memoria de un objeto encantador habia alejado de sus ojos el sueño, recordándole mil sucesos tristes y mil aflictivas circunstancias: se habia estremecido al considerar la irresistible inclinacion, que le arrastraba hácia Rosa, y el lector conocerá fácilmente cuál seria el grado de su turbacion cuando sepa que Montreville estaba ya comprometido con otra.

La infidelidad que su corazon estaba tentado á cometer, acaso hubiera podido mirarse como una ligera ofensa, supuesto que él aun no habia visto la jóven que le destinaban; sin embargo, las riquezas de su futura esposa eran muy capaces de asegurar la fidelidad de un hombre; pero Montreville era uno de aquellos que no hacen caso de las riquezas. Un motivo mas poderoso para él le habia o-

bligado á dar su consentimiento para la boda, y esta circunstancia le consternó de tal modo toda la noche, que á la mañana se sintió con una fuerte jaqueca.

Rosa quedó sorprendida al observar tal mudanza en su rostro y en sus acciones, pues en lugar de aquella admiracion apasionada que expresaban sus ojos la tarde antecedente, y en vez de aquel tono afectuoso de sus palabras, le halló melancólico y silencioso, en términos que pasaron algunos minutos antes de que pudiese hablarla. Rosa se presentó tambien triste y abatida; pero bien pronto el poder mágico del amor les rodeó con su encantadora luz, desterró toda sensacion desagradable, y no dejó que hubiese sino franqueza y confianza.

El rostro de Montreville se rea-

nimó, y ya no pensó en su compromiso, ni en la palabra que habia dado. Rosa preparó el café; y como Mistress Garnet tenia la cama en el cuarto inmediato, Montreville se tomó la licencia de observar que nada era mas dañoso que la continua asistencia al lado de una enferma; pero Rosa le interrumpió declarando su firme resolucion de proseguir cuidando á Mistress Garnet.

Montreville habia formado el proyecto de empeñar á Rosa á que fuese á Grange-Housse: pero viendo que estaba decidida á no abandonar á Mistress Garnet hasta que estuviera fuera de peligro, hubiera querido que por lo menos ella fijase allí su residencia, é ir él á Pontefract las mas veces que pudiese. Se esforzó á persuadirla á admitir este plan, y añadio que la proximidad de Sir Ja-

cob Lydear era muy peligrosa por el poder que tenia en aquel país, y que como la madre de este jóven habia manifestado el mas vivo resentimiento por el modo con que le habian tratado, pudiera muy bien querer vengar en Rosa todas las penas que sufria. Rosa conoció que las observaciones de Montreville eran exactas, y que su auxilio tal vez pudiera serla nuevamente necesario, y así se estremeció contemplando su situacion: sin embargo, á pesar de la justicia que hacia al carácter del Almirante, Grange-Housse era el parage en que menos deseaba refugiarse, y como Montreville no podia ofrecerla su proteccion sino quedándose en aquella posada, cosa que no podia aceptar, se esforzó en aparentar un valor, que realmente no tenia.

"Sir Jacob Lydear no puede a-

temorizarme, respondió ella: yo estoy bajo la proteccion de esas mismas leyes que él ha violado: sea cual fuere su autoridad, él no puede hacer que todo un pueblo falte á las leyes de la policia establecida en él. En cuanto á Lady Lydear ella conocia, y conocia demasiado...." pero se detuvo temerosa de lo que iba á decir; pues acordándose de las calumnias de Lady Lodwer, no dudó que su historia, comentada por esta última, la quitase todos los derechos á la justicia que podia reclamar de Lady Lydear.

Montreville redobló su atencion, y no queria perder una sílaba de aquello que *Lady Lydear conocia demasiado*; pero en vano aguardó á que Rosa se explicase mas. Al cabo de algunos minutos, viendo que ella no queria continuar, dijo que esta-

ba muy distante de querer debilitar su confianza en las leyes del país; pero añadió: "¿Cómo es posible que la juventud, la hermosura y la inocencia sin amigos y sin proteccion puedan reclamar la justicia de esas mismas leyes contra el poder y la riqueza?"

Rosa no pudo contener su terror: comenzó á llorar, y su imaginacion la realizó desde luego el cuadro que Montreville acababa de bosquejarla, cuando el ruido de las pisadas que sonaban en el cuarto inmediato la pareció el anuncio de la venida de Sir Jacob; y así consternada, no siendo dueña de sí misma, lanzó un grito, y se arrojó á los brazos de Montreville, diciendo con una voz convulsiva: "¡*Ah*! ¡*salvadme*! ¡*salvadme*!" En este momento se abrió la puerta, presentándose el Almiran-

te Herbert y el capitan Seagrobe, los cuales quedaron inmóviles de sorpresa.

Habiendo cedido el Almirante á las persuasiones de su amigo, que le aconsejó entrase sin pasar recado, preparaba una excusa para disculparse de haber violado las reglas de la urbanidad, y faltado al respeto debido á una señora, introduciéndose en su cuarto con tan poca ceremonia; pero el aspecto de Rosa en los brazos de su nieto le quitó toda su serenidad, y se olvidó enteramente de cuanto iba á decir.

En los ojos del Almirante habia un no sé qué tan dulce y tan noble, que Rosa se sintió penetrada de respeto hácia aquel venerable anciano, y tal vez esta impresion fue tanto mas profunda, cuanto ella esperó ver entrar á Sir Jacob con su

amigo Mr. Jolter, por lo cual el capitan Seagrobe con sus cabellos rubios, su cara ancha, su larga espada y su uniforme de marina la pareció un objeto lleno de gracias. Ella se desprendió de los brazos de Montreville sin experimentar el menor movimiento de aquella confusion que la hubiera aterrado por haber sido sorprendida en actitud semejante, á haber sido otra emocion que la del terror, quien se la hubiese hecho tomar: así es que recibio á los dos amigos con tal franqueza, alegría y gracia, que la sorpresa del Almirante se cambió en admiracion, y no titubeó en creer que la opinion de Montreville para con ella era perfectamente exacta, y en voz baja dijo al capitan Seagrobe que Rosa no solo era la muger mas encantadora que habia visto hacia mucho tiempo, sino

que era imposible tener mejor tono, mas gracia, ni mas dignidad en sus modales.

El capitan, que no tenia tan buena opinion del juicio de Montreville como su abuelo, miró á Rosa bajo un aspecto muy diferente. Una niña abrazada á un joven le pareció una posicion tan sospechosa, que no dudó en creer que aquella que no se habia avergonzado de verse sorprendida de aquel modo, fuese ya una muger corrompida y despreciable.

Rosa dirigió entonces la palabra al capitan; pero éste en vez de entregarse á aquella bondad tosca, y á aquella benevolencia sin ceremonia, que formaban su carácter, desvió con precipitacion los ojos de la encantadora figura de Rosa, que involuntariamente habia fijado su atencion, y repitio á todas sus protes-

tas de gratitud: "Muy bien: *muy bien*: ¿muchacha, cómo va de salud?"

Confundida de semejante conducta, y humillada viendo la atencion con que el Almirante la miraba con su lente, la pobre Rosa no sabiendo qué hacerse bajó los ojos, y guardó silencio.

Conociendo Montreville su confusion se la advirtió en secreto al Almirante, y el buen viejo retiró su lente con tal precipitacion, que en medio de su zelo para reparar su falta de política, dejó caer su baston y su sombrero.

Entretanto el capitan descontento de las atenciones que se prodigaban á una joven, que en su concepto solo merecia desprecio, se retiró al otro lado de la pieza.

Muy contenta Rosa con los amistosos cumplimientos del Almirante, y

viendo el placer con que alternativamente paseaba sus ojos sobre su rostro y el de su nieto, dio toda su atencion al venerable anciano, y no reparó siquiera el mal humor del capitan.

Montreville habiendo contado la causa del terror de Rosa en el momento en que el Almirante entro en la pieza, este último la ofreció francamente su proteccion hasta tanto que ella pudiese instruir á sus amigos del peligro en que se hallaba, como tambien concluir la fatiga que se habia tomado por un efecto de su humanidad asistiendo á una desgraciada criatura, cuyas inclinaciones viles eran tan opuestas á la modestia y dignidad de su sexo. "Yo, añadió el Almirante, tengo una digna y virtuosa muger, que me hace el honor de residir en Grange-Housse: os presen-

taré á ella, y estoy bien seguro de que hará cuanto pueda para restablecer á vuestros ojos el crédito de mi casa, si os dignais entrar en ella."

Rosa le hizo una cortesía; pero aunque estuviese menos dispuesta que nunca á descubrir los verdaderos motivos que la detenian en Pontefract, insistió en el proyecto de no abandonar á su madre.

"La situacion de Mistress Garnet, dijo ella, me impone la obligacion de velar á su lado, y por mas extraña que pueda parecer semejante determinacion, no me apartaré de su alcoba ínterin su vida esté en peligro."

El Almirante quedó atónito, y sus miradas se encontraron con las de Montreville, quien con ellas expresó muy bien el pesar y el despecho.

"Pues bien, replicó el Almirante, yo permaneceré en esta posada para protegeros y defenderos, si aun se atreven á insultaros." — "Vaya, vaya, Almirante, exclamó Seagrobe, eso es llevar las cosas al extremo. El diablo me lleve si vuestra política y vuestro buen corazon no os hacen perder la cabeza. ¿ Será razon que vos cruceis en estos parages para comboyar una barquilla sin lustre, y que querais exponeros al abordage de un corsario, cuando no debeis pensar sino en virar tranquilamente vuestro viejo casco, incapaz ya de mantenerse en el agua? Eso no, por mi vida que no lo consentiré: ya he dicho otra vez que yo me quedaré en su custodia: yo soy mas capaz que vos de esta tarea, y estoy determinado á mantener mi palabra."

Entonces Rosa comprendió, no sin mucho disgusto, que por una causa imposible de descifrar habia llegado á ser un objeto de desprecio para aquel mismo hombre, á quien ella miraba con una particular estimacion, y á quien ya debia particulares atenciones, y que á pesar de su tono tosco y severo ocultaba bajo aquel exterior poco agradable un corazon excelente, sensible, y capaz de la amistad mas delicada. Despues de algunos minutos, durante los cuales su sorpresa la hizo guardar silencio, agradeció al Almirante y á su amigo las bondades que la manifestaban; pero añadió, que á pesar de su terror en el momento en que Montreville habia supuesto que Sir Jacob podia renovar sus insultos, reflexionando despues mas despacio sus temores, no dudaba que estaba per-

fectamente segura en una casa, donde la visita de una persona tan respetable como el Almirante debia grangearla las mayores atenciones; y concluyó diciendo que por esto esperaba que él y su amigo el capitan desistirian de incomodarse por ella.

El capitan no respondió sino con un movimiento de cabeza hácia Rosa, y dirigió al Almirante una ojeada expresiva. Este digno anciano, despues de haberse abandonado por un instante al primer arrebato de la galantería, que le era tan natural, reflexionó en la suma delicadeza de su salud, en su edad, y en las incomodidades que le habian resultado de haber tenido que pasar en vela solo una noche, y así, conociendo cuán exactas eran las observaciones de su amigo, se contentó con repetir á Rosa sus excusas por el modo gro-

sero con que se la habia tratado en Grange-House, y la aseguró que la causa de ello habia sido un negocio mas importante para él que su misma vida. En seguida, viendo que el capitan miraba su relox por la trigésima vez, rogó á Montreville que hiciese venir el coche, y Rosa despues de haberse despedido de los tres con el modo mas gracioso se retiró de la sala.

Á su regreso á la de Mistress Garnet halló una porcion de frutas, que Montreville habia mandado llevar, y se prendó mucho de una fineza tan delicada: habiéndose acercado á una ventana vió al encantador jóven dar la mano á su abuelo para subir al coche, y en seguida colocarse á su lado, mientras que Seagrobe los hacia besamanos, diciendo: "á Dios, y buen viaje."

Viendo Rosa que el capitan volvia á entrar en la posada, sintió que hubiese insistido en el designio de velar por su seguridad; y conoció, reflexionándolo despacio, que semejante precaucion era poco necesaria; pero como la oferta del capitan no se habia dirigido particularmente á ella, pues se contentó con hacérsela al Almirante, no quiso pedirle una conferencia para disuadirle de su empeño, y aun supuso tambien que verosimilmente él no la solicitaria, por lo cual dejo las cosas en tal estado, y volvio al lado de Mistress Garnet. Esta pobre muger, demasiado débil para poder hablar, expresaba por signos el deseo que tenia de comer alguna fruta, á pesar de que la enfermera decia que le seria perjudicial semejante capricho.

Cuando Rosa se acercó á la ca-

ma, Mistress Garnet la cogió la mano, se la aplicó á los labios y despues al corazon, mientras sus lágrimas corrian por aquellas mejillas, ajadas mas que por los años por los excesos de su intemperancia.

Rosa se conmovió vivamente: ya no se acordó de Montreville, y sus lágrimas cayeron sobre aquella mano que estrechaba la suya; pero viendo que la pobre muger no cesaba de mirar las frutas, envió á consultar al cirujano, quien respondió que nada seria mas provechoso á la enferma que el uso de aquellos vejetales refrigerantes.

Entonces Rosa sumamente contenta se sentó al lado de la cama para mondar las peras, y escoger las mas bellas uvas, acordándose con placer de que este era un regalo de Montreville, y que tambien seria á

él á quien su madre deberia algun alivio en sus dolores.

Aunque Rosa no veía al capitan Seagrobe, sin embargo escuchaba su voz entre las de los muchos que brindaban en las salas de abajo, y luego que llegó la noche, viendo que Mistress Garnet estaba muy mejorada, se acostó por la primera vez desde su llegada á Pontefract; pero como su alma estaba demasiado agitada para entregarse al sueño, pasó gran parte de la noche en acordarse de Montreville.

La mañana siguiente el Almirante volvió á Pontefract acompañado de su nieto. Rosa esperaba siempre que cada visita seria la postrera; pero ¿cómo habia de estar indiferente con un hombre tan respetable como el Almirante, y siendo así que Montreville no pronunciaba una palabra que

pudiese ser censurada aun por la muger mas prudente? ¿Cómo era posible que ella se expusiese á pasar por ridícula dando una siniestra interpretacion á sus visitas? Y segun esto, ¿cómo la era posible resistirlas?

El capitan Seagrobe subsistia en la posada, y comunmente acompañaba al Almirante cuando visitaba á Rosa; pero aunque ya se habia calmado su mal humor, con todo aun se mantenia serio con ella: mas al contrario, Montreville cada dia era mas expresivo y mas atento, informándose de cuanto la agradaba, y procurando prevenir sus deseos, á cuyo zelo correspondia ella teniendo en él la mayor confianza, y así le notificó que habia escrito á Mr. Garnet, cuya venida esperaba con la mayor impaciencia.

Mr. Garnet habia ido á Chatam

en casa de un amigo, por lo cual no pudo recibir tan pronto la triste nueva del estado de su muger, de modo que no llegó á Pontefract hasta cuatro dias despues del que se le esperaba. Por fin una silla de posta se paró á la puerta de la posada, y se apeó un hombre, que inmediatamente voló al cuarto de Mistress Garnet.

"Rossy, mi bella Rossy, ¿qué tienes, amor mio?" fueron las primeras palabras que este hombre de casi treinta y seis años, pequeño de cuerpo, flaco y pálido dirigió á Mistress Garnet, que por lo menos le llevaba diez años. "¡Oh, Phill! respondio la *bella Rosita* con una voz ronca, no me toques, estoy hecha pedazos, y ciertamente mi niño y yo estariamos debajo de tierra á no ser por esa angelica criatura que

estas viendo: Dios la bendiga, pues ella es quien me ha salvado la vida." — "Muy bien, respondió Mr. Garnet: segun eso ella es tan bella como bondadosa, y yo la doy el parabien, porque estas dos perfecciones raras veces se reunen: pero Rossy, mi pobre Rossy, ¿cómo has venido á parar á tal estado? aunque ya lo adivino. Tú habrás bebido un traguito, y despues...."—"No por cierto, Phill, interrumpió Mistress Garnet: yo he vivido tan sobria como un juez."—"Sea, pues, replicó el tierno esposo, yo quiero creerlo así, y aunque juzgo que el Doctor te habrá compuesto bien la pierna, quiero que la vuelva á examinar en mi presencia, y tú no perderás tus preciosos miembros, si pueden sanarte todas las guineas que yo poseo."

Apénas se comprendió que Mr.

Garnet tenia muchas guineas, cuando toda la casa se puso en movimiento. Se llamó al cirujano, quien examinó nuevamente la pierna de la enferma, y cuando se retiró pidió Mr. Garnet una pipa, y perfumó tan perfectamente la alcoba, que Rosa no pudo permanecer en ella; y como por otra parte vió que no seria su inmediata asistenta, pidió otro cuarto, y se retiró.

M. Garnet con su corta estatura, y su aspecto débil, tenia una voz de trueno: su frente era pequeña, la nariz corta, las mejillas muy abultadas y la boca grande: llevaba un vestido obscuro, levita encarnada; medias de algodon, zapato con grandes hebillas de plata, un pañuelo negro y un sombrero que cubria toda su cabeza. Él estaba muy apasionado de su muger, amaba con

extremo á su hijo, y así quedó muy agradecido á los cuidados de Rosa respecto á la primera.

Como Montreville habia manifestado deseos de saber cuándo llegaba Mr. Garnet, el capitan envió á su criado Ben Gunter para que llevase á Grange-Huosse esta noticia.

Por la mañana el Almirante pasó á Pontefract acompañado de su nieto, y al entrar en el cuarto donde regularmente hablaba á Rosa, la dijo: "Ahora, señorita, ya está concluida vuestra tarea, y espero me hareis el honor de mirar mi casa como la vuestra hasta que hayais noticiado vuestra situacion á vuestros amigos, y así Mistress Linn vendrá á buscaros en mi propio coche á la hora que os sirvais indicarla."

Rosa titubeó, cambió de color, y articuló algunas palabras, las cuales

parecieron una formal negativa, á pesar del delicado colorido que quiso darlas. El Almirante que habia esperado esta última prueba para saber si pertenecia ó no á Mistress Garnet por las relaciones de la sangre, se levantó inmediatamente, cogió á Montreville por e brazo, hizo una grande y silenciosa cortesia á Rosa, y salió del cuarto seguido del capitan, cuya asistencia en Pontefract ya no se juzgó necesaria.

CAPÍTULO II.

El Almirante, su nieto y el capitan no hablaron sino de Rosa todo el tiempo que duró su viaje á Grange-Housse. El primero repitió lo que ya habia dicho elogiando sus gracias, su belleza y su talento: Montreville pareció taciturno y pensativo; pero el capitan se entregó nuevamente á todas las malas ideas que le habia producido la vista de una jóven, capaz de vivir con Mistress Garnet.

"Ella es encantadora, yo convengo en ello, exclamó el capitan; peto aunque tiene todo el garbo de una fragata, aunque está blanca como una azucena, y tan derecha como un mastil, y aunque es tan vivaracha como una cierta Miss Molly Gum, que yo conocí en Portsmouth habrá unos

treinta años, ¿qué significa todo esto para un hombre como Horacio, que ha dado su palabra á otra?" — "No permita Dios, respondió el Almirante, que ninguno de nosotros falte á las leyes del honor; pero el que un hombre esté comprometido con otra no es una razon para que no pueda admirar á una dama." — "¿Qué diablos? yo no digo eso, exclamó el capitan encolorizado: ¡admirar! ¡admirar! Aquí se trata de demasiada admiracion: Horacio está prendado de esa jóven, esto es claro, y el diablo me lleve si no tendreis que arrepentiros algun dia de no haberme creido. Pero ahora, que aun es tiempo, acordaos bien de que es mas facil impedir que una ola se establezca en un navío que no el detenerla. Por otra parte, me parece que ya Horacio debe de estar cansado de correr detras

de esa criaturita, que tiene todas las señas de hacer desesperar á sus amantes para poder mejor conseguir sus fines. Vamos, joven, valor, volved en vuestro acuerdo, y no pongais mala cara á un amigo que no es demasiado severo, sino por el celo con que mira por vuestros intereses." — "Si yo os pongo mala cara, como quereis suponer, respondio Montreville, es porque me es imposible no desaprobar vuestras invectivas contra una joven tan encantadora como Mistress Walsingham." — "Es cierto Tom, añadio el Almirante, que vos sois inexcusable por haber hablado así de esa joven." — "¡Oh! sin duda, exclamó el capitan: yo tengo culpa, mucha culpa, pues hubiera debido formar coro con vosotros, y arrobarme contemplando el sinnúmero de buenas cualidades que la distinguen; por

ejemplo, la delicadeza con que ha sabido elegir una amiga. ¡Qué tal! ¿no digo bien?"—"Pues bien, replicó el Almirante, yo confesaré que efectivamente estais culpado Tom, y repito todavia que Mistress Walsingham es una jóven encantadora, y si yo no estuviese convencido, como ya lo estoi de su íntima relacion con esa muger despreciable, y si Horacio pudiese desentenderse con honor de..."

Montreville pareció sumamente agitado, é incapaz de resistir á la emocion que experimentó viendo que su venerable abuelo tenia tanta bondad para con Rosa, se arrojó á sus pies, y abrazó sus rodillas con un movimiento el mas expresivo.

"Horacio, querido hijo, mi amado Horacio, exclamó el Almirante estrechándole en sus brazos, yo conozco, conozco todo lo que no pue-

des explicar; pero piensa que se trataria de elevar una aventurera á la clase de tu madre, é insultar á la inocente jóven á quien estás destinado." — "¡Oh, señor! exclamó Montreville, estad cierto de que jamas abusaré de vuestra indulgencia. Si he contraido con demasiada ligereza un empeño que...." — "Que no es menos sagrado, interrumpió el Almirante, aunque en rigor aquella, cuyo objeto es, no tiene todavia ningun derecho á reclamar la ejecucion." — Montreville respondió, "yo conozco bien la exactitud de esa observacion, pero puesto que mi opinion acerca de Miss Walsingham está corroborada con la vuestra, confieso con franqueza que mi corazon es suyo: yo soy esclavo de un sentimiento á que no puedo resistir; pero sin embargo en semejante caso es mas ho-

norífico confesar la verdad, que no engañar á una jóven con protestas de cariño que no son verdaderas. Yo aun no he tenido el honor de verla, aun me es desconocida, y por otra parte ella puede haber elegido dueño, y cuando esto no sea, los bienes considerables que la pertenecen la dan motivo á esperar unirse con un esposo mucho mas rico que lo que yo puedo serlo." "En ese caso, respondió el Almirante despues de haber reflexionado algunos minutos, yo creo que debeis confesarla con franqueza que vuestro corazon no es ya vuestro, porque el crímen mas imperdonable para una jóven es parecer insensible á sus gracias sin tener un motivo que justifique esta indiferencia. ¿Qué decis á esto, Tom?"—"¿Qué digo yo? Bien facil es de adivinar lo que diré: que todas estas monadas de *cora-*

razon, *franqueza*, *encantos é indiferencia* son cuentos de vieja, que son incomprensibles para mí; pero lo que me parece claro es que dejareis á Horacio que forme una princesa de esa deidad ambulante, y una señora de honor de esa borrachuela: ¿no es esta vuestra intencion? He aquí á la verdad un buen servicio que hareis á toda vuestra familia."

Montreville pareció arrebatarse. "¡Capitan Seagrobe!" exclamó con un tono fiero: "Señor Montreville," replicó el otro con el mismo gesto, y despues de algunos minutos añadió: "Tomadlo como querais, yo no dejaré por eso de decir la verdad." Si vuestra ilustre madre viviese todavia, me daria sin duda las gracias por estas justísimas observaciones. ¡Pobre muger! ella era noble, sin necesitar aliarse con vuestras Milores y vuestras

Miladys ; y ojalá que nunca hubiera tenido conocimiento con tales gentes, así hubiera evitado una suerte deplorable. Pero en fin, volvamos á nuestro punto : he aquí á vuestro venerable abuelo, que es el mas digno oficial con que puede honrarse la marina. Vedle aquí expuesto á ser en su vejez el objeto de la risa de todos por ese capricho que se os ha metido en la cabeza. ¿No veis que abusais de su cariño é indulgencia, y que le haceis cómplice de vuestra extravagancia sentimental? Por otra parte, ¿es así como respetais las últimas voluntades de vuestro bienhechor? Horacio, yo no tengo que deciros sino una palabra, Tom Seagrobe es imposible negar en ningun caso lo que ha creido justo, ni tampoco es un pececillo de agua dulce que se deja cojer al primer anzuelo que se

le echa. Si no sois amigo de la verdad, peor para vos; pero él no dejará su costumbre para acompañaros en los parajes que crea peligrosos."

Mientras este discurso, estaba Montreville sumamente agitado, tanto por sus propias sensaciones, cuanto por el temor de que las observaciones del capitan no hicieron demasiado efecto en el corazon del Almirante; en fin le preguntó: "¿Mr. habeis concluido?"—"Sí, señor," respondió el capitan.—"Pues bien, replicó Montreville, yo os digo á vos, así como á mi respetable abuelo, que yo adoro á Miss Walsingham, esto es una verdad."—"Nada es mas natural," interrumpio el Almirante.—"Pero de lo que no estoi cierto es de si ella admite mis finezas."—"¡Bah! exclamó el capitan, decidla que vais á ser un Lord, y ella se rendirá al

primer ataque."—"Jamas creeré tal bajeza en tan encantadora criatura," contextó el Almirante. —"¡Ah! exclamó Montreville, yo estoi tan convencido de la admirable pureza de su corazon, de su pundonor, de su virtud y de la nobleza de su familia, que apostaria mi honor á que ella puede dar sobre todo esto las explicaciones mas satisfactorias, excepto sobre el artículo de los bienes."—"¡Los bienes! dijo con viveza el Almirante: ¿debe hablarse de ellos cuando se trata de una muger encantadora? Maldito sea el ente mercenario que pueda desear bienes cuando se halla poseedor de la hermosura."—"En cuanto á los bienes, dijo el capitan, yo pienso muy poco en ellos: una muger virtuosa sin dote es preferible á una bribona con todo el oro del Perú."—"Pues bien, dijo

Montreville, si ambos admitís la excepcion de los bienes, yo juro no ofrecerme á esa muger encantadora, sino cuando esté cierto de que es digna de entrar en la familia de mi respetable abuelo, y de que el hijo de la ilustre Eugenia, el heredero presuntivo de un Par de la Gran Bretaña puede admitir con decoro su mano."—"Horacio, querido Horacio, contexto el Almirante, yo os pido dos cosas con instancia: no hagais un juramento temerario, ni pronuncieis delante de mí en vano el nombre de Eugenia. El primer artículo puede haceros víctima de vos mismo, y el segundo despierta todos mis remordimientos. Pensad que no es facil resistir al imperio de la belleza. Cuanto mas extension deis á vuestros sentimientos para con Miss Walsingham, tanto mas dificil os será des-

pues separaros de ella. Puede ser virtuosa, yo no dudo que será bien nacida; pero yo no exijo juramento. No quiero mandar á mi hijo, sino que se porte con pundonor y franqueza respecto á la jóven con quien estaba dispuesto á casarse antes de haber visto á esa encantadora criatura...."—"Sí, respondió el capitan: eso es hablar con razon, empezad lo mas pronto á obrar con franqueza con la jóven que os está destinada, á fin de que la pobre por contar con vos no pierda la ocasion de hallar un buen esposo. Vamos, buenas noches, Horacio: dadme esa mano, y decid que no dudais que Tom es vuestro amigo."

Con esto alargó la mano á Montreville, quien se la dió con cariño, y ambos se separaron muy conformes.

Aunque el dia que sucedió á esta conversacion fue muy obscuro y llu-

vioso, Montreville montó á caballo para ir á Pontefract; y al llegar se sorprendió, viendo que Mr. Garnet salió á recibirle para suplicarle sirviese de empeño para que la jóven Miss, que habia sido tan bondadosa con su pobre Roşsy, quisiese permanecer mas tiempo á su lado, pues habia dicho que no siendo ya necesaria su presencia queria marcharse á Londres.

Es imposible significar las sensaciones de Montreville con esta noticia. Su pasion para Rosa era, segun él, digna del objeto que la habia hecho nacer, es decir pura y delicada. Creia haber descubierto en ella no solamente la hermosura, sino tambien una bondad la mas apreciable. El sentimiento que llenaba su corazon influia en toda su existencia. No hallaba placer semejante á las ino-

centes é imaginarias delicias de su pasion, ni tampoco un tormento igual al de verse privado de ella. Cuando Rosa estaba delante, el mas dulce extasis le impedia pensar en lo futuro ni en lo pasado, pues no gozaba sino del momento presente; pero apenas lo reflexionó bien, deseó que dejase á Mistress Garnet, aunque se estremecio con la idea de que iba á alejarse de su vista. Vivamente preocupado con estas dos últimas sensaciones se entretuvo en repetir en alta voz aquel pasaje de un Poeta italiano, que dice:

"¡Ah, cruel amor, tú envenenas todos los placeres: tus penas y tus delicias destruyen igualmente la paz del corazon que se sujeta á tu imperio."

Es imposible decir cuál fue su sorpresa placentera cuando vió que

Rosa se presentó contestándole con las demas cláusulas del mismo autor, que dicen:

"El género humano siempre ha »padecido por tí semejantes males; »tus heridas son fatales; pero acaso »tus remedios son tan malos como »tus mismas heridas."

"¡Vos hablais el italiano!" exclamó Montreville.—"No muy bien."— "¿Pero le traducís?"—"Algo mejor, porque mi maestro de harpa era italiano, y decia que nunca cantaria con expresion hasta que me hiciese familiar este idioma; y aun añadia que era preciso dar la expresion italiana á la música inglesa."

Montreville quedó arrebatado, diciéndose á sí mismo: "¡ola, con que una aventurera, la compañera de una muger tan despreciable toca el harpa, sabe la música y habla el italiano!"

El no pudo pronunciar una palabra, las lágrimas humedecian sus mejillas; todas sus dudas sobre el nacimiento de Rosa estaban ya disipadas, y su admiracion era inexplicable.

"Por fin, dijo sonriéndose, ya que hablais de la expresion del acento, ¿quereis manifestarme que vuestra práctica no es inferior á la teoría?"— "No me atrevo á asegurar tanto, respondió ella modestamente, pero cualquier descuido mio á lo que se ha trabajado en mi educacion hubiera sido un crímen imperdonable; ademas de eso tenia entonces á la vista una noble recompensa, cual era el sentimiento de la gratitud que excitaba mi emulacion, pues yo deseaba sobresalir en todas las habilidades, puesto que sabia que este era el mejor medio de corresponder á...."

Rosa se hubiera entregado á la

natural franqueza de su corazon, si un sentimiento penoso no hubiese detenido repentinamente la efusion de su corazon. Habia conservado una memoria vaga y confusa del coronel Buhanum; pero su bondad y su cariño estaban siempre fijos en su memoria, y en vez de creerse humillada al detallar todos los motivos de gratitud para con él, hubiera considerado este homenage á su memoria como un medio de hacerse honor á sí misma, pues el amor y los cuidados de un hombre tan virtuoso no podia menos de reflejar con ventaja sobre el objeto de su cariño: mas estos pormenores de su historia que ya iba á confiar á Montreville, debian ir acompañados de una circunstancia que siempre la detenia; pues si no se hubiese tratado sino de dar cuenta de la miseria en que se halló mientras

su primera infancia, y de la caridad de su bienhechor, entonces, ¿con qué facilidad no lo hubiera confesado? Pero declararse hija de una muger tan despreciable para todos los habitantes de Grange-Housse era para ella una cosa imposible.

Mientras que estas reflexiones agitaban su espíritu, habia bajado los ojos; pero cuando al levantarlos miró en el rostro de Montreville pintado el interes y la curiosidad, sintió la pena que iba á causarle su silencio, y le dijo: "Si deseais que cante, no puedo rehusarlo, aunque temo haber ya perdido la costumbre."

Montreville la hizo una cortesía, y Rosa preguntó: "¿qué os gusta mas, el adagio o el alegro?"—"Os responderé con mas discernimiento, dijo él, luego que haya oido uno y otro."

Rosa se sonrió y empezó un ada-

gio ; pero debemos convenir en que á pesar de sus temores de haber perdido la costumbre de cantar, jamas su voz fue tan expresiva y melodiosa, y jamas un gusto mas exquisito reinó en su ejecucion.

Montreville escuchaba todavia aun cuando ya no cantaba.

"Ahora bien, dijo ella despues de algunos minutos de silencio : ¿os gusta este género, ó deberé ahora cantaros un alegro?"—"Admirable criatura," exclamó él levantándose.

Rosa se levantó igualmente.

"No, dijo él, yo no puedo subsistir mas : es preciso que os deje hasta que... Á Dios," y salió precipitadamente.

"¡Dios mio! ¿qué querrá decir con esto?" exclamó Rosa ; y corriendo á la ventana, le vió subir en su caballo, y marchar á galope antes que su

criado hubiese podido montar en el suyo para seguirle. Sus ojos permanecieron clavados en el camino mientras que su espíritu estaba en la mayor agitacion considerando la precipitacion con que se habia ausentado, y acordándose de la alegría que le habia causado cuando supo que ella habia recibido una educacion brillante: pero ¡ay Dios! ¿qué probaba todo esto, sino que Montreville y sus amigos habian formado de ella hasta entonces una opinion bastante comun? ¿Y qué otra cosa podia esperar? ¡Una jóven de su edad viajar sola; presentarse en una casa con el título de aya; salir despues para continuar su viaje con una muger, cuya conducta era el oprobio de su sexo; verse el blanco del insulto y los ultrajes; y despues de obtener su libertad hallarse de algun modo bajo la proteccion de los desconocidos que

la habian favorecido, sin poder nombrar un pariente, un amigo, ni un asilo, y continuar viviendo en una posada con gentes, cuya compañía la hacia avergonzarse! ¡Ah! ¡cómo explicar esta conducta, esta situacion! Y si alguna vez llegaban á descubrir los verdaderos motivos de una y otra, deberia esperar ver acabadas sus relaciones con Montreville por el desprecio que debia inspirarle, mientras la vergüenza y dolor seria su propia parte.

Un profundo suspiro terminó estas tristes reflexiones, se quito de la ventana, y aquella noche no fue á la alcoba de Mistress Garnet, donde su esposo continuaba fumando tranquilamente su pipa.

Este hombre amaba sobremanera á su muger, á su hijo y á sus guineas, y pensaba poquísimo en el resto del mundo. Al principio fue muy

atento con Rosa por los cuidados que esta habia dedicado á su muger, y continuó siéndolo, porque no pudo resistir á la dulzura encantadora de sus modales, á su bondad, y á la gracia que añadia atractivos á su mucha belleza: así bien pronto sintió para con ella una especie de amistad tal cual podia caber en su corazon; pero su conversacion vulgar, su tono grosero y su amor propio eran tan nuevos y desagradables á Rosa, que aun la misma compañía de Mistress Garnet le era deliciosa en comparacion de la de su marido: este fue un nuevo motivo que la obligó á confirmarse en su proyecto de no darse á conocer á su madre.

Rosa ya habia anunciado á ambos su proyecto de salir de Pontefract; su espíritu estaba tan abatido, y tenia tal deseo de huir de las hu-

millaciones que la aguardaban, que tal vez hubiera marchado sin darlos parte, si la escasez de sus fondos no se lo hubiera impedido; y mientras que Montreville hacia en Grange-Housse una pomposa descripcion de sus habilidades, jurando que segun sus modales distinguidos y su educacion brillante no podia menos de pertenecer á una familia ilustre, ella se hallaba en la mayor pena para saber cómo conseguiria júntar algunas guineas, que pudiera proporcionarla huir de una madre, cuyas costumbres y relaciones excitaban de tal modo sus disgustos.

Despues de haber pasado la noche sin cerrar los ojos, se levantó pensando lo mismo que la tarde antecedente, y con tal viveza que tuvo valor de no admitir la visita de Montreville, quien habia llegado á Pon-

tefract antes que ella hubiese abierto la puerta de su cuarto. Abatida por la necesidad de deber favores á Mr. Garnet, supuesto que no podia continuar su viaje sin pedirle algunas guineas, fue un instante á la alcoba de su madre, despues volvió á su cuarto, y se ocupó en empaquetar sus ropas, esforzándose á sujetar su orgullo á la necesidad.

Por la tarde Montreville la envió segundo recado por medio de su antigua confidenta la criada de la posada: viendo que él decia estaba resuelto á permanecer en Pontefract hasta que la hubiese hablado, le recibio en aquella propia mesa donde la tarde antecedente habian tomado el té.

Montreville tenia veinte años, y su aire y sus modales eran igualmente nobles y elegantes. Fuese porque

hasta entonces no hubiese hallado una muger tan perfecta, ó porque entonces estuviese precisamente en la época en que estaba destinado concibiese una pasion séria, lo cierto es que el corazon de Rosa no era mas libre que el suyo hasta el momento en que la vió. Despues de haberse esforzado á convencer á sus amigos de Grange-Housse que la encantadora Miss Walsingham era virtuosa, ilustre, y poseía todas las habilidades; despues de haber establecido con la misma facilidad las pruebas de que la jóven persona á quien le destinaban sería infinitamente mas feliz en poder disponer de sus bienes á favor de un esposo que eligiese, en vez de dárselos á un hombre á quien no conocia, y á quien probablemente deseaba muy poco conocer, obtuvo el permiso del Almirante para dirigirse á

Rosa, con lo cual partió, deseándole el capitan Seagrove un buen éxito en su comision. Montreville poseía una elocuencia dulce y persuasiva, que le era particular, y así hizo su declaracion á Rosa con sencillez, pero con tal expresion que hubiera sido imposible no conocer todo el precio que él daba á su respuesta. La suplicó le diese alguna esperanza, añadiendo que su felicidad dependia de ella sola, y esperó la sentencia que iba á pronunciar con todo el susto que pudiera aguardarla un reo.

Mil diversas sensaciones asaltaron el corazon de Rosa, y la quitaron el uso de la voz: fijó los ojos en Montreville que estaba á sus pies, y luego los bajo confundida, mientras sus mejillas se cubrieron del color mas vivo: sus manos temblaban entre las del jóven que las estrechaba

con entusiasmo, al paso que concebia las mas dulces esperanzas.

Encantado con un silencio, que le pareció mil veces mas delicioso que todas las gracias de la elocuencia, habló de su felicidad como de una cosa que le era lícito esperar, y dijo que su fortuna sería aun mas brillante de lo que prometia la sucesion de su abuelo, pues era heredero de un Par de la Gran Bretaña que le habia usurpado sus derechos del modo mas indigno; que no dudaba que sus contrarios aceptasen los medios de composicion que les habia ofrecido; pues estaba cierto que ellos harian todos los sacrificios antes que permitir se descubriesen sus malos procederes; pero como aun quedaba que presentarles una prueba de su legitimidad, añadio que por entonces solo podia ofrecerla dos mil esterlinas de

renta que el Almirante le habia señalado al año, y la esperanza de poseer todos los bienes en la época que él todavia juzgaba distante, aunque con la certeza de creer que nada podria impedirle gozar los bienes de la familia de su madre.

Rosa experimentaba un placer melancólico escuchando á Montreville, porque su corazon no podia concebir la esperanza como el de su amante: y así le preguntó con una voz trémula, si el Almirante habia consentido en aquel enlace, y Montreville se dió priesa á responderla diciendo: "mi abuelo es el mas noble y mas generoso de los hombres, y se dirigirá á aquel de vuestros parientes que vos querais nombrarle, no con el designio de investigar cosa de intereses, sino para manifestarle el placer que halla en esta alianza."

Rosa dió entonces un suspiro, ó mas bien un gemido.

Montreville se sobresaltó, y despues de algunos minutos de silencio añadió que sus modales, sus sentimientos y su educacion eran los garantes de su nacimiento, y que el Almirante no dudaba que su familia quedase honrada con aliarse á la suya.

"Pero ¡Dios mio! ¡Miss Walsingham!" exclamó Montreville viendo á Rosa caer en su silla con el rostro como un cadáver; tocó la campanilla, acudieron las criadas, un sudor frio corria por la frente de la inanimada Rosa, la trasladaron á un sofá, se la aflojaron sus ropas, se la echó aire; pero su desmayo era tan profundo que hubo que llamar al cirujano de Mistress Garnet, que la hizo una sangría, y entonces volvió en sí, y empezó á llorar amargamente.

"Esta señorita, dijo el cirujano, ha padecido tanto estos dias al lado de la enferma, y su complexion es tan delicada, que verdaderamente extraño que este accidente no la haya sucedido antes."

Montreville la habia manifestado varias veces con el mayor ardor cuán perjudicial podia ser á su salud la contínua asistencia al lado de la enferma, la falta de aire y su mucho trabajo; pero él habia notado una expresion tan dolorosa en su fisonomía antes del desmayo, y pronto concibio la mayor consternacion cuando ella volviendo en su acuerdo le miró de un modo, que á pesar de los felices presagios con que se habia lisonjeado viendo la emocion con que recibio la declaracion de su cariño, no pudo dudar que un misterio impenetrable se envolvia en su

conducta, ó iba á destruir para siempre la felicidad que se habia prometido.

El cirujano prescribió á Rosa el sosiego y el silencio: dispuso que todos saliesen del cuarto, y Montreville, como habia prometido á su abuelo volver aquella misma tarde á Grange-Housse, se puso en camino para desandar lo que por la mañana habia andado sumamente gozoso con las sensaciones de un primer amor, guiado por la esperanza.

Inmediatamente que Rosa supo que habia partido, envió á llamar á Mr. Garnet, el cual en el arrebato de su gratitud por los favores que ella hizo á su muger la habia ofrecido un magnífico relox de oro que llevaba, y habia manifestado sumo disgusto al ver que no le aceptaba.

"Y bien, hija mia, dijo llegán-

dose á la cama , ¿cómo estais? Vamos , tened valor , y no os dejeis abatir , á fin de que cuando Rossy esté capaz de moverse podamos partir juntos ; y yo os aseguro que no os desagradará nuestra casa de Londres , pues tenemos tambien un bonito jardin , una casa de campo y una gran bajilla de china. Nuestras sillas y nuestros muebles son brillantes como unos espejos. Al principio tuvimos algunos debates , porque Rossy no era muy aseada cuando me casé con ella ; pero por lo demas es una pobre muger , aunque es preciso que yo vele sin cesar sobre su conducta por lo aficionada que es al vino."

Mr. Garnet , hablando de este modo acercó una silla , colgó su sombrero de un clavo , sacudió su pipa y la llenó de tabaco , todo sin advertir las lágrimas de Rosa.

Esta, despues de haber hecho varios esfuerzos para hablar, procuró reunir sus fuerzas, y dijo que sus negocios exijian imperiosamente su presencia en Londres, y que así tendria mucho que agradecerle si quisiese prestarla cinco guineas, porque entonces esta cantidad añadida á la que ya tenia sería suficiente para pagar los gastos del viaje. "¡Cinco güineas, repitió Mr. Garnet, hija mia, no carecereis ni de cinco ni de diez cuando estemos establecidos en Paradist-Sereet; pero ¿por qué esa priesa de marchar? ¿qué diablos quereis hacer en Londres? Allí sin duda no tendreis ningun pariente, porque á tenerlos ya se hubieran informado de vos; y ademas con un amante tan agraciado y amable como el vuestro no debeis carecer de nada."

Rosa quedó muy descontenta vien-

do las condiciones que Mr. Garnet ponia á su amistad, su corazon se oprimió con la justa observacion que acababa de hacer acerca de sus parientes; pero no pudo recordar sin indignacion la idea de que él creyese que un amante era necesario para su felicidad. Sin embargo, el desprecio hubiera sucedido á las primeras sensaciones que acababa de inspirarla el hombre grosero que la hablaba, si la memoria de la ultima frase de Montreville acerca del paso que el Almirante se proponia dar con sus parientes no la hubiese bosquejado todo el horror de su situacion.

"Por amor de Dios, señor, no me atormenteis así: yo sin duda me alegraría complacer á Mistress Garnet; pero..."—"Pero no quereis hacerlo: ¿no es verdad? Muy bien, hija mia: yo no entiendo de hablar en

términos pomposos; pero os diré redondamente que á pesar de que un favor exige otro, y á pesar de las obligaciones que os debo, como yo he ganado mi dinero acá á mi modo, quiero tambien gastarlo á mi gusto. Buenas noches."

Este proceder fue tanto mas penoso para Rosa, cuanto ella menos le habia esperado; pero el vivo deseo que tenia de librarse de la cariñosa importunidad de Montreville, y de los buenos oficios del Almirante para con sus parientes, la impidió sucumbir al exceso de su pena. Debia andar diez millas antes de poder reunirse con la diligencia de Londres: mas habiendo oido decir á la criada de la posada que habia una especie de furgon, en el cual ella habia viajado desde Northampton á Schefield, y que regularmente pasaba por Pon-

tefract, Rosa se decidió á usar de este carruage incómodo antes que permanecer mas tiempo en la cruel situacion en que se hallaba; y así llamó á la criada para informarse mejor; con lo cual supo que ningun furgon pasaba diez leguas á la redonda de aquella posada hasta el viernes, y aquella conversacion fue en martes.

Rosa cerró los ojos, suspiró profundamente y despidió á la criada.

Entregada á sí misma reflexionó sobre la fatalidad que presidia á su destino, y que sin cesar la producia disgustos ó desgracias en todas las situaciones en que se hallaba: empezó á perder toda esperanza, y casi formó la resolucion de darse á conocer á su madre, é implorar su auxilio; pero á poco rato se estremecio solo de haberlo podido pensar; repasó en

su memoria todos los motivos que tenia á preferir su deplorable situacion á la desgracia todavia mayor de sujetarse á las órdenes de una madre tan deplorable, así como á los caprichos de su esposo.

Cansada de la suma agitacion de su espíritu, no sabiendo lo que debia hacer, y hallándose igualmente deseosa de salir de Pontefract; por fin el sueño vino á cerrar sus ojos, y aliviar algo sus tormentos.

CAPÍTULO III.

Entretanto Montreville habia llegado á Grange-Housse con una fisonomía tan triste, y modales tan diversos de los que acostumbraba, que el Almirante y su amigo se consternaron.

El jóven entregado á su entusiasmo de volver á Pontefract la víspera, se habia expuesto al mas violento temporal, habia pasado una hora en conversacion con Rosa, teniendo sus vestidos calados de agua; y mientras que el encanto de su amor le transportaba, no advirtió que le acometia un fuerte costipado, el cual se aumentó cuando volvió de nuevo á Grange-Housse despues de su ultima conversacion, y era dificil averiguar quién sufria mas entonces, si su cuerpo ó su alma.

Montreville estaba amado y respetado por todos los criados de su abuelo. La pobre Cristiana con especialidad parecia inconsolable cuando el Almirante despues de haberle tomado el pulso, declaró que tenia una gran calentura.

Inmediatamente envió por un médico, acompañó al nieto á la alcoba, se sentó junto á la cama, y el capitan Seagrobe con un aire melancólico se sento á su lado, mientras que Montreville, rendido al dolor de cabeza y de garganta, y el corazon oprimido por el dolor, nada deseaba mas sino que le dejasen solo, cerrasen las ventanas, y le abandonasen á sus reflexiones.

El Almirante en voz baja y suspirando dijo: "yo temo que esa bella muchacha de Pontefract ha causado alguna pena á mi pobre Horacio."—

"Eso es muy verosimil, contestó el capitan con el mismo tono; pero siempre lo he dicho, que el mejor modo de emprender con seguridad el viaje por el tempestivo mar de la vida es volver el timon contra todos los encantos de las sirenas.

Montreville suspiró, y aunque estuviese dispuesto á descansar alguna cosa, la conversacion de los dos amigos no era acomodada para inspirarle el sosiego.

"¿Qué deberé yo hacer por mi querido hijo," preguntó el Almirante con una voz sumamente triste?— "¿Qué debereis hacer? respondió el capitan: la cosa que mas puede agradarle; ès decir, casarle con esa muchacha. Esto está bien claro."

Montreville se libró de una conversacion, que no podia sufrir ni evitar, cuando llegó el medico; pero aun-

que éste mandó que dejasen solo al enfermo, tuvo mucha dificultad en conseguir que el Almirante se retirase.

"¡Pobre Horacio mio! dijo al capitan luego que salieron: yo sospecho con fundamento que no ha tenido buen éxito en su comision; pero sin embargo pienso que esa jóven no puede rehusar la oferta de su mano."— "¡Rehusarla! exclamó el capitan, ella tiene demasiado talento para obrar de ese modo. ¡Rehusar á Horacio Montreville, el mejor mozo de la provincia, heredero del Almirante Herbert, y bien pronto un Lord, por la gracia de Dios! ¡Rehusarle ella! ¡ah! yo quisiera saber..."

El capitan se detuvo en esta frase, dio las buenas noches al Almirante, y entró en su cuarto, donde puestas las manos en su espalda comenzo á pasearse, reflexionando en

Horacio y en las causas de su tristeza. No dudaba que le hubiese ocurrido alguna cosa que le atormentaba mucho; y aunque el buen capitan no podia aprobar que su jóven amigo rompiese el compromiso que tenia con otra, le compadecia su situacion, y queria mejor verle vagar por el pais de la locura, que dejarle sumergir en la desesperacion, y por lo mismo resolvió favorecerle, y tomar parte en el negocio de Rosa.

Por la mañana al amanecer montó á caballo sin decir nada á nadie, y llegando á Pontefract cuando los criados acababan de levantarse, tomo un cuarto, y mandó que dijesen á Miss Walsingham que tenia un asunto particular que comunicarla. "¡Un negocio particular que comunicarme! respondió Rosa: ¡Dios mio! ¿qué podrá ser?" y se puso á vestir con toda prie-

sa, aunque se vió precisada á sentarse á cada paso para procurar serenarse. Sin embargo, convencida de que esto era imposible, no dilató presentarse en el cuarto donde el capitan la aguardaba.

Él la saludó con una especie de benevolencia en lugar de aquel aire sério que acostumbraba, y viendo que permanecia de pie agitada y confusa, la presentó una silla.

El buen capitan habia salido de Grange-Housse resuelto á obligar á Rosa á una explicacion, y la última cosa que entonces temió era el no tener valor para entablar la conversacion, pues nunca se habia hallado en el caso de ver su humor áspero contrastado por los modales dulces y cariñosos de una jóven modesta: mas este lance habia llegado, y la indecision en que se hallaba le pareció tan nueva

como el sentimiento que la producia.

Rosa mas asustada de su silencio que de su visita se sentó, y ambos quedaron con la pena de explicarse. Por fin levantando los ojos dirigió al capitan una mirada triste y expresiva, que pareció preguntarle á qué iba; y él la respondió con otra amistosa, pero guardando el mismo silencio. No podia comprender la causa de su timidez: tosió, se frotó la frente, cruzó las piernas, tomó dos ó tres grandes polvos de tabaco, y no pudo articular palabra.

"Vos teniais un asunto particular que comunicarme," dijo Rosa con una voz trémula. — "Un negocio... sí, sí, Miss, yo tengo una cosa que.... que deciros." El capitan despues de haber hecho este esfuerzo, sintió renacer su valor y añadió: "el negocio que digo pertenece al jóven Montre-

ville. Yo os diré, Miss, que él volvio enfermo á su casa, y con un semblante tan triste como si hubiese perdido todas las velas en una tempestad." — "Yo lo siento verdaderamente, pero...."— "Dejad que continúe mi arenga, interrumpió el capitan: ¿dónde quedamos? ah, sí: yo iba á deciros que no puede ya manejar el timon, y va retrocediendo de un modo que da lástima. Despues el maldito viento que le ha arrojado hácia vos, y esa vieja urca. Á proposito, yo celebro mucho que vos hayais dicho que no os toca nada, y que solo la habeis conocido casualmente en el camino; pero volviendo á hablar de Horacio, es preciso que sepais que es heredero legítimo de un Lord, que vivió como un pícaro. Creereis que este hijo de.... de.... perdon, Miss, yo iba á olvidar que es

cosa muy mala, como dice el Almirante, que es muy mal hecho decir palabras poco decentes delante de las damas, pues ellas no pueden comprender semejante lenguaje, sino cuando son parecidas á vuestra amiga la borracha."

Rosa se puso colorada, y el capitan, conociendo que la habia mortificado, perdió el hilo de su discurso, tosió, se frotó la frente, sacudió su pañuelo lleno de tabaco, y sin saber qué hacerse, fijó la vista en la ventana y prosiguió:

"El padre, el padre de Horacio: sí (bien digo) el padre de Horacio por su mala conducta se vió obligado á escaparse para huir de sus acreedores que querian arrestarle, lo cual hubiera sido un castigo muy dulce para un hombre que quiso arruinar á su propio hijo, ó lo que viene á ser lo mismo quitarle sus derechos.

Pero felizmente los piratas que concertaron con él un plan tan execrable, no gozaron mucho tiempo del fruto de su presa." Rosa que empezaba á interesarse en el discurso del capitan, preguntó: "¿la madre de Montreville no era hija del Almirante Herbert?"—"Sí, Miss: ella pasaba por una bella y virtuosa criatura: mi viejo amigo no quiso oir hablar de ella interin volvió su hijo, que era el muchacho mas altanero que jamas hubo en el mundo. Enviaron á la pobre muchacha entre los Papistas al lado de una tia vieja que vivia en aquel pais: despues ella se escapó con ese bribon, padre de Horacio, pues nada extraño es que una inglesa mirase con cariño á un compatriota: esto es muy natural; pero la pobre joven tuvo tan mala eleccion, que mas la hubiera valido ha-

berse arrojado al mar en una tabla. Si el Almirante hubiese sabido que ella estaba casada no se hubiera irritado tanto, porque el galancete era uno de sus parientes, y de un dia á otro podia llegar á ser Lord: ¿pero qué pensais que hizo el picaron de su esposo? Él abandonó á su muger, y juró que no estaba casado. Con esto el Almirante no quiso oir hablar de la desgraciada criatura hasta que faltó su hijo, que murió en un combate. Entonces él hubiera dado todos sus bienes por saber de su hija.... pero ¿á qué diablos viene toda esta larga historia que os estoi contando? Lo que iba á deciros solo es de Horacio." Rosa respondió: "¿Y qué cosa habeis dicho hasta ahora que no le pertenezca?"—"Sí, sí; pero yo no tenia necesidad de extraviarme tanto del rumbo, bastaba que supieseis que

la pobre madre de Horacio se sumergió hace tiempo : he aquí ahora lo que tengo que contaros : nuestro jóven habia aparejado sus velas para ir á buscar á otra jóven que se puede comparar á una galeota cargada de oro , joyas y piedras preciosas ; pero os encontró , y vedle ya enamorado como un loco , y decidido á romper sus primeros empeños para casarse con vos. Decidme , ¿no es este un lance diabólico?"

El corazon de Rosa se habia dulcemente conmovido al escuchar la historia de Montreville , aunque contada de un modo tan incorrecto y extraordinario : apenas podia contener sus lagrimas , reflexionando lo que habria padecido la desgraciada hija del Almirante ; pero cuando Seagrobe habló del compromiso de Horacio , y cuando la hizo comprender que el amor que

la tenia era un obstáculo para el plan de establecer su fortuna, no vió en el capitan sino un emisario del Almirante; y en la narracion que acababa de hacerla solo vió la formal intencion de humillar su vanidad, y concluir la presuntuosa esperanza que el amor de Montreville pudiera haberla hecho concebir, presentando á su vista el contraste del rango, pretensiones y fortuna del jóven para oponerla al estado equívoco y miserable en que ella se veía.

Entonces se excitó toda la natural altivez de su caracter, sus miradas expresaron la mas viva indignacion, y levantándose se dirigia ya á la puerta, cuando Seagrobe, que de ningun modo pensaba haberla podido ofender, se levantó igualmente, la siguió hasta el extremo de la sala, y cogiendola por el brazo la obligó á

volver con un gesto tan extraordinario que su sorpresa hizo se la olvidase el resentimiento. Durante este tiempo reasumió su discurso, continuó paseándose con Rosa, teniéndola cogida por el brazo, y á pesar de ella volvió á excitar su interés.

"Querer luchar contra el viento y la marea, continuó él, es trabajar en vano, y asi ya conocereis, Miss, que no debemos hablar mas de la otra persona. Por otra parte, Horacio dice que sabe que vos sois una jóven bien nacida, aunque cree que sois pobre; pero esto no vale nada, porque el Almirante no hace ningun caso del dinero, y yo pienso como él: buenas costumbres, honor y virtud, he aquí las verdaderas riquezas de una muger. Yo supongo por un instante que esa vieja urca hubiera sido vuestra tia, vuestra prima ó vuestra ma-

dre : ¿qué hubierais esperado que se hiciese de ella? El jóven Montreville seguramente no hubiera podido llevarla á Grange-Housse, pues sin duda hubiera sido un bonito cuadro presentar allí una borracha como un bruto. Pero perdonadme, Miss, yo conozco que esta es una reflexion fuera de propósito, y el Almirante y yo creemos que sois una jóven honrada, aunque á decir verdad, las apariencias están algo contra vos, segun la mala compañía en que os empeñais estar, á pesar de las ofertas que os hemos hecho para que la abandoneis. Yo creo, pues, que sois una jóven honrada, y todo lo que deseo es que me deis por escrito el nombre de vuestros parientes, y el de la parroquia de que dependeis. Hacedme tambien el gusto de añadir algunas otras explicaciones como por ejemplo si teneis abuelos ó

abuelas, y cuáles son sus profesiones ó modo de vivir. Nosotros no esperamos sino la respuesta á estas señales para conduciros al puerto del matrimonio, y en vuestra mano está unicam.ıte el que sea cuanto antes."

Al concluir este discurso el capitan soltó el brazo de Rosa, que hasta entonces habia tenido agarrado, y llamó para pedir papel, pluma y tintero, y luego que se lo trajeron lo colocó sobre la mesa, acercó una silla, sacó sus anteojos, limpió los vidrios con un faldon de su casaca, se los puso á las narices, y dijo mirando á Rosa: "Vamòs, Miss, ahora solo falta que... Pero ¿qué es esto? no; yo no me engaño: vos estais llorando. ¿Será acaso las lágrimas de la alegría, o bien es que habeis tenido ayer alguna disputilla con Horacio? porque él volvió muy triste á Grange-Housse: ¡Bueno!

no penseis ya en eso : las querellas entre amantes se dice que solo sirven para aumentar el cariño. Vamos, Miss: ¿cuáles son los nombres de pila de vuestro padre y vuestra madre, cuáles sus apellidos? Decidlo, Miss, que ya estoy pronto á escribir."

Habia una mezcla tan extraña de aspereza y sensibilidad en los modales del capitan, y tal apariencia de verdad y contradiccion en cuanto decia, parecia ignorar tan de buena fe cuanto pertenecia á Rosa, y sin embargo hacia alusiones tan claras á su efectiva situacion, que ella no podia ni desechar, ni admitir la sospecha de que estaba instruido en su historia, ni tampoco confirmarse en su primera idea de que habia ido expresamente á mortificarla. "Sus nombres, vamos Miss, sus nombres," repitió él. —"Yo no puedo ni comprenderos,

ni responderos," dijo ella. —"¡No podeis! replicó el capitan: he aquí una cosa muy rara. Yo he comprendido á bordo las cuestiones mas dificiles, y he respondido á ellas con mi bócina mientras que un diabólico viento me soplaba en la mejilla y en las orejas." —"Eso puede seros facil, respondió Rosa, pero sin embargo...." —"Facil, exclamó él: por mi vida que no tan facil como creis: Miss, bien se conoce que hablais cuando estan vuestras velas arriba, y teneis el viento por la popa."—"¡Dios mio! exclamó Rosa impaciente, ¿qué tengo yo que ver con todas esas niñerías?"—"Niñerías, exclamó el capitan quitándose los antcojos, y soltando la pluma con enfado; ¡niñerías, Miss! Yo... yo..." Aquí se detuvo, y encogiéndose de hombros volvió á tomar su pluma con

un gesto que expresaba su desprecio á la ignorancia de Rosa, y la preguntó otra vez los nombres y apellidos de sus parientes. "Permitidme, señor, dijo ella con una voz trémula, que os haga una pregunta: ¿Sabe Montreville que...."

Ella no pudo continuar; su espíritu estaba agitado por la esperanza de que él ignoraria esta visita, y por el temor, aunque no muy probable, de que un hombre tan pundonoroso y sensible hubiese podido encargar á un agente de esta especie el cuidado de tratar un negocio, sobre el cual él mismo se habia explicado de un modo tan tierno y respetuoso, y que hubiese consentido que se exigiesen de ella estas noticias sobre su familia, quedando decidido, como habia indicado el capitan, á que del resultado de estos informes dependia su posterior

conducta. De cualquier modo que fuese, consolada interiormente con el secreto que parecia ocultar á todos su orígen, se halló menos dispuesta que nunca á confesar que era hija de una muger que inspiraba tal desprecio, y su resolucion acerca de Montreville se corroboró desde el instante que oyó que estaba comprometido con otra, y así supo con alegría que él ignoraba la visita y los proyectos del capitan.

"Muy bien, señor, respondió ella, vos podeis evitar el trabajo de escribir mi respuesta, pues yo quiero dar de viva voz á Montreville todos los informes que quiera sobre mi nacimiento." — "Juro, exclamó el capitan encolerizado, juro no volverme á mezclar en ningun negocio de mugeres. Véase lo que he sacado con haber querido servir á ese pobre Horacio que está enfermo en su camarote, y

aliviar el dolor de mi viejo amigo, que no puede adivinar la causa de la tristeza de su nieto. Muy bien, Miss, guardad vuestros secretos, yo no trataré de averiguarlos, pues sin duda tendreis poderosos motivos para callarlos: pero el diablo me lleve si no he sido un loco en haber venido á galope hasta aquí como un galancete con la esperanza de obtener una sincera explicacion de parte de una muger: he aquí un viaje bien empleado: doce millas de venida, y otras tantas de vuelta sobre ese maldito potro de Will Ratlin, que me ha dislocado los huesos: mas quisiera cien veces estar de guardia sobre la toldilla á las doce del dia en medio de la línea, que verme clavado sobre los lomos de ese caballo. Servidor vuestro, Miss, servidor vuestro."

El capitan salio del cuarto, y Rosa

volvió al suyo, llevando en su semblante las señales del dolor mas profundo.

Mr. Garnet habia ocultado á su muger que Rosa le habia pedido algunas guineas, y que se las habia negado, y así Mistress Garnet extrañaba la ausencia de Rosa, y significaba el deseo que tenia de verla.

Dijéronla que el capitan Seagrobe hablaba con ella; pero no satisfecha con esta excusa la enferma acechó el momento en que se marchó el capitan, y entonces Mr. Garnet la envió á decir que su muger queria hablarla.

El niño Philly; que fue con este recado, volvió diciendo que Rosa estaba rezando.

Esta era la segunda vez que ella habia sido sorprendida en este acto religioso; pero acaso nunca su corazon habia experimentado mayor gra-

titud por la proteccion del cielo, y jamas le habia dado gracias con mas fervor que en este momento.

Ella habia vuelto á su cuarto, segun hemos dicho, en la mas cruel agitacion: parecíala que cuantas personas conocia en el mundo estaban coligadas para causarla las penas mas amargas. Su existencia la era insoportable bajo el peso de tantos tormentos reunidos. Su cabeza se trastornó, sus piernas apenas podian sostenerla, se arrojó sobre una silla, y con este movimiento derribó su maleta que estaba detrás; de modo que todas sus ropas se esparcieron alderredor. Permaneció inmovil en el lugar que ocupaba interin que en su imaginacion repasaba lentamente todos los pormenores de su conversacion con el capitan: cada palabra que él habia pronunciado, y que podia hacer alusion

á su miserable existencia, se recordaba entonces á su memoria. Pensaba tambien en Montreville, en el modo franco, apasionado y pundonoroso con que se habia declarado su amante, y en el candor, pureza y virtud de sus sentimientos. Una sensacion vaga y deliciosa hizo entonces palpitar su corazon: esta llama dulce, este rayo del primer amor alumbró por un instante el tenebroso laberinto, en que solo reinaba el desaliento. La esperanza se esforzó á disipar las nubes que la verdad amontonaba entre ella y la felicidad: su corazon queria abrazar ansiosamente las lisonjeras ilusiones de la primera, pero su razon la volvio tristemente á la cruel certeza de su situacion. Reflexió en el primer empeño de Montreville, en sus riquezas, su rango y el orgullo del Almirante: comparó este cuadro con la

bajeza y la ignominia de su orígen y pobreza, y entonces desaparecieron todas las reflexiones consoladoras, y no dejaron mas que las espinas, remordimientos y confusion.

"¡Ay Dios! exclamó ella pensando en su bienhechor: vos que tanto me quisisteis, sereis ahora testigo de la cruel agonía de mi corazon. ¡Ay! ¡ay de mí! ese corazon tan sensible está helado para siempre: ¡oh, pueda mi cabeza abrasada y mi cuerpo fatigado bajo el peso de la desgracia ir bien pronto á gozar de semejante asilo!"

Cruzó sus manos, inclinó la cabeza, y permaneció por algunos momentos absorta en su dolor, y despues levantándose precipitadamente, y sin saber lo que hacia, recogió en la maleta sus efectos, y notando que se habia caido al suelo una cosa, vió que era la bolsita en que estaba el

sobre que Lady Hopely la habia dado. Este pequeño incidente dió algun ensanche á las dolorosas agitaciones que la atormentaban, y la recordó á Edimburgo y los compasivos corazones que allí habia encontrado. "¡Bondadosa Lady Hopely, dulce y sensible Mistress Steward, exclamó, el cielo os llene de bendiciones."

Su rostro estaba como una ascua, y ni una lágrima siquiera podia aliviar su corazon oprimido. Un movimiento frenético la arrebaró, arrancó con fuerza la cubierta de su cartera, cayó en el suelo la carta que contenia el sobre de Lady, quiso cogerla, pero sus dedos trémulos no lo consiguieron á la primera vez, sintió que tenia algo dentro, y viendo que era un papel que hasta entonces no habia visto, se dió priesa á sacarle para que pudiese entrar mejor en la car-

tera, y sorprendiéndose de la forma en que estaba escrito le abrió, le leyó, y cayó de rodillas. En esta postura fue en la que el niño Garnet la vió cuando se presentó á la puerta del cuarto.

Aunque la curiosidad fue la que condujo á Lady Hopely á casa de Mistress Steward, el ardiente deseo que significó Rosa de dirigirse á Londres, y las palabras interrumpidas que se la escaparon sobre el temor de no hallar un amigo; y los cortos recursos que la ofrecia su caudal, no se ocultaron á Milady, y así se decidio á darla su sobre y ofrecerla su proteccion; pero como la beneficencia natural de su corazon no la permitia contentarse con estériles promesas, habia metido en la carta un villete de banco de veinte libras esterlinas. La vista de este inesperado re-

curso volvió á la pobre Rosa todo su valor, y la esperanza reanimó de nuevo aquel corazon abatido: colocó metódicamente sus efectos en la maleta, la cerró, y se entregó con placer á la idèa de que iba á continuar su viaje sin temer peligros ni humillaciones.

Durante este tiempo Mr. Garnet, que en el fondo era un buen hombre, y que amaba á Rosa, habiendo sabido por su hijo la postura en que la habia hallado, experimentó los mas vivos remordimientos, y no pudo ocultar á su muger el modo con que se habia conducido con su jóven compañera, describiéndola los motivos que á ello le habian obligado.

Mistress Garnet echó á llorar sabiendo que tan encantadora criatura estaba triste por falta de dinero: reprendió ásperamente á su marido por

haber tratado con tanta crueldad á una persona, á quien debia la vida.

Mr. Garnet fumaba su pipa, escuchando la reprension; pero á poco rato su corazon se llenó de sentimiento, se le cayó la pipa, y se puso á suspirar de tan buena fe como su muger.

Rosa entró precisamente entonces en el cuarto: el temor de que algun nuevo incidente no la obligase á diferir su viage la hizo sobresaltar, y se paró dirigiendo á ambos unas miradas, que parecian preguntarles la causa de aquellos suspiros.

"Sed bien venida, mi querida hija, dijo Mr. Garnet: yo siento muchísimo haberos negado el dinero que me pedisteis, y he aquí mi muger que ahora me riñe con razon por mi conducta para con vos."

Mistress Garnet, cuya pierna estaba demasiado debil para permitir

que se levantase, abrió los brazos para recibir á Rosa, y continuó llorando sobre su pecho, y despues de haber excusado el proceder de su marido, confesó el mútuo deseo de ambos de tenerla en su compañía.

Mr. Garnet exclamó : "si necesitais cincuenta ó cien libras esterlinas, vedlas aquí : tomadlas ; ó si quereis enviarlas á alguna parte, yo os daré una letra de cambio, pero no abandoneis á mi pobre Rossy."

Rosa estaba conmovida del dolor de su madre : Mr. Garnet la presentó una porcion de monedas que sacó de su bolsillo, las que ella hubiera querido no tocar ; pero él tenia el semblante tan triste y mortificado, y ella por otro lado estaba tan deseosa de acelerar su viaje para evitar los lances que producirian sus instancias, que se decidio á tomar cinco guineas:

dió gracias á Mr. Garnet, y añadió que aunque todavia no habia fijado el momento de su partida, sin embargo sus negocios no la permitian detenerse en Pontefract hasta que Mistress Garnet pudiese marchar sin peligro.

Las lágrimas de Mistress Garnet se redoblaron oyendo esta declaracion positiva, y Mr. Garnet dijo que supuesto que el viaje era indispensable, era preciso tomase mas dinero. Asi es, dijo Mistress, porque Londres es un pueblo maldito para quien no lleva bien provisto el bolsillo.

Rosa les manifestó su gratitud, y les dijo que si se hallaba necesitada seguramente recurriria á ellos.

Comieron despues juntos, y cuando Mistress Garnet se durmió, y su marido comenzó á fumar su pipa, Rosa se retiró á su aposento, llamó á la

criada, la mandó que el mozo de la posada fuese á buscarla un coche, que le llevase á la plaza, y que viniese despues para acompañarla, y llevar su maleta.

Los motivos de Rosa para ocultar su partida eran primeramente evitar al despedirse de Mistress Garnet el espectáculo del dolor y sentimiento de su madre, quien á pesar de que ignorase los lazos que la unian con ella, sin embargo la manifestaba un afecto que probaba que su corazon no era insensible al agradecimiento. Por otra parte queria libertarse de las instancias de ella y de su marido sobre que las diese señas de su paradero en Londres, pues no tenia medio de recibir sus visitas en las casas de los amigos que se lisonjeaba encontrar en Londres, y que jamas podrian sufrir la sociedad de semejante gente. En

tercer lugar queria probar á los nobles parientes de Montreville hasta qué punto se habian engañado, acusándola tal vez de una presuncion orgullosa. Estaba profundamente ocupada en estas reflexiones cuando la criada de la posada vino á decirla que se habia alquilado un coche, y que se la aguardaba para conducirla á él con su maleta.

Entonces la ocurrió una dificultad, que fue el ignorar de qué modo se portaria respecto al dinero que Mr. Garnet la habia obligado á tomar para apaciguar la colera de su muger.

Pensó primero en meterle en un paquete con el sobre á Mr. Garnet; pero considerando que este proceder afligiria á su madre, y mortificaria á Mr. Garnet, que creeria que aun conservaba algun resentimiento de su primer negativa, se decidio á escribir

un villete á Mistres para asegurarla de su gratitud, y hacerla saber que un negocio importante la obligaba á separarse de allí precipitadamente: al mismo tiempo renovó las gracias por las cinco guineas, prometiendo llevárselas ella misma á su casa de Paradisse-Street: encargó mil besos al niño: les recomendó que no respondiesen á nada de lo que pudiesen preguntar sobre ella, y tomando despues un pliego de papel escribio lo siguiente.

Al caballero Mr. Montreville.

"Las últimas palabras que tuve el honor de pronunciar delante de vuestro amigo en la extraordinaria visita que se dignó hacerme, fueron que yo os informaria por mi boca de lo que fuese necesario supieseis sobre mi origen; pero sin embargo, al de-

cir esto no quise comprometerme á satisfacer una curiosidad indiscreta. Me basta deciros que yo jamas he faltado á ningun compromiso de honor, ni deseo que nadie por mí falte al que tenga. El nombre y la residencia de mi padre son secretos sepultados en mi corazon; pero que su orígen ó sus relaciones sean ó no dignas de los cuidados que vuestro amigo ha tenido la bondad de tomarse para averiguarlo, yo me atrevo á aseguraros que ni mi familia, ni la de nadie se avergonzarian nunca de reconocer á

Rosa Walsingham."

Despues de haber leido este villete como con una especie de triunfo le dió á la criada, pidiéndola le dirigiese con secreto á Montreville, la regaló media guinea por este trabajo, y luego bajó ligeramente la es-

calera, salió de la casa, y despues de haber echado una ojeada expresiva al camino de Grange-Housse se dirigió á la plaza, cuando el repentino estrépito de las campanas, y el movimiento del pueblo que corria por las calles la hicieron volver á entrar en la casa.

Un correo acababa de llegar con la órden de detener los caballos de posta para la hija del Almirante Herbert, que despues de haber pasado por muerta hacia muchos años, se encaminaba á la casa de campo de su padre.

El Almirante gozaba de tan general estimacion, y el suceso que ocurria en su familia pareció tan extraordinario, que en todos los pueblos donde este digno oficial era conocido recibian á su hija con las demostraciones de la mayor alegría.

En Pontefract, donde el Almirante era el auxilio de los pobres, y el re-

fugio de los desgraciados, se habian sembrado las calles de flores y ramas, y los mercaderes se esmeraron en adornar con cintas á los criados y á los caballos, y habian detenido al postillon para obligarle á adornar del propio modo su caballo.

Rosa se enterneció con el feliz incidente que restituia una madre al amable Montreville; pero suspiro con la idea de que semejante circunstancia le impedia pensar en ella ni en su carta, y asi salió nuevamente de la casa, y atravesando las calles entre el tropel de la alegría general entró en el coche, y tomando sobre la marcha el camino de Ferry-Bridge, llegó á tiempo de alcanzar la diligencia de Newcastle, donde habiendo hallado un asiento vacío continuo su viage hasta Londres sin experimentar ningun contrario accidente.

• •

CAPÍTULO IV.

Al principio Rosa se ocupó profundamente en recordar lo pasado; pero despues las bellas ilusiones de la esperanza la internaron á su pesar en el vago laberinto de lo futuro de tal modo que ni una sola vez pensó adonde iba, ni lo que debia hácer cuando llegase. Al fin salió de esta especie de extasis cuando la diligencia se paró en el patio de una posada, y vio un gran número de gentes que habian venido á recibir á los viageros; y mientras que los hombres se daban las manos y las mugeres se abrazaban, el conductor, que tenia abierta la portezuela, la pidió que se apease, y ella se halló hecha el objeto de la curiosidad general.

"Señorita, ¿quereis que se llame

un fiacre? Hermosa señorita, ¿no os acordais de los postillones? . . ." Esto fue todo lo que ella pudo comprender en la confusion de sus ideas. En fin, se veía en Londres; pero sola, desconocida en aquella inmensa ciudad, un movimiento de terror la estremeció, echó de menos á su madre, y sintió la ausencia de este único apoyo que la habia dado la naturaleza.

Llegó un coche, y ella se metió en él con su pequeño equipaje. El cochero preguntó: "Señora, ¿dónde vamos?"—"¡En casa del Dr. Croack en el Walbrook."—"¡En casa del Dr. Croack!" repitio el hombre rascándose la cabeza. ¿Conoceis vos la casa, señora? —"Yo creo que sí," respondió Rosa, y el coche partió.

Los pocos dias que Rosa habia pasado en Londres con Eleonora antes de su viaje á Escocia recibiendo

los cumplimientos de la familia del Dr. Croack, y los paternales cariños del Mayor Buhanum, corriendo de tienda en tienda en el bonito coche del Dr. no podian darla ninguna idea de la Metrópoli: extenuada de fatiga, sola, incierta de si el Dr. estaba en la ciudad, porque entonces no tenia otras dudas, se hallaba metida en un incomodo carruage, atravesando las calles que iba pasando, y aunque á veces llamaba su atencion la porcion de gente que se dirigia arriba y abajo hácia donde los llamaban sus placeres ó sus negocios, y aunque las tiendas entonces magnificamente iluminadas presentasen á su vista las mas brillantes obras de la industria humana, nada podia distraerla de las sensaciones que experimentaba, y el paso lento y molesto del coche aumentaba su impaciencia de llegar Walbrook, donde en

fin podia adquirir noticias de su Eleonora, y esperar un asilo al menos por algunos dias en casa del Dr. Tambien pensaba en Mistress Walsingham, é imaginaba los medios de descubrir su retiro, confirmándose en la resolucion de dirigir su conducta por los consejos de esta digna y respetable amiga.

Entre estas reflexiones dulces y melancolicas, y mientras que la lluvia caía con violencia sobre los cristales de su coche, llegó al Walbrook, reconoció con alegría la casa en que habia recibido una acogida tan amistosa á su llegada de Mount-Pleasant, y pruebas tan efectivas de la pena que causó su partida á Escocia. Su corazon palpitó de placer, sus ojos se llenaron de lágrimas, y el corto intervalo que medio mientras el cochero llamo á la puerta, y bajaron á abrirle, la parecio un siglo de tor-

mento. Mas la dulce emocion que agitaba á Rosa fue como un relámpago, que solo duró un momento para abismarla en el obscuro caos de los temores, el dolor y la incertidumbre. La casa era efectivamente la que buscaba, pero ya vivia en ella otro inquilino; y el criado, que era precisamente nuevo, ignoraba el paradero del anterior de su amo. Despues de haber dado estas ligeras noticias, el viento apagó la luz que tenia el criado, y el, cerrando la puerta, dejó á Rosa incapaz de responder al cochero, que repetidas veces la preguntó donde queria que la llevase.

El terror, el desaliento, la angustia y la consternacion la quitaron las fuerzas de pronunciar ni una palabra, hasta que el cochero cansado de sufrir a pie quieto la lluvia preguntó con viveza si queria que la vol-

viese á la misma posada.

Esta pregunta la dió un poco de espíritu, pues la posada la ofrecia un recurso en que ella no habia pensado, y la diligencia habia llegado tan tarde que sin duda no se extrañaría su regreso: últimamente, no habiendo encontrado á sus amigos la era inapreciable un asilo para aquella noche. Hizo al cochero una señal de aprobacion, y mientras que el coche se alejaba de Walbrook, ella se entregó á la idea lisonjera de que dentro de pocas horas sería recibida en Mount-Pleasant en el seno de la amistad. Se acordó de Mistress Harley, su bondad, su cariño, y no dudo del placer que experimentaria aquella muger respetable al abrazar á su antigua discípula: pensó tambien que sin duda recibiria por ella ó por el Dr. Croack noticias de su Eleonora,

y entregándose asi á la feliz facilidad con que la juventud olvida la desgracia para gozar la esperanza, anticipó con la imaginacion el momento de su llegada á Mount-Pleasant, mientras que el cochero rodaba tranquilamente hácia la posada. Ya Rosa gozaba de la tierna y maternal acogida de Mistress Harley, ya estrechaba las amistosas expresiones de las compañeras que habia dejado en aquella escuela, y en fin se abandonaba á aquel delirio agradable de la imaginacion que crea los objetos que mas la agradan, y transporta á las regiones aëreas desconocidas á la triste experiencia y á la edad madura. Rosa no sintió los vaivenes del coche, ni advirtio los torrentes de agua que caían sobre el techo, ni la obscuridad de las calles, que la luz de los reverberos interceptada por la hume-

dad hacia todavia mas triste, sino que al contrario se ocupaba exclusivamente en sus reflexiones agradables, cuando el choque violento de su coche con las ruedas de otro volcó á ambos, y la hizo presente su actual situacion.

Como el cochero de Rosa tenia sobre su camarada la ventaja de la sobriedad, se dió priesa á socorrerla, y la llevo en sus brazos hasta dentro de una tiendecilla de latonero, que felizmente estaba abierta: luego sacó la maleta, recomendó á Rosa al cuidado de la dueña de la casa, y prometió que inmediatamente que sus caballos quedasen en parage seguro volveria á buscarla en otro coche.

Rosa estaba tan preocupada en sus deliciosos sueños cuando sucedió este fracaso, fue socorrida con tal precipitacion, y su situacion presente la

pareció tan extraordinaria, que ni el peligro de que acababan de librarla, ni los que podrian sobrevenirla se ofrecieron á su pensamiento, hasta que la tendera la preguntó si venia sola, y si estaba muy lejos de su casa.

Esta pregunta era sencilla y natural; ¿pero qué podia responder la pobre Rosa?

"¿Venis sola?" preguntó otra vez la tendera. "Sí," respondió Rosa con voz trémula — "¿Estais lejos de vuestra casa?" Ella no respondio sino llorando.

Una gran porcion de gente se habia reunido delante de la puerta á pesar de la lluvia, y otros rodeaban los coches rotos. Rosa dirigio una ojeada hácia la puerta, y viendo tanta gente se puso palida como un cadáver, lo cual advertido por una criada la hizo sentar, y fue á buscar un vaso de agua.

Durante este tiempo la atencion de la latonera se dirigió hácia otro objeto.

Rosa no era la única persona que habia padecido en el fracaso de los coches, pues otra muger menos dichosa en cuanto al cochero se levantó por sí sola entre los fragmentos de su coche, y se dió priesa á acogerse en el asilo que se la presentaba, dando voces á la gente para que se apartase, y quejándose altamente de cuanto su persona y su adorno habian padecido en aquella infausta caida.

Entró pues en la tienda exclamando que estaba casi muerta, que tenia una gran convulsion de nervios, que era sumamente delicada de salud; y en fin, que como muger distinguidísima por su clase queria pedir el severo castigo de los cocheros que habian tenido la audacia de conducirse

de aquel modo. "¿Por qué es esto?" exclamó con un chillido dirigiéndose á la criada, que sin hacerla caso mojaba las sienes de Rosa casi desmayada. "¿Qué estais haciendo? dadme una silla y un vaso de agua. Yo puedo asegurar que cualquiera que sea esa joven está mas en estado que yo de sufrir este accidente. Su cochero la ha sacado libre de la lluvia y del lodo, á pesar de que su vestido de viaje ya usado no puede ser mas feo, mientras que mi bonita bata está chorreando. Pero yo me tengo la culpa por haberme encaprichado en venir sola en un fiacre. ¡Véase como me he puesto!"

La dama se quejaba, y no en vano, pues ciertamente era la mas triste figura del grupo que la caida de los fiacres habia reunido á la puerta de la tienda.

Sus mejillas estaban cubiertas de un lustroso colorete, una guirnalda de rosas colocada en su cabeza formaba un ridículo contraste con su tez marchita, y las arrugas que se veían en sus sienes y cerca de su boca. Unas plumas, muchas ya rotas y otras mojadas, caían á derecha é izquierda y estaban presas á un extremo de la guirnalda por un grueso alfiler de acero: unos pendientes de diamantes de la fábrica de Dovey se balanceaban sobre su macizo cuello, y un collar de muchos órdenes de piedras de la propia clase caía sobre su grueso y desnudo pecho. Su vestido era de gasa amarilla, unos brazaletes y sortijas de piedras falsas brillaban tambien sobre sus manos negras y descarnadas; su cuerpo era pequeño y rehecho, su aire ordinario, y su voz aguda y penetrante.

Semejante figura, lejos de excitar la compasion, era tan ridícula, que parecia divertir á la turba de curiosos, y la misma Rosa, aunque pálida y temblando, no pudo dejar de mirarla con sorpresa.

La dama viendo que sus quejas y sus amenazas eran igualmente infructuosas, volvió su cólera contra aquella; cuyos modestos modales, dulzura y paciencia hacian la crítica de su arrebato y sus clamores.

"Yo espero, dijo ella á la criada mirando con desprecio á Rosa, yo espero que si los importantes cuidados que os detienen cerca de esa muchacha no son ya necesarios, querreis hacerme el favor de darme algun socorro."

La natural bondad del caracter de Rosa la hizo superior al desprecio con que la trataban, y presentó el vaso de agua que acababa de recibir

á là dama encolerizada, la cual le recibió sin dignarse darla las gracias.

"Ya he traido otro friacre, Miss," exclamo el cochero de Rosa, que estaba junto á la puerta con su coche.

La dama olvido inmediatamente que estaba casi muerta, y que necesitaba socorro, y abriéndose paso al traves de la gente subió con precipitacion en el estribo del coche, cuando el cochero, viendo que no era la misma persona por quien se habia dado tanta priesa, exclamó que no entraria en su coche á menos de que no lo consintiese la joven Miss, y que no le abonase el viage que acababa de hacer.

Una terrible disputa siguió á esta determinacion, y la dama se vio obligada á bajar del estribo, pero sumamente colérica: entonces dixo á voces que queria ver el número del

fiacre, en lo que consintió el cochero sin variar de resolucion, sosteniendo que habia ido á buscar aquel coche para una dulce y bonita señora, que era modesta como un angel, y y que no se creia digno de conducir en su coche á una bella señora tan adornada y á tales horas.

Este elogio irónico acabó de encender el enojo de la dama, y es imposible preveer hasta qué grado hubiera subido su cólera, si en aquel momento un ratero, que se hallaba en el grupo, no la hubiese arrebatado uno de sus pendientes de falsos diamantes, que él sin duda creyó eran verdaderos. Este lance cambió la rabia en furor, y se explicó con un acento, que en nada se parecia á sus primeros clamores.

Como el son de su voz al principio del diálogo entre ella y el coche-

ro anunciaba mas bien una disputa violenta, que una discusion, esta madama no se hizo notable sino á los oidos de Rosa. Los gritos de los mirones que aturdian á la latonera y su criada no pudieron impedir que nuestra interesante viajanta dejase de atender á la desgracia sucedida á una persona de su sexo, y olvidando sus propias penas hizo un esfuerzo para acercarse á la puerta; pero los repetidos gritos de la dama, á quien acababan de robar todos sus falsos diamantes, y los nuevos chillidos que se levantaron entre los mirones la hicieron volver á entrar en la tienda exclamando: "¡Ay Dios! ¿qué me sucederá? ¡Oh, madre mia! ¿por qué he abandonado yo á mi pobre madre?"

La latonera oyendo esta exclamacion lanzó una ojeada terrible sobre la pobre Rosa.

"¡Habeis abandonado á vuestra pobre madre! exclamó ella. ¿Vos efectivamente sois una criatura tan despreciable? ¡Y yo he podido dejar abierta mi puerta para dar asilo á una picaruela que se ha escapado de su casa! ¡Ah! esa muger gruesa y ridícula tenia razon ahora mismo en llamarla *esa muchacha*: yo me atreveré á jurar que os conoceis perfectamente una á otra. Vamos fuera de aquí, *muchacha*; mostradme vuestros talones, pues quiero cerrar mi tienda. Yo he padecido bastante por haber dado entrada á gente de vuestra especie. Una vieja con su rostro pintado como el de vuestra compañera fue precisamente la que echó á perder á mi pobre Sally, y ha hecho de ella una *muchacha*. . . . fuera de aquí, vamos afuera: Mary, cierra esa puerta."

La latonera parecia furiosa, la

idea de su hija seducida pesaba sobre su corazon ; pero ella era demasiado severa para dulcificarse á vista de la desgracia aun en su propia hija ; y asi cogió impetuosamente el brazo de Rosa , y la llevó hácia la puerta.

La dama robada , viendo que no podia esperar ningun socorro en la casa , gritó con todas sus fuerzas , la guardia. Los watchmens acudieron : un gran número de espectadores que esperaban el pillage se escaparon ; pero los que se quedaron parecian á Rosa una legion de diablos , entre los que no eran los menos formidables los watchmens. Ella estaba al umbral de la puerta , Mary hacia todos sus esfuerzos para ponerla en la calle : "¡ oh ¡ dejadme por amor de Dios," exclamó ella arrancándose de sus manos , y corriendo hasta lo último de la tienda á pesar de los obstáculos que la

oponian la tendera y la criada.

El cochero, que entonces la vió, empezó á gritar: "Miss, madama, vamos; este coche es para vos, y yo tendré cuidado de conduciros sin riesgo."

Rosa entonces estaba insensible á todos los peligros. Víctima del mas vivo terror, acababa de caer en tierra inmovil y con la palidez de la muerte.

Toda la indignacion de la tendera contra las muchachas hizo lugar al terror, considerando que si Rosa moria en su casa, lo menos que pudiera sobrevenirla era un proceso criminal, y fuera de sí misma perdió todo miramiento, y se puso á gritar: "Un asesinato, un asesinato: socorro."

Los watchmens, los mirones y los cocheros se precipitaron dentro de la tienda: "Sí, dijo la dama ya mas pacífica por su propia desgracia, esta pobre muger está muerta, y yo casi

estoi cerca de acompañarla ; pero escuchadme bien , watchmens , yo hago cargo de este delito á los cocheros, y á estas dos mugeres , que son sus cómplices." — "¡Yo! exclamó la tendera temblando : al contrario , ¿no la he socorrido cuando entró en mi tienda? Señor cochero , vos sabeis si yo miento."—"Sí , respondió el hombre levantando á Rosa ; pero en seguida vos la habeis echado con bastante dureza."—"Y yo , exclamó Mary pálida como la muerte , ¿no la he traido un vaso de agua?" — "Es verdad ; pero yo vi que haciais fuerza para cerrarla la puerta."

La tendera no tenia nada que responder contra estas observaciones, pero metió un scheling en la mano de un watchmen , y le rogó por amor de Dios que fuese á buscar á uno de sus vecinos , que era juez de paz.

"¡Oh, mi querido Mr. Bronze! exclamó ella viendole entrar, aquí hay un suceso muy triste: ved esa joven que han traido de la calle á mi tienda; y esa gente dice que yo la he asesinado"

El magistrado arqueó las cejas repitiendo: "¡qué la habeis asesinado! ¿como se atreven á hablar de un asesinato con tal ligereza? El asesinato es un homicidio, el homicidio es la muerte, y la muerte es.... es.... *scandalum magnatum*... Pero tranquilizaos, Mistress Suet, y contad con la justicia de Jeremías Metal Bronze.. Á Dios gracias el caracter de un magistrado y un negociante tal como yo es conocido, y"...—"¡Oh, por amor de Dios! interrumpió la dama, si sois un magistrado, dadme alguno para que me acompañe hasta mi casa, y no charleis asi importunamente."

El magistrado, sin dignarse respon-

der á este sarcasmo, la dijo que él suponia que viviria cerca de Saint-James.—"No vais muy equivocado," respondió la dama. — "Y yo supongo tambien que esa jóven es vuestra hija."—"¡Mi hija! ¿qué dice este majadero? Sabed que yo soi una muger de calidad." — "¡Majadero! respondió Mr. Bronze, ¡majadero! ¿y asi os atreveis á insultar á un magistrado? ¡Ola, watchmen, yo os mando que arresteis á esa muger de calidad."

Los watchmens obedecieron, y la dama se vió obligada á ceder á la autoridad de las leyes, cuando un magnífico coche con tres faroles de frente y dos lacayos se paró delante de la tienda por órden de su amo, cuya autoridad se excitó sobremanera, al ver entre dos fusileros una señora tan adornada; pero la prisionera recibió tanta alegría como sorpresa aquel

caballero cuando ambos se conocieron mútuamente.

La dama habia ya empezado á referir sus aventuras de aquella tarde, cuando acordándose repentinamente del insulto que acababa de hacerla Jeremías Metal Bronce, determinó divertirse á expensas de este magistrado, bajo la proteccion del caballero que acababa de reconocerla, y que era uno de los principales personages de la corte.

"Yo vuelvo, señor; le dijo ella, á pesar de *vuestras órdenes....*"

Jeremias Metal Bronze estaba entonces en lo mas brillante de una arenga. "Sacad esa muger fuera de aquí," dijo el con una voz de trueno, y en seguida continuó explicando á la tendera y su criada el modo con que debian conducirse, suponiendo que la joven estuviese muerta.

"¿Escuchais, señor Milord, dijo la señora, con qué destreza este digno magistrado comenta las leyes?"

Milord nada respondió, pues su atencion estaba embebida en otro objeto. La interesante figura de Rosa empezaba á animarse: su extremada palidez habia desaparecido, sus suspiros eran mas profundos, pero su respiracion mas libre.

"Hermosa es por cuanto hay de mas sagrado en el mundo: ¿De qué parage viene esta bella criatura, y por qué casualidad está aquí?" — "Milord, respondió el cochero, ella viene del Yorkshire, yo la tomé en mi coche cuando bajo de la diligencia para conducirla á casa de sus amigos; pero no hallándose éstos en Londres la volvia á la posada, y mi coche chocó con otro, y ambos se rompieron. Yo la dejé en esta casa,

fuí por otro coche, y entonces esa señora vieja quiso meterse dentro."

Esta última parte de la narracion del cochero fue una puñalada para la dama. Y en verdad, ¿no bastaba haber perdido sus joyas, roto sus plumas, ajado su vestido, sino que aun tenia que oir llamarse señora vieja? Ella no pudo resistir á este último golpe, y la criada Mary, que buscaba las ocasiones de reparar su primer descuido, cogió el primer vaso que halló á la mano, y que era una tintura de hierro, y se le presentó.

"¿Qué maldita droga me ha dado esa criatura?" exclamó ella despues de haber bebido una buena dosis.

Mary pidio perdon, y dijo que iria á buscar otro vaso. —"¿No es necesario," replicó la dama llevándosele de nuevo á los labios.

Durante este intervalo Jeremías Me-

tal Bronze, acordándose de que era posible que se le obligase á presentar mejores razones que las del insulto hecho á su persona para haber mandado el arresto de aquella dama, no juzgó debia exponerse á la venganza que el Lord podia tomar de su conducta, y se aprovechó de la confusion que reinaba en la tienda para retirarse sin ruido.

Sea que la bebida ó la presencia del Lord hubiesen restablecido el equilibrio en el agitado espíritu de la dama, ella se volvió tan afectuosa como Milord para con la joven desconocida, mientras éste continuaba examinando á Rosa con una mezcla de interés y admiracion, y aun se atrevió á decir que sería una accion digna de la acostumbrada bondad de la dama el conducir á aquella jóven Miss á su casa en el coche que él la ofrecia, hasta

que se pudiese informar á sus parientes de que se hallaba en un asilo respetable.

La dama pareció consentia en este plan, pero advirtió cierto reparo sobre las costumbres de aquella jóven, pues la eran absolutamente desconocidas.

"¡Las costumbres! exclamo la inexorable tendera; ¿pues qué no ha confesado ella misma que ha huido de casa de su madre? ¿Qué costumbres debe tener, ó que proteccion puede esperar una joven que se conduce de este modo?"—"Y bien, Mistress, respondio Milord con un aire severo, aunque al mismo tiempo compasivo, si ella ha huido de casa de su madre, nosotros debemos esforzarnos á procurar que vuelva á su lado."—"Decidme, cochero, pregunto la dama algo enojada con la severidad de la tendera, ¿á qué paraje condujisteis á esta jó-

ven cuando fue á buscar á sus amigos?"—"Al Walbrook, respondió el cochero, y allí preguntó por el doctor Croack ó Locke, ó una cosa así."— "¡El doctor Croack! exclamó la dama: he aquí á la verdad una cosa muy extraña. El doctor Croack es uno de mis mayores amigos, ó por mejor decir lo fue en otro tiempo, y ahora se ha retirado á una aldea. ¡Pobre hombre! ha padecido desgracias que..." "Por favor, señora, la interrumpió el Lord, ocupémonos en la desgracia que tenemos presente, y pues conoceis los amigos de esta interesante jóven, la proteccion que la concedereis no podrá menos de hacer honor á vuestro caracter; pero saquémosla de aquí sin perder tiempo. Asistidme, amigo mio, dijo mirando al cochero."

Este hombre llevó en sus brazos á Rosa hasta el coche del Lord, la

dama le siguió, y aunque Mary tenia un corpanchon muy ordinario, y varias veces habia incurrido en la desgracia de Madama, obtuvo el honor de ser recibida en el coche para sostener á Rosa mientras que Milord tuvo la delicadeza de subir en el fiacre.

Recomendó con ardor la joven á los cuidados de su amiga, y pagó generosamente al cochero por todos los cuidados que se habian tomado, puso una moneda de oro en manos de Mary, que por poco no perdió el juicio á vista de una recompensa tan magnífica, pidió permiso á la señora para encargarse de todos los gastos que pudiera ocasionar la convalecencia de Rosa, y se despidio de ella con el modo mas afectuoso.

El rápido movimiento de un coche tirado por dos briosos caballos no contribuyó poco á hacer que Rosa vol-

viese de su desmayo ; pero aun estaba incapaz de hablar cuando se la sacó para transportarla á una bonita casa en Conduit-Street.

La fatiga de un largo viage, seguida de las aflicciones en que se habia visto, su posicion deplorable aun antes del mal trato de la latonera, el terror que la causó la accion de esta muger cuando quiso echarla de su casa en medio de los gritos de una turba de gente ; todo esto en fin habia causado el desmayo de que aun no estaba libre. Sin embargo fue sensible á la bondad que se la manifestaba, aunque no tuvo fuerzas para expresar su gratitud. La dama no se apartó de allí hasta que la dejó en cama, y la hizo tomar una bebida entonante, y encargándola al cuidado de una de sus criadas, se retiro á su cuarto con la otra, que era su favorita.

CAPÍTULO V.

El sueño mas profundo, ó por mejor decir una especie de zorrera se apoderó de Rosa en términos que no despertó hasta el medio dia siguiente, y aun entonces la costó trabajo acordarse de los sucesos de la noche antecedente, y de la situacion en que se hallaba.

La criada que la estuvo velando tuvo que ir á sus quehaceres, y fue reemplazada por la otra, que se ofreció á vestir á Rosa, diciendo que su ama la esperaba para desayunarse. Rosa se levantó inmediatamente, se vistió de priesa y corriendo, y siguió á la criada á un bonito gabinete, donde la señora de la casa estaba sentada en una postura que expresàba igualmente la sorpresa y la curiosidad.

Rosa reunia á la belleza poco comun que distinguia su figura una expresion de candor, que dispuso el ánimo de su huespeda á su favor, y el modo respetuoso con que se presentó, las gracias seductoras que acompañaron á las palabras con que pintó su gratitud por la proteccion que acababa de concederla, la elegancia de sus frases, y su noble política, todo causó á la dama una sorpresa que no pudo disimular.

"Y bien, dijo esta sin quebrantar la costumbre de las damas del gran tono, es decir sin corresponder á las cortesias de Rosa, ya estais perfectamente recobrada del susto de ayer. Perfectamente sí, por mi vida, y tan fresca, tan bella y tan serena, que temo haber hecho una imprudencia encargándome de vos. Sin embargo, me parece que vuestra figura no me es

desconocida. Vamos, sentaos y desayunaos: yo espero que Milord vendrá á buen hora: ya veis me he vestido para recibirle; pero tomad el café, y despues os diré qué especie de perjuicio puede causarme la proteccion que os concedo."

El tosco y los extraños modales de esta muger habian dejado demasiadas impresiones en el espíritu de Rosa para que ella pudiese olvidarlas.

Temia aun volver á presenciar los arrebatos que la habian hecho tan notable á la primera vista; pero aunque la fue imposible comprender de qué modo la dama podia comprometerse concediendo su proteccion á una jóven de su sexo, solo la idea de que permaneciendo allí expondria á su protectora á algunos disgustos la hizo insensible á los reiterados convites que ésta la hacia para que se sentase, y

pidió con instancia que se llamase un coche, á fin de que pudiese marchar inmediatamente, y no sirviese de incomodidad á quien la habia favorecido.

"Querida mia, replicó la dama; vuestra presencia me causa realmente disgusto: yo me acuerdo de que hace cinco años tenia exactamente la propia figura; pero ya veis como estoy ahora, tal vez juzgareis que estoy gruesa, pero os equivocais, porque estoy mala, muy mala, y esta apariencia es un efecto de mi poca salud: de modo que estoy sujeta al régimen de los médicos... Tomad cafe, querida, y no tengais ese aire de asustada."

La tal enferma durante esta conversacion hacia perfectamente los honores de la mesa, y comia con tal apetito que Rosa tuvo la misma dificultad en conciliar semejantes dispo-

siciones con la extrema delicadeza de su salud, que la que tuvo de concebir como una muger perfectamente dueña de si misma podia sufrir el menor disgusto al conceder su proteccion; mas como la ignorancia en semejante caso no debia servir de argumento contra un hecho que parecia cierto, Rosa significó de nuevo su deseo de que viniese un coche, é insistió en no permanecer mas tiempo á cargo de su protectora.

La dama dijo que no lo consentiria; y estando concluido el desayuno quiso entrar inmediatamente en la explicacion que habia prometido á Rosa. "Hablando de los disgustos que me causareis, el mal está ya hecho, y Dios sabe en lo que vendra á parar. Sentaos, querida mia, os repito que el mal está ya hecho, y vuestra salida precipitada nada remediará. He

aquí lo que tenia que deciros: el Lord Denningeourt, mi amigo particular y dueño del coche en que fuisteis conducida, me ha parecido sumamente prendado apenas os ha visto, y esto ciertamente no me admira, porque vuestra figura es exactamente la que yo tenia hace algunos años; pero yo debo avisaros que Milord está comprometido con una jóven amiga mia, que goza ochenta mil libras de renta. Milord es bellísimo, como habeis visto, pero orgulloso como lucifer y pobre como Job, así no podia hacer por vos otra cosa que tomaros por su manceba..."—"¡Por su manceba!" repitió Rosa con indignacion.—"Y manceba de un pobre Lord, respondió la dama, que se casa con una rica heredera; y esto, permitidme que os lo diga, es una situacion bien desairada. Vos participareis de sus pe-

nas en secreto, sin que él se atreva á protegeros en público. Vos...."

Nada puede explicar la sorpresa de Rosa al ver la franqueza con que aquella señora, á pesar de su buena apariencia, hablaba de unas relaciones tan criminales; y así no era ya la moralidad sino la desventaja de su situacion la que la ocupaba. Jamas la modesta Rosa habia oido explicarse con tal claridad á una persona de su sexo; é infiriendo con razon que una muger honrada no podia hablar de aquel modo en un asunto tan feo, no solo se disgustó, sino que empezo á temer de su situacion, y pidio que se llamase un coche con tal ansia, que la dama se vio obligada á decirla que no podia consentir en que saliese de su casa antes que la hablase el Lord Denningesunt, pues de lo contrario se exponia á desagradarle.

Rosa tembló. El único Lord que se habia presentado á sus ojos habia dejado en su espíritu tan mala idea de sus semejantes, y ahora se confirmaba con la conversacion de esta dama; y así repitió con firmeza, que viendo cuán desagradable y aun perjudicial sería el retardar la reunion con sus amigos, estaba dispuesta á partir sin detencion.

En aquel momento se paró un coche á la puerta. "He aquí, Milord, exclamó la dama corriendo hácia un espejo, y mirando alderredor del cuarto: no digais nada de lo que os he contado, porque yo por cuanto hay en el mundo no quisiera afligir á mi queridísima amiga Carlota Mashroom, ni menos ofender á Milord.... no, es verdad.... yo no lo quisiera.... Pero es menester que yo salga á recibirle. Sin duda va á hacerme mil preguntas, y de todas sereis vos el objeto.

¡Ah, sois demasiado bonita!" y al decir esto salió del gabinete.

"¡Carlota Mushroom! exclamó Rosa con la mayor sorpresa, ¡esta es la amiga y amiguísima de una muger tan poco pundonorosa! ¡Es á ella á quien el Lord está destinado! ¡Dios mio, será posible que mi triste suerte me condene á ver y oir sin cesar á personas que yo quisiera olvidar, mientras las que son gratas á mi pecho, esos objetos de mi estimacion y mi cariño se hallan ya que no perdidos, al menos inaccesibles á todas las investigaciones de la infeliz Rosa!"

La voz de la dueña de la casa, que sonó cerca de la puerta, puso fin á este triste monólogo. Rosa retrocedió involuntariamente. El Lord Lodwer, su billete, su mensagero, y su apuesta se la recordó inmediatamente; ¿qué mejor conducta podia

esperar de otro Lord que por motivos de intereses iba á entrar en la propia familia? La sobrevino un temblor general, y se dejó caer en una silla. El desmayo de la noche anterior la habia dejado una cierta desazon, que entonces se hizo sentir con toda su fuerza: su cabeza se trastornó, su respiracion se hizo convulsiva; pero felizmente las lágrimas vinieron á aliviarla, y aplacaron la opresion de su pecho.

Poco despues se abrió la puerta, y se presento un jóven de un aire elegante, y vestido con sencillez. No se puede decir si miró á Rosa, á la dueña de la casa, ó á un espejo que estaba enfrente, pues se deslizó ligeramente hácia una silla, donde fue a echarse un perro que le seguia. Milord fijó entonces la vista en el puño de su baston, que acercó á su

boca, luego miró al fuego, despues al perro, y saludó á la dama. Esta, esforzándose á hablar con la mayor melodía que pudo, le agradeció el cumplimiento y la bondad de visitarla, añadiendo que ella y su bella compañera esperaban este momento con la mayor impaciencia.

Rosa sorprendida miró á la dama al través de sus lágrimas; pero Lord Denningcourt aparentó dar á esta frase el sentido que merecia: tartamudeó algunas palabras, y dijo que enteramente habia olvidado la aventura de la noche anterior, hasta que un billete de la amable Carlota le acordó una cita con ella, que igualmente habia olvidado.

"Y vos sin duda os habreis disculpado de ese olvido."—"No por mi vida: yo queria responder á este billete, pero enteramente se me borró de la idea."

Durante esta conversacion interesante las miradas de Milord estaban clavadas en el rostro de Rosa, y la examinaba con una atencion, que no se le ocultó á ella ni á la dama.

"Perdonadme, Lord Denningcourt, dijo esta última; pero decidme, ¿si las aventuras de anoche pueden servir de disculpa al olvido que habeis confesado?"

Entonces el Lord miró á la dama, como queriendo penetrar hasta el fondo de su alma, y conociendo el sentido de su pregunta se sonrió, y dijo con cierto gracejo: "¿y por qué no, Mistress Fewersham?"

Rosa se sobresaltó de nuevo. Fewersham era un nombre demasiado familiar á su oido, y aunque hubiese olvidado las facciones de la persona que así se llamaba, su relacion con los Mushroum la probaba que era la

misma viuda de que Mistress Harley la habia hablado otras veces; y que á pesar de sus extravagancias era en el fondo una buena muger. Tranquilizada con este descubrimiento sintió renacer la confianza en su proteccion: no extrañó sus modales poco delicados, olvidó la ridiculez de sus conversaciones chocantes sobre el Lord, y experimentó cierto secreto placer en haber encontrado á una persona que habia visto en tiempos mas felices, en términos que tuvo que contenerse mucho para no darse á conocer inmediatamente.

La respuesta de Mistress Fewersham al Lord, bien asi como lo demas de la conversacion, se ocultó enteramente á Rosa, pues solo se ocupó en sus reflexiones, y aunque los modales del Lord la sobresaltaron algo al principio, penso que era poco te-

mible un hombre tan olvidadizo ; de modo que ya reconciliada interinamente con Mitress Fewersham se hallaba mas dispuesta á divertirse con él que á temerle : sin embargo volvió á sorprenderse cuando él, despues de haber aparentado que examinaba los hierros de la chimenea y algunos cuadros que habia encima, se acercó á ella, y con el mayor interes la dijo : que esperaba que estaria restablecida del susto de la noche anterior, y añadió en voz baja que cuando al entrar en su cuarto vió las señales del llanto sobre su rostro encantador, se reprendió por no haber hecho que la hubiesen visto algunos facultativos.

"Sin embargo, Milord, respondió con sequedad Mistress Fewersham, habeis dicho que enteramente se os habia olvidado este asunto."—"¡Olvidado! ¡Oh! seguramente no se puede

á la verdad pensar en todo; pero á vos, por ejemplo, ¡será posible olvidaros! Yo he pensado en vos en el Bon-Street, me he acordado de vuestros hermosos brazos, estas cadenas de oro me han chocado, y os pido licencia para presentároslas."

Entonces abrió una cajita, donde venia un bonito par de brazaletes. Mistress Fewersham, enagenada de gozo, le permitio que los colocase alderredor de su brazo, y mientras que se acercó á un espejo para ver qué tal le sentaban, Milord arrojo un billete en la falda de Rosa, volvió á ocupar su silla, y empezó á hacer fiestas á su perro.

La sorpresa y confusion de Rosa durante esta escena fueron inexplicables: no podia descubrir los motivos de la misteriosa conducta del Lord Denningeourt, y su billete permane-

cia en la falda, á pesar de que él con una mirada expresiva pareció reprenderla su poca confianza.

Mistress volvió á sentarse despues de haber gozado el placer de verse en el espejo, y aunque dió á Milord las mas expresivas gracias, éste no dió muestras de acordarse de que habia brazaletes en el mundo, y despues de haber dirigido otra ojeada á Rosa y al billete, y saludado á Mistress, salió del cuarto acompañado de ella y del perro.

Cuanto mas pensaba Rosa en la conducta del Lord y mas extraña la parecia, no podia suponer ningun motivo honesto que le hubiese empeñado á escribirla con tanto misterio, y si ella no hubiese tenido nuevas dudas sobre la moral de Mistress Feversham, la hubiera presentado inmediatamente el billete; pero el episodio

de los brazaletes acababa de volverla una parte de sus sospechas sobre su conducta, á pesar del informe que Mistress Harley la habia dado en otro tiempo sobre la bondad de su caracter, y así experimentó nuevo deseo de dejar aquella casa.

Mientras Fewersham volvió á la sala con un aire de triunfo diciendo: "Este joven es encantador, y os ama, claro se conoce en todas sus acciones. Sin embargo está en el número de nuestros amables á la moda, es decir, que nada los puede interesar como un perro, un caballo, una apuesta ó una botella. Le he visto frecuentemente en situaciones muy críticas con la persona que se le destina, y sin que él hubiese dado señas de pensar que ella existia en el mundo, y aunque mi poca salud haya debilitado el brillo de mis ojos, y aunque ya sean menos

penetrantes que los de ciertas personas, es facil establecer la conclusion de todo esto ; pero el pobre jóven no tiene una peseta , y así ha de casarse con las ochenta mil esterlinas." Rosa se sonrió. —"Sí, hija mia, sonreiros en buen hora , pero yo sostengo que no se deben dejar escapar ochenta mil esterlinas , y á pesar de la vanidad del Lord y los bonitos brazaletes que acaba de regalarme, y el vivo deseo que tengo de complacerle , no me determino á tomar cartas en este negocio."

Rosa iba á expresarla cuanto deseaba por su parte evitarla aquel paso ; pero la viuda la interrumpió diciendo : "En primer lugar yo he vivido algun tiempo en la familia de Sir Salomon Mushroom , y he proporcionado la educacion de sus sobrinas : yo soy quien las introdujo en el mundo; y á mis cuidados deben el haber per_

dido aquel aire rústico de la aldea. Sin embargo, debo confesar que son unas pobres muchachas bien necias y bien impertinentes, aunque esto no quita para que yo las profese la amistad mas tierna. La mas joven está casada ya con un Lord, que es malísima cabeza; pero pasa por un hombre á la moda. La otra será cuando menos Condesa, y me atrevo á decir que estos dos sucesos no se hubieran verificado si las jovenes no hubiesen hecho su entrada en el mundo bajo mis auspicios. Sir Salomon ha recompensado mis cuidados con una pension, y aunque es pequeña, yo no quisiera exponerme á perderla. Segun todo esto ya adivinareis que las relaciones que tengo en la sociedad son mas que regulares."

Mientras que Mistress Fewersham mudaba así anécdotas con invectivas, Rosa disgustada de su vanidad, su

amor propio, y aun de la ironía con que hablaba de las personas á quienes profesaba la *amistad mas tierna*, y á quienes debia obligaciones pecuniarias, se felicitaba interiormente de no haber seguido su primer impulso, que la convidó á hacerse conocer por Miss Buhanum, y aun se decidió á evitar cuanto pudiese exponerla á los insultos de Sir Salomon, y á los desdenes de sus orgullosas herederas, conservando hasta que llegase á Penrry el nombre de Miss Walsingham, bajo el cual la conocia Mistress Fewersham, y así tomó la resolucion de no informarla de ninguno de sus antiguos amigos.

Rosa esperaba ser bien recibida por el Dr. Croack, y contaba con el tierno afecto de Mistress Harley; pero tenia demasiada altivez para pensar en vivir á expensas de uno ni otro;

así es que toda su esperanza era que el Doctor la diese noticias de su Eleonora, y recibir de Mistress Harley los consejos sobre el modo de proporcionarse una honrosa subsistencia con su talento é industria. Pensó tambien que se detendria en Penrry poco tiempo, para no estar expuesta á la malevolencia que Lady Lodwer manifestaba contra ella, y no ser víctima de la venganza del Lord Lodwer, cuyo despecho debia ser extremo por la pérdida de sus esperanzas y su apuesta.

Mistress Fewersham, que creía haber aturdido á Rosa con el rango de las personas con quienes trataba, guardó silencio, y su imaginacion estaba en una especie de delirio: pero mientras que ella se abandona á estos dulces sueños, y Rosa por su parte se entrega á sus reflexiones, pedimos al lector que dé una ojeada sobre los

sucesos que pasaron en la familia de los Mushroom desde la salida de Rosa para Escocia.

Mistress Fewersham, despues de haberse entregado al torrente de las disipaciones con sus dos discípulas, se hizo incapaz de volver á su antigua vida, en tal punto que se extremecia solo con la idea de volver á su anterior retiro. Pero mientras su permanencia en la familia Mushroom no habia sabido grangearse el afecto de nadie. Es verdad que Sir Salomon, quien por ciertos achaques conocia que no era inmortal, tenia tanta confianza en los conocimientos médicos de la viuda, que Mistress Dorotea Wrigth concilió ciertos temores de que no le diese el capricho de casarse con la viuda luego que viese las hijas establecidas; y aunque Lady Lodwer luego que se vió Condesa manifestaba el mas alto des-

precio á los consejos de su supuesta nodriza, Mistress Dorotea conservaba todavia algun influjo con Carlota, y de ésta se sirvió para dirigir su conducta. El resultado de todo esto fueron unas violentas disputas entre Miss Murhroom y Mistress Fewersham, en las que Lady Lodwer tomaba parte únicamente para satisfacer su deseo de mortificar á todos.

Tal era el estado de la familia, cuando una mañana que la Fewersham se hallaba en el gabinete de Sir Salomon, quien á causa de su gota no podia levantarse de su silla, entró furioso el Lord Gauntlet, y empezó á echar pestes y denuestos acerca de un asunto, que bien puede adivinar el lector, y Milord estaba tan enagenado que no advirtió que allí se hallaba Mistress Fewersham hasta que ya habia dicho un secreto importantísimo.

Ignoramos el modo con que la viuda se condujo en esta ocasion; pero lo cierto es que desde entonces obtuvo una especie de confianza de Sir Salomon, se reconcilió con sus sobrinas, y lo que es de mas valor recibió el contrato de una pension anual de cien esterlinas. Ella con este aumento hubiera podido brillar en Peurry; pero la fue imposible separarse de los placeres de Londres, continuo yendo algunas veces con Miss Mushroom al palco de Lady Lodwer, acompañándola igualmente á los demas espectáculos, y alquiló una bonita casa en Conduit-Street, donde vivia bajo la mas rígida economía, para poder entregarse á los placeres, que eran la mitad de su existencia.

Al regresar de una soberbia comida, y dirigiéndose á un convite que Carlota se habia dignado hacerla para

su tertulia en Piccadilly, fue cuando experimentó el triste accidente, que causó su encuentro con Rosa.

Esta última, confirmándose mas que nunca en su proyecto de evitar cuantas preguntas la pudiese hacer sobre sus amigos y sobre el motivo de su llegada á Londres, pidió nuevamente un coche, y se informó de la distancia á que estaba la posada donde venia la diligencia del Yorckshire.

"¡La posada!, repitió Mistress Fewersham, ¡qué negocio podeis tener en una posada!" Rosa dijo: "yo quisiera evitar á vuestros criados el trabajo de alquilar una silla que necesito para ir á algunas millas de aquí, y en la posada espero encontrar este carruage."

El corazon de Mistress Fewersham no era insensible, excepto cuando se trataba de su interés personal. Fijó

sus enternecidas miradas sobre el encantador semblante de Rosa, donde siempre brillaba aquella expresion de candor y de inocencia que habia notado en su primer examen. Era entonces cerca de las cuatro de la tarde, serian las cinco interin se pudiese llamar la silla : así pues, ¿cómo era regular el permitir que una jóven tan apreciada emprendiese sola un viaje que no podia conciliar antes de la noche, y que se expusiese á accidentes aun mas peligrosos que los de la víspera? Los temores de la Fewersham de acoger á una joven capaz de quitar á Carlota Mushroom el corazon de su amante cedieron á la humanidad, manifestó á Rosa cuán imprudente seria comenzar un viaje tan tarde, y cordialmente la convidó á que se detuviese hasta la mañana que pudiese buscarse una silla á la hora que quisiese.

Rosa se prendó de esta amistosa oferta, pues cuanta mayor impresion la habian hecho las desgracias de la noche antecedente, mas excitó su gratitud el plan de Mistress Fewersham; y aquel corazon honrado, pronto siempre á dar la interpretacion mas favorable á las acciones de otro, se reprendió por haberla juzgado con demasiada severidad. La mas viva emocion se pintó en su semblante cuando la expresó su gratitud, y ya iba á declararse, si Mistress, para quien el estudio del corazon humano era una ciencia enteramente nueva, no hubiese salido del cuarto para dar ciertas órdenes á sus criados.

Un momento de reflexion convenció á Rosa de que el darse á conocer á una persona tan íntimamenre ligada con la familia Mushroom no podia servir sino para exponerla á mil des-

agradables escenas, de las que despues no sería facil libertarse; pero el billete entregado por el Lord era otra especie de confianza que se decidió á hacer á Mistress, y asi cuando ella entró en el cuarto Rosa se le presentó cerrado como le habia recibido.

"Y bien, exclamó la viuda, ¿no lo habia yo dicho? sí, sí, el pobre está enamorado: no hay duda: ¿pero qué es lo que os dice?"

Rosa clavó la vista en la oblea del billete.

"¡Cómo! ¿aun no le habeis abierto? ¡Dios mio! ¿no habrá un poco de afectacion en semejante conducta? Pero veamos el estilo de Milord."

Vos sois una jóven muy interesante, ó muy artificiosa. . . .

"Y vos sois franco, Milord." *tal vez leereis este escrito temerosa de que trate insultar vuestra virtud, ó*

con la esperanza de haber atraido una nueva presa á vuestros lazos. Vuestro error será el mismo en una y otra hipótesis.

"Ah, querido Milord, vos sois quien os equivocais: pero ya os adivino."

Vos me interesais. . . .

"Ya lo sé, y lo he dicho."

Yo tal vez soy inconstante y frívolo.

"Nadie lo duda: ¿pues qué, Milord, no sois un hombre á la moda?"

Pero engañar á una muger modesta es una infamia, que jamas me permitiré.

"¡Ola! he aquí una moralidad que me hace temer que sois mas pobre de lo que habia creido."

¿Por qué no estais con vuestros amigos? Quién tiene una figura como la vuestra ¿debe exponerse sola á un mundo perverso?

"Seguramente que no."

Yo incluyo aquí mi nombre y señas de casa.

"Vaya, Milord, que sois hombre prevenido; y sin embargo creisteis que yo no llegaria á saber esto."

Todos los auxilios que una muger virtuosa puede aceptar de un hombre de honor....

"¡Cuento de viejas!"

Podreis reclamarlos libremente de mí.

"¡Oh! yo me atrevo á asegurar que será generoso en siendo rico."

Yo no os veré mas. . . . Si por el contrario llevais una máscara engañosa, yo os aviso que no penseis engañarme, pues trabajareis en vano = Denningcourt.

"¿Se ha visto jamas una carta mas ridícula? exclamó la Fewersham, devolviéndosela á Rosa; pero yo adivino este manejo. Milord conoce mis atenciones para con Carlota, quien á la verdad no tiene sentido comun, ni es la cuarta parte tan hermosa como vos; de modo que él habrá temido que me enseñareis la carta: nada era mas na-

tural: por otra parte él sabe bien que el honor me empeñaria á descubrir á mi amigo Sir Salomon sus proyectos futuros sobre su caudal."

Rosa, sin saber por qué, estaba sumamente decidida á juzgar mejor del billete del Lord; pues aunque á la verdad reinaba en él un estilo misterioso, cuyo sentido podian interpretar mejor las personas que le conocian mas á fondo, sin embargo, como ella no miraba como cosa probable que alguna vez llegase á usar de la proteccion que él la ofrecia, ni creia asegurarse por este medio de la pureza de sus intenciones, no pensó mas en él, y aceptó el convite que Mistress la hizo con su mesa. Durante este intervalo escuchó todo el charlatanismo de la viuda sobre el rango y bienes de sus amigos, sobre su gusto para la eleccion de los adornos, &c. y*luc-

go que se acabó la comida se extendió mútuamente hablando de la familia de Mushroom con un acaloramiento que á un mismo tiempo hacia la sátira de su discrecion y la de su reconocimiento.

El tio, dijo ella, era un hombre bajo y artificioso, que habiendo ganado, Dios sabe cómo, un caudal considerable, se lisonjeaba de que la memoria de los otros era tan poco fiel como la suya; pero admitiendo esta probabilidad no dudaba que en poquísimo tiempo se deshiciese esta ilusion por ciertas maniobras, cuyo descubrimiento podia volver á Sir Salomon á su primitiva obscuridad. En cuanto á sus sobrinas Mistress Fewersham protextó de nuevo que no tenian sentimiento ni principios; que se tenian por bellas, y creian ser admiradas mientras que las riquezas de

su tio eran el único prestigio que las cercaba. Lord Lodwer y Lord Denningcourt eran los únicos señores á quienes la pobreza habia obligado á ofrecerlas sus respetos. Lord Lodwer se habia ya comido una gran porcion de los bienes de sus dos primeras mugeres, que no estaban vinculados en sus hijos, y el Lord Denningcourt, desheredado por su padre, no poseia sino su título, un viejo casaron en el norte de Inglaterra, y algunos centenares de libras esterlinas al año, que no podian ser enagenadas.... "¿Pero vos no me escuchais, querida mia?"

Es verdad que la imaginacion de Rosa interin este cuento la habia transportado muy lejos de la escena; pero Mistress tenia tanto gusto en que la oyesen que recobró el hilo de su discurso creyendo (segun la graciosa in-

clinacion de cabeza que Rosa la habia hecho contestando á su reconvencion) que iba á obtener de ella una atencion constante.

Entabló entonces una acusacion amarga sobre la conducta de los jóvenes, sobre su apatía y mal proceder; y volviendo al Lord Denningcourt añadió: que su padre, disgustado de sus gastos extraordinarios, y habiéndole fijado una suma muy escasa, el Lord Gauntlet le habia propuesto el matrimonio para restablecer su fortuna. El viejo Lord algo apaciguado habia consentido en este plan; pero habia muerto antes de poder negociar el asunto, y por su testamento frustraba al hijo del goce de la herencia, y la dejó á su segunda esposa, que pasaba por ser una muger tan virtuosa como bella. "Á pesar de este suceso (comunicó Mistress Fewersham)

como Sir Salomon habia jurado que Carlota seria Condesa, ofreció veinte mil libras esterlinas mas á las señaladas en su primer contrato; pero Miss no se manifestó tan solícita como su tio; y así su amante se hizo tibio é indiferente. Se le puso en la cabeza hacer un viaje al Norte con la idea de visitar su antigua quinta, y Miss no menos extravagante tuvo la fantasía de creer que estaba enamorado de una joven que.... Ciertamente os dormis, exclamó Mistress mirando con enfado á Rosa: á la verdad esto no es muy político, pues yo que aborrezco el hablar, sin embargo me violento para divertiros."

Rosa se defendió de esta acusacion, y con verdad, pues aunque el charlatanismo de la viuda era muy soporífico, los pensamientos que entonces la ocupaban eran poco á pro-

pósito para hacer otra cosa que alejar el sueño.

"Sí: continó Mistress, Carlota piensa que ama tiernamente á un joven recogido en otro tiempo por la caridad de Sir Salomon, segun se dice; y digo que segun se dice, porque el jóven cuenta su historia de un modo bien diverso. Sea como fuese, ello es que le enviaron á la india con un hombre extravagante y ridículo, que en otro tiempo estuvo enamorado de mí, y se llamaba el Coronel Buhanum; yo.... ahora sí, Miss, que os dormis ciertamente."—"¡Dormir! exclamó Rosa; ¿cómo podeis figuraros cosa semejante? Por favor, señora, continuad: yo os lo suplico. ¿Quién era ese Coronel Buhanum? ¡cuál es la suerte de ese jóven?"

Es facil de creer que Rosa no merecería la reprension del sueño; pero

Mistress admirada del ardor con que deseaba la continuacion de su historia, concibió sospechas que la asustaron. La pequeñez de su espíritu la inclinaba á temer á cuantos aborrecia, y las privaciones á que se hallaba expuesta perdiendo los favores de los Mushroom la hicieron extremecerse. Temio hallar acusadora aun en la dulce y tímida Rosa, y cubriéndose con una reserva impenetrable, en vano Rosa hizo los mayores esfuerzos para empeñarla en continuar su narracion poniéndola en el camino por todos los medios imaginables. Al fin, incapaz de contener su curiosidad, tomó á su cargo el repetir el nombre del Coronel Buhanum.

Mistress Fewersham no respondió sino por monosilabos á todas las preguntas, y acabó haciéndola conocer con frialdad que seria conveniente se

retirase temprano, á fin de no hacer aguardar al carruaje que iria á buscarla á las siete de la mañana.

Despues que quitaron la mesa sin que ninguna de ellas hubiese tocado á la cena, Mistress, temblando por las resultas de su conversacion, dió las buenas noches á Rosa, la deseó un buen viaje, hizo que la condujese á su cuarto una de sus criadas, y se retiró al suyo para consultar con su favorita sobre cuanto acababa de pasar.

Á la curiosidad de Rosa tan justamente excitada y tan poco satisfecha se mezclaron conjeturas tristes, que la privaron enteramente del sueño: se levantó antes del alba, y ya estaba vestida cuando la confidenta de Mistres Fewersham entro á decirla que por órden de su ama la aguardaba ya el desayuno.

Satisfecha de aquella atencion y

del zelo que la manifestaba la criada, expresó todo su reconocimiento á la bondad de Mistress, y reflexionando que todavia iba á verse errante y fugitiva en medio de un mundo que la era desconocido, se dejó sorprender como por la primera vez en la idea de que no encontraria en sus amigos la benevolencia y atencion que la manifestaban los extraños.

Sufriendo el mas vivo deseo de substraerse del dolor que produjeron en ella semejantes sospechas entró en la silla, y bien pronto perdió de vista la Metrópoli, donde pocos dias antes creia ver concluidas sus penas.

CAPÍTULO VI.

He aquí otra vez la pobre Rosa viajando sola. La silla de posta en que iba corria con rapidez mientras que sus melancólicas reflexiones oprimian su pecho. La deliciosa perspectiva que la habia ocupado á su regreso del Walbroock se habia desvanecido : veía lo futuro con velo funesto , y la esperanza habia huido de ella. Este penoso estado , y esta incertidumbre congojosa duraron hasta que se mudaron caballos en la primera posta ; pues entonces comenzó á conocer los deliciosos lugares que atravesaba , y una sensacion agradable vino á hermosear su fisonomía ; pero cuando el blanco campanario de Penrry comenzó á divisarse entre las nubes del horizonte, cuando descubrió la escuela de Mount-

Pleasant al través de los flexibles árboles que la rodeaban, estos objetos queridos excitaron en su corazon aquella deliciosa conmocion, indefinible mezcla de placer y melancolía, que acompaña siempre el regreso á los lugares testigos de los placeres de nuestra infancia.

Poco despues toda la aldea de Penrry se desplegó á la vista de Rosa: distinguió la casa en que vivia el Doctor Croack, y donde esperaba hallarle todavia: luego volvió la vista hácia Mount-Pleasant, y su corazon palpitó con violencia. "Dulce asilo de la paz y de la virtud, exclamó ella, en vuestro centro es donde voy á gozar de la inexplicable felicidad de encontrar la madre querida á quien debo mi verdadera existencia."

Rosa no dudaba que en casa del Doctor Croack hubiera recibido la

acogida mas cariñosa, y que tambien hubiese hallado noticias de su Eleonora; pero en Mount-Pleasant, ¡ah! allí creia encontrar la reunion de los mas dulces sentimientos de la amistad, y allí tambien la hablarian de su querida Eleonora; por lo cual mandó al postillon que tomase el camino de la derecha. Al cabo de un cuarto de hora la silla entró en una calle de árboles, y ofreció á los ojos de Rosa primero la berja de hierro, y luego toda la fachada de Mount-Pleasant.

La mañana estaba hermosa: un jardinero se ocupaba en trasladar los mirtos y los geranios de un cuadro á otro situado bajo las ventanas de la casa: esta era tambien la costumbre que habia en tiempo de Rosa. Se apeó de su silla, corrió, ó por mejor decir voló atravesando el portalon, y llegó hasta el locutorio que estaba casi

vacío, y la primera cosa que le chocó fue la falta de un sillon con cubierta bordada, que era para Mistress Harley el mueble mas precioso, como obra de sus discípulas.

Un criado entró, movió las casi apagadas cenizas de la chimenea, y dijo que su ama iba á venir inmediatamente á presentarla sus respetos. "¡A presentarme sus respetos!" exclamó Rosa; pero viendo que este criado no la conocia reprimió su emocion, y siguiendo el examen del cuarto vió que no era el sillon el único que habia desaparecido. Faltaban tambien de varios cuadros los bordados y dibujos que la mayor parte eran obra suya, y estaban substituidos por otros mas brillantes, aunque menos ingeniosos; pero antes de que Rosa tuviese tiempo de formar conjeturas sobre estas varias mudanzas se abrió la puerta,

y se presentó una muger alta, de una fisonomía altanera, y vestida á la última moda. Correspondió con frialdad á la silenciosa cortesia de Rosa, y sentándose la señaló una silla.

Aunque Rosa pudiese considerar esta seña como un tácito permiso de sentarse en presencia del augusto personaje, su sorpresa era tan grande, y tan penosos sus temores, que sin romper el silencio continuó mirando á la puerta con inquietud.

"Miss, dijo en fin la bella dama, yo presumo que esperais ver entrar á Mistress Harley." — "Pues qué ¿no debo verla? preguntó Rosa: ¿dónde está? ¿no se halla en casa? — "Ya no está aquí, y esta casa me pertenece." — "¡Esta casa os pertenece! ¡cómo! ¿mi digna aya ha dejado su escuela?" — "Es mas bien la escuela la que la ha dejado, porque ella era

incapaz de sostenerla."—"¡Incapaz!" replicó Rosa.—"Acaso seria mas oportuno decir que era indigna."—"Indigna! ¿quién, Mistress Harley? ¡La mejor y mas virtuosa de las mugeres, era indigna de tener esta escuela! Ciertamente, señora, vos no la conoceis."—"No mucho á la verdad, aunque sin embargo me ha costado cara la casa y su escuela; pero hablando con sinceridad confesaré que he encontrado á sus discípulas tan estragadas por la demasiada indulgencia, que me ha costado suma dificultad acostumbrarlas al método que he establecido."—"¡Estragadas por demasiada indulgencia! exclamo Rosa enternecida: ¡oh, mi querida Mistress Hanley! ¿pero dónde está ahora?—"En Bath, y á la verdad en muy mal estado. ¡Pobre muger! tiene razon de llorar los errores de su sistema de edu-

cacion. Su enfermedad provino de la mala conducta de una de sus favoritas; pues como debeis saber ella acostumbraba á tener favoritas, y esta es por ejemplo una cosa que yo no haré."—"¡Querida, querida Mistress Harley! pero decidme, señora, ¿está aquí todavia Miss Conterels?"—"No, Miss, ella no tendrá nada que hacer conmigo habiendo estado tanto tiempo al lado de Mistress Harley; pues no habria ni disciplina, ni severidad que pudiese enmendarla."

Rosa preguntó por otra compañera, y supo que tampoco estaba. "Pero vos quizás tendreis algunas de las jóvenes discípulas de Mistress Harley que han conocido á Rosa Buhanum, añadió ella suspirando."

La violencia que se habia hecho la nueva maestra para responder á tantas preguntas sobre Mistress Har-

ley no fue ya necesaria, pues demasiado habia oido hablar de Rosa, de sus talentos, beldad y perfecciones, y no ignoraba tampoco que Mistress Harley habia tenido la bajeza de preferir abiertamente una miserable mendiga á muchas de sus discípulas por su nacimiento y sus bienes.

El sistema de educacion adoptado por Mistress Harley se diferenciaba enteramente del que la nueva directora habia escogido. La primera añadia á la dulzura los preceptos, y á el ejemplo de las virtudes toda la solicitud de la madre mas zelosa y el cariño de una amiga: sus discípulas hallaban siempre la mejor recompensa en las bendiciones de los pobres, y en la pronta obediencia de los criados veian el efecto de la bondad y benevolencia, asi como en la repugnancia que su directora manifestaba

á censurar las acciones agenas, veían el modelo para aprender á compadecerse de las faltas de otros, y á respetarse á sí mismas.

Por el contrario Mistres Bagnal, rígidamente severa, caritativa por ostentacion é hipócrita, desalentaba á sus discípulas, y ahogaba en sus jovenes corazones las semillas de las dulces virtudes que habia plantado en ellos una conducta opuesta. Todas las pupilas de Mistres Harley, á excepcion de algunas nacidas en América ó en la India oriental, habian ido saliendo una tras otra; y Mistress Bagnal, oyendo los tiernos recuerdos que tributaban á su primera aya, sintio bien pronto para con aquella muger respetable todo el odio de que era capaz, y así no deseaba sino ocasiones de despreciar su talento, virtudes y conducta.

"Sí, respondió ella contentísima por tener una ocasion de censurar á Mistress Harley, y humillar á su antigua favorita: muy bien se acuerdan aquí de esa Buhanum. Es imposible, añadio ella levantándose y mirando descaradamente á Rosa, es imposible que unas personas que conservan el pundonor se olviden de la absurda manía que colocó una miserable mendiga entre unas señoritas de distincion. Yo no tengo ningun ódio á los pobres, Dios lo sabe, yo los socorro cuanto puedo, y si me hubiesen traido esa muchacha á mi escuela, yo hubiera procurado hacerla bien, pero sin permitir que se olvidase de quien era. Mas de una vez me he avergonzado oyendo á algunas señoras de calidad, que Mistress Harley tuvo el honor de educar, contarme la ridícula preferencia que dio á esa cria-

tura. Lady Lodwer, por ejemplo, me ha hablado mucho de ella ; pero si vos conoceis á esa mendiga, aconsejadla que no tenga la presuncion de presentarse en Mount-Pleasant, pues os aseguro que no permitiré que mis discípulas traten jamas con entes de esa especie. Buenos dias, Miss, yo no puedo detenerme ;" y diciendo esto salió del locutorio.

Nadie puede expresar las sensaciones de Rosa durante esta inesperada escena : afligida por las tristes noticias que acababa de oir de su antigua aya, privada de un asilo en tan crítico momento, desanimada por los altivos modales de Mistress Bagnal para reclamar de ella los avisos y recomendaciones que aguardaba de Mistress Harley, aterrada con la idea de que sus recursos pecuniarios se disminuian por momentos, hubiera sin duda

cedido á la fuerza de tantas penas reunidas, si aquel noble orgullo, que era natural á su caracter, y del cual Mistress Bagnal no tenia sino la máscara, no la hubiese sostenido en circunstancias tan espinosas. No derramó ni una lagrima: tampoco su corazon pudo exhalar ni un solo suspiro, y despues de haber mirado alderredor de sí con mas disgusto que sentimiento salio, atravesó el portalon y el parterre con un paso sereno, pues la indignacion daba á su marcha mayor dignidad que la que ordinariamente tenia: sus mejillas iban como una ascua, la expresion de su fisonomia hubiera sido capaz de imponer respeto aun á la misma Mistress Bagnal; y en fin ya habia llegado á la berja de hierro cuando se sobresalto sintiendo alguna cosa que caia sobre su sombrerillo, y al punto vió delante de

ella un lio de papel. Detúvose involuntariamente, y leyendo el sobre que decia: *A la amada Miss Buhanum*, le cogió sin titubear, y mirando hácia arriba vió que movian las celosías de la sala de música.

No dudando que este escrito era de alguna de sus compañeras que queria manifestarla la buena memoria, se dió priesa á entrar en la silla. El postillon la preguntó donde irian: entonces se esforzo á serenarse, y con la esperanza hallar al Doctor Croack dió órden de que la silla tomase el camino de Penrry, en seguida bajo las cortinillas para ocultarse á los que pasaban, y entregarse á un dolor que no podia contener.

Al llegar á la aldea se detuvo el postillon para saber en qué casa queria apearse, y la pobre Rosa despues de haber enjugado sus lágrimas seña-

ló con el dedo la direccion que se la pedia. Desanimada, abatida y casi sin esperanza de hallar al Doctor Croack en Penrry, tuvo sin embargo el consuelo de ver la antigua tabla que avisaba á los pasageros la casa de *Jack Croack, cirujano, comadron y boticario.* Pero si las mudanzas exteriores de Mount-Pleasant habian tan poco preparado á Rosa para las que halló en la interior, aquí al contrario, la primera ojeada que echó sobre la casa la informó de las mutaciones que habia padecido su fortuna, y que debian ser consecuencia natural de los sucesos referidos en la carta de Eleonora.

La casita en que vivia el pasante del Doctor para asistir á las gentes que él en otro tiempo no creia dignas de recibir su propia visita, estaba ocupada por un zapatero, y la ventanita

baja, ocupada antes con redomas, botas, &c. estaba llena de botas y zapatos viejos, y una gran porcion de cordoban.

La casa del cochero dividida en partes iguales estaba transformada en dos tiendas, una de las cuales contenia las drogas que el Doctor vendia, y la otra tenia las frutas y legumbres de su huerta, que tambien vendia.

Las ventanas de la casa que habitaba el Doctor, decoradas en otro tiempo con grandes vidrieras de cristales sumamente cuidados, se hallaban en parte condenadas para disminuir los impuestos que en Inglaterra hay sobre este artículo, y las pocas que permanecian abiertas dejaban ver unas puercas y desaliñadas vidrieras. El bonito jardin que estaba á la entrada tenia legumbres en lugar de flo-

res, y la fachada del edificio ya no excitaba la admiracion de los pasageros. La puerta exterior se conservaba abierta : los cocheros se paseaban por el vestíbulo, y profanaban con el lodo de sus zapatos aquellos escalones, que en otro tiempo disputaban la blancura á la misma nieve.

Una criada que traia un delantal blanco encima de otro sumamente puerco se presentó á la puerta, y Rosa, informada por ella de que su amo estaba en casa, entró al punto.

Despues de una larga ausencia, durante la cual pasaron tan importantes sucesos, nos perdonará el lector que dejemos á Rosa esperando una buena acogida, y hablemos de la persona en cuya casa la hemos introducido.

El Doctor parece se habia empeñado en buscarse todas las desgracias

que entonces le oprimian; pero sin embargo no pensaba que merecia su suerte por el mal uso que hizo del dinero depositado en sus manos: solamente lloraba sus actuales privaciones: apenas se acordaba de las siete mil libras esterlinas que en otro tiempo le entregaron como propiedad de Eleonora, y que habia gastado para satisfacer su propia vanidad. Mas el incidente que descubrio su mala fe y su bribonada era una circunstancia cruel que oprimia su corazon, y le hacia sufrir las convulsiones de la rabia. Reconoció inmediatamente á Rosa, no como á aquella amable y desgraciada jóven, á quien en otro tiempo habia admitido con las mas tiernas atenciones, sino como uno de los accesorios de la desgracia que le consumia. La primer ójeada que dirigio sobre ella le recordó memorias que le

eran insoportables, y cuando ella se le acercó, se escapó de su boca una imprecacion terrible que la aterró, y la hizo retroceder hasta la puerta.

Mistress Bawsky jugaba entonces á los naipes con Miss Mary Thompson, la única muger de Penrry que habia tomado parte en las mortificaciones á que la habian conducido las relaciones con el Doctor.

Las damas dejaron sus naipes sobre la mesa, y tal era el respeto involuntario que inspiraban los elegantes modales y la notable hermosura de Rosa que Miss Thompson iba á levantarse, si el gesto del Doctor y el de Mistress Bawsky no la hubieran dado á conocer que aquella visita no merecia ninguna atencion.

Rosa desanimada y temblando preguntó con voz tímida al Doctor si no la conocia.

El Doctor miró entonces á Mistress Bawsky, y ella respondió por ambos, diciendo que ciertamente Miss Rosa habia crecido mucho, y despues llegándose al oido de Miss Thompson añadió en voz baja, pero inteligible: "¡Os acordais de aquella muchacha mendíga que recogió en otro tiempo aquel coronel indiano, y que despues colocó en Mount-Pleasant?"

"¡Qué si me acuerdo! Ciertamente que sí: la historia es demasiado extraordinaria para que se pueda olvidar; pero ¿es esta jóven dama?... No: yo lo tengo por imposible."

Mistress Bawsky aseguró que era la misma, y así Miss Thompson se puso sus anteojos, y la examinó de pies á cabeza. "Decidme, Miss.... Miss.... yo supongo que conservareis el apellido de Buhanum: decidme, ¿qué aventura os ha conducido?"

la preguntó Mistress Bawsky.

Esta pregunta, el tono con que se hizo, la ojeada que la acompañó, y la indiferencia con que Mistress Bawsky tomó otra vez los naipes de mano de su amiga, sin manifestar el menor interés por la respuesta, convencieron á Rosa de que nada tenia que esperar en aquella casa; pero como sus sensaciones estaban ya libres de los recuerdos tiernos que acababa de experimentar en Mount-Pleasant, la dejaron toda su presencia de espíritu.

Por otra parte, acordándose de aquella mezcla de orgullo y de bajeza que siempre habia conocido en el caracter del Doctor, imaginó la pena que tal vez sufriria en ver una persona que se hallaba testigo de la prodigiosa mudanza acaecida en su fortuna y género de vida, y bajo esta

reflexion respondió sonriéndose, que la aventurera que la conducia á Penrry era simplemente el deseo de ver sus antiguos amigos, y que no estaba enteramente frustrada su esperanza, pues la parecia que el Dr. y Mistress Bawsky gozaban salud completa.

" Sentaos, Miss, sentaos, " dijo entonces Mistress Bawsky con un tono amistoso.

Rosa obedeció, y despues de algunas frases indiferentes se atrevio á preguntar noticias de Eleonora.

Una ligera expresion de benevolencia que sus cariñosos modales acababan de producir en la taciturna fisonomía del Doctor y en la de su querida amiga desaparecio completamente oida esta pregunta, reemplazándola el aire sombrio y descontento; de modo que ni las mas ardientes súplicas de Rosa, ni aun sus lágrimas pudieron

obtener de aquella pareja tan parecida una sola respuesta sobre la salud de Eleonora, ni sobre el paraje de su residencia.

Por fin el Doctor cansado de su importunidad dijo: que ya habia padecido bastante por causa de aquella jóven, y que no pensaba en dar nuevas armas contra él á sus parientes pensando en ella; que si éstos hubiesen querido que mantuviese correspondencia con sus antiguas amigas, es indudable que la hubieran permitido escribirlas; pero que todo le hacia creer que no tenian intencion semejante; que la última vez que habia visto á Eleonora le habia pedido que jamas pronunciase en su presencia el nombre de Buhanum; "segun esto, añadió el Doctor, no seré tan indiscreto que me atraiga una nueva pesadumbre." Rosa desconsolada imploró otra vez al Doctor,

cruzó sus manos , y aun se puso de rodillas ; pero nada obtuvo. Cuanto mas vehementes eran sus súplicas , mas inexorables y secas eran las respuestas que recibia.

La criada entró en este instante, y dijo que el postillon preguntaba si habia de retirarse.

El Doctor miró á Mistress Bawsky, quien le respondió con otra mirada, y continuó guardando silencio.

El corazon de Rosa estaba muy triste , pero tenia demasiada altivez para pedir favor , ni aun aceptarle de aquellos que con tal barbarie acababan de desairar su mas ardiente deseo ; y así despues de haber hecho un esfuerzo para reanimar su valor , les alivió del visible peso que les causaba, despidiéndose, y recibiendo de ellos los mas frios cumplimientos.

"Parece que no la falta espíritu,

dijo Miss Thompson siguiendo con la vista á Rosa, que parada á la puerta aguardaba que llegase su silla; pero ¿qué pretenderia con las noticias que vino á buscar?"—"Facil es de adivinar, respondió Mistress Bawsky: ya sabeis Doctor, que nos contaron que habia muerto el escocés que la sacó de Mount-Pleasant."—"Á la verdad, dijo la Thompson, yo celebro que el Doctor no la haya satisfecho á sus preguntas."—"Buena es esa, respondio el Doctor con un gesto fúnebre: en valiente laberinto me hubiera metido si hubiese tenido la debilidad de dejarme persuadir."

Rosa continuaba aun á la puerta. La indignacion y el desprecio se pintaban en su rostro mientras que el postillon preguntaba repetidas veces á donde habia de ir; pero como ella pareciese insensible á esta pregunta, sin

embargo de que tanto la habia oido desde su viage á la Metrópoli, se sentó en su silla, y guardó silencio.

El postillon hizo entonces sus comentarios, vió que habia conducido á aquella jóven á dos casas, en las que segun las muestras no habia agradado su visita, y acordándose de que existia en aquella aldea un amigo suyo, en cuya casa se recibia con gusto á todos, especialmente si llevaban mucho dinero, dió un latigazo á sus caballos, partió á galope, y se detuvo á la puerta del Withe-Horee.

Esta casa, donde dos ó tres veces cada año conducia Mistress Harley á Rosa para visitar á Mr. y Mistress Brown, la vista del banco en que el honrado John solia sentarse á leer á Shakespeare esperando que llegase, y la presencia del mostrador donde se sentaba Betty, renovaron sensaciones

tan tristes al corazon de Rosa, que con la mayor sorpresa de una criada que se hallaba presente se tiró sobre la primer silla que encontró al paso, y comenzó á llorar amargamente.

Esta muchacha salió con precipitacion, y añadiendo esta circunstancia extraordinaria á las aventuras que ya habia contado el postillon, el posadero empezó á dudar si la jóven forastera estaria en estado de pagar el gasto que hiciese, y lo creyeron mucho mas todos viendo el poco volumen y peso de la maleta. Como este punto era muy importante en la consideracion de los miembros del conciliábulo secreto que se celebraba contra la pobre Rosa, el postillon sin ningun respeto al dolor en que Rosa estaba abismada entró repentinamente, y la pidió el dinero del viaje.

Ella con la mayor dulzura sacó su

bolsa, y le entregó una guinea para que la diese la vuelta.

El posadero noticioso de la prontitud con que habia correspondido al petitorio de su postillon se presentó inmediatamente á preguntarla ¿qué disponia para comer?

Á pesar de que Rosa habia viajado lo bastante para saber que en las posadas era preciso hablar de la mesa, exclamó que no qüeria nada, y renovo su llanto. El posadero permaneció delante de ella, y la miró con una atencion que la sorprendio é irritó; pero recobrando bien pronto aquella dignidad imponente, que jamas la abandonaba cuando se veía tratada con demasiada llaneza, se levantó y dijo: "servidme lo que haya, y retiraos." El posadero obedeció, pero siguió mirándola hasta que estuvo fuera de la puerta.

Esta conducta recordó á Rosa su situacion, y reflexionó suspirando que no era en Penrry donde debia quedarse, y que aquella aldea, teatro un tiempo de su felicidad, la era entonces insoportable por las crueles memorias que la excitaba. Pensó con gratitud en el amistoso recibimiento de Mistress Fewersham, y comparándole con el del Doctor Croack sintió con mas viveza el preciò de los favores recibidos en casa de la viuda. Al presente no le quedaba otro camino sino volver á Londres, y se determinó á darse á conocer á Mistress Fewersham, confesarla sin disfraz sus ideas, y pedirla su recomendacion para ser aya de una familia, ó pasanta en una escuela, economizando entretanto el resto de sus veinte libras de Lady Hopelly, á fin de no ser gravosa á nadie. Apenas hubo formado este plan cuan-

do el postillon entró con la vuelta de la guinea, y tras él la criada con la maleta, que hasta entonces habia permanecido en la silla. Pero Rosa no habia concluido de pasar los disgustos de aquel dia tan desagradable para ella, porque el postillon rehusó absolutamente volverla á Londres, suponiendo que ya habia ajustado otro viaje, y no quiso condescender con ningun convenio.

Ya la cuestion no era saber donde habia de ir, sino el cómo habia de salir de la aldea, porque aunque en muchas casas de Penrry habia tablas donde se leia: *aquí se alquilan carruages para todas partes*, Rosa durante su viaje desde la casa del Doctor Croack al Witne Horse se hallaba de tal modo entristecida por el bárbaro recibimiento que habia tenido que atravesó el pueblo sin ver nada hasta

el momento en que el banco favorito de John y el mostrador de Betty la sacaron de aquel éxtasis doloroso.

Sir Salomon Mushroom, despues de haber hecho construir una nueva posada en Penrry, habia cedido á Sam, criado en otro tiempo del Withe-Horse, el arrendamiento de aquel antiguo establecimiento; pero como ya no necesitaba de Sam para saciar su ódio y venganza contra la familia de Brown, pensó en todos los medios de aumentar la reputacion de su nueva posada á expensas de la antigua; por manera que el Withe-Horse no era mas que una especie de taberna famosa por la buena vianda que allí siempre se encontraba, y solo la frecuentaban algunos antiguos vecinos de Penrry y labradores de las cercanías, que venian á vender sus géneros al pueblo, y tambien iban

allí los carruajes del alderredor.

El postillon y Sam estaban perfectamente de acuerdo : el primero aseguró á Rosa que la sería imposible encontrar otro carruaje aquel dia para Londres ; pero que la mañana siguiente debian pasar varios coches por delante de la puerta de la alquería de Brill , y que allí estaba cierto que hallaria un asiento á poco precio. Sam añadió que entretanto estaria cómodamente en su posada , y llamó á la criada para que la enseñase el cuarto que la destinaba.

La idea de ir á Londres á poco precio agradó infinitamente á Rosa, y aun la hizo olvidar los obstáculos que tenia para marchar al instante, y asi siguió á la criada.

Nuevas y bien dolorosas sensaciones asaltaron su corazon al entrar en el cuarto , que era el mas bello que

tenia Betty Brown. La cubierta de cama de algodon blanco, guarnecida con las cintas de flores indianas que Rosa habia usado en otro tiempo, algunas bellas tazas de china del coronel Buhanum, que ya estaban rotas, y que se habian compuesto con cuidado, se hallaban colocadas sobre la chimenea; las sillas, la mesa de acaju, todo en fin estaba con el mejor órden, como si nadie hubiera tocado, y todo conmovió á Rosa de modo que no pudo contener las lágrimas, y faltándole fuerzas para manifestar que la gustaba el cuarto, se dió priesa á despedir la criada. Luego que se vió sola se entregó sin reparo á las sensaciones tan tristes como interesantes que la proporcionaba la vista de aquellos objetos. Cogió el retrato de John, le besó, le arrimó á su corazon, y bañó con sus lágrimas cuan-

tos muebles la recordaban la memoria de los primeros años de su infancia. Sin embargo el exceso de esta sensibilidad le causó una opresion inexplicable, y se vió obligada á abrir la ventana para tomar el aire; pero el espectáculo que la aguardaba no era á propósito para inspirarla consuelo.

Á la derecha del camino fuera de la aldea se descubria la casa que ocupaba el Coronel Buhanum, un poco mas lejos estaba la miserable choza de donde su madre tantas veces la habia enviado á solicitar la limosna de aquel hombre benéfico. Á la izquierda vio la senda donde habia caido, persiguiéndole en su paseo; y aquel fue tambien el camino por donde John la llevó en brazos: despues sus miradas se fijaron de nuevo en aquel asilo hospitalario donde habia sido recogida, vestida y alimen-

tada por aquel que ya no existia: ¡ay!.... por aquel cuya muerte la exponia ahora á toda la miseria de que él la habia libertado.

Su atencion no pudo distraerse de tan gratos objetos sino por las altas torres de la quinta de Mushroom, sus campiñas, sus bosques, y el inmenso parque; pero á la izquierda descubrió á Mount-Pleasant sobre los techos de las casas de la aldea, y este espectáculo hizo palpitar su corazon.

Todas las facultades de Rosa estaban tan concentradas en la memoria de las primeras escenas de su infancia, que Sam la dijo dos veces que bajase á comer antes que ella pudiese seguirlo, hasta que al fin bajo al comedor, donde el postillon la aguardaba para entregarla el atadito recogido en Mount-Pleasant, y del que ella enteramente se habia olvidado.

Este hombre al componer los almohadones de su silla le habia encontrado, y como el peso y la forma de la cubierta le hizo creer que contenia cosa de entidad no escrupulizó en abrirle; pero no hallando sino una piedra entre muchos papeles, lo colocó todo en el mismo órden, y se dió priesa á entregarle á Rosa, aguardando con el sombrero en la mano la recompensa de su probidad.

Rosa reprendiéndose su olvido, hijo de su dolor, dió un escudo al postillon, y empezó con ansia á rasgar la cubierta.

Esta recompensa era cinco veces superior á la que el postillon aguardaba, y treinta veces mas de la que merecia; pero como Rosa se la habia dado con una expresion de gratitud, imaginó que este objeto era muy precioso para ella, y comenzó á quejarse

de un hallazgo tan moderado, y cuanto mas interés advertia en su rostro mayor precio daba al servicio que la habia hecho. Así es que no solamente se hizo molesto, sino que se permitió varias expresiones impertinentes; pero viendo que le era imposible distraer á Rosa de su lectura, ni obtener una palabra, salió del cuarto, hizo un gesto expresivo á Sam enseñándole el escudo, y partió con su silla.

Rosa despues de haber quitado cuatro papeles que cubrian la piedra, descubrió el siguiente billete.

MI QUERIDÍSIMA MISS BUHANUM.

"¡Oh, cuánto os amo, y cuánto aborrezco á nuestra severa aya, que no quiere que os hablemos; pero no os enfadeis por lo que digo, pues me

acuerdo que me prohibiais el aborrecer á nadie. Mistress Bagnal no hace lo mismo: ella manifiesta aborrecer á varias personas, y sobre todo á vuestra buena y querida aya Mistress Harley.... Carolina, las dos Miss Reeves y yo deseábamos con ardor arrojarnos en vuestros brazos cuando llegasteis; pero Mistress Bagnal las mandó que no os dijesen palabra, y las hizo prometer que obedecerian. Todas nos acordamos de que vos nunca habeis querido que seamos desobedientes, pero ella no piensa en mí, aunque tengo mas de ocho años, sé escribir, y he sido la favorita de vuestra mas querida amiga. ¡Oh, cuánta bondad tenia para conmigo! y sin embargo tambien nos está prohibido hablar de ella; pero yo cada dia ruego interiormente á Dios bendiga á mi querida Miss Eleonora Bawsky y á mi buena

Miss Buhanum. Ved aquí á Carolina que me atormenta para que os diga que un Domingo, cuando volviamos de la Iglesia, llegó un gallardo jóven en una silla de posta, se apeó, siguió á nuestra aya, y la preguntó por vos; pero ella tuvo la malicia de decir que no sabia nada. Carolina moria de deseos de decirle que estabais en Escocia. Él ofreció dejar sus señas, pero Mistress Bagnal no quiso, y entonces Jemima Reeves oyó que decia, que aunque estuvieseis al fin del mundo él sabria buscaros. Entonces llegamos á casa, Mistress Bagnal nos hizo entrar, y le cerró la puerta. Carolina al pasar junto á él se atrevió á decirle: *está en Escocia*; pero cree que él no la entenderia, pues no se atrevió á hablarle alto. Jemima oyó entonces que el joven mandó al postillon que le llevasen á casa de Mr.

Brown en el Withe-Horse, lo que nos dió mas pena que todo lo demas, pues sabemos que los pobres Brown ya no estan en Penrry. Carolina dice que este jóven es tan bello como nuestro primo Enrique el de Bengala.... Pero he aquí que me da priesa para que concluya. Á Dios pues, mi querida Miss Buhanum, yo os envio mil besos de parte de Jemima y de Augusta Reeves, de Carolina y de vuestra antigua amiguita

Enriqueta Nelson."

Rosa vivamente conmovida estrechó con sus labios el billete apenas legible de la amable niña, que con un estilo sencillo la manifestaba su cariño; pero á la segunda lectura se la presentó en su imaginacion con mas fuerza que nunca Montreville rodea-

do de todo el prestigio del amor. Pensaba que solo de él podia hacerse una descripcion tan seductora : creyó que sin duda él habia seguido sus huellas. Pero ¡ay , á qué error no la conducia semejante esperanza! Pronto reflexionó que no era él , pues ignoraba el nombre que ella tenia en Penrry , y aun tambien el de la aldea , y ademas nunca habia oido hablar de los Brown. Por otra parte , ¿cómo suponer que en tan poco tiempo hubiese podido informarse de estos pormenores , y adelantarse á ella en su viaje? Rosa suspiró viendose obligada á desechar la lisonjera esperanza que habia concebido : pero al fin ¿quién era este jóven? El Doctor Cameron , Lord Lodwer y su secretario se presentaron sucesivamente á su idea , y ella juzgó que la descripcion de aquellas niñas no podia convenir á ninguno de ellos.

Volvió á preguntarse: "¿quién será este hombre?" Él mandó á su postillon que le condujese á Penrry, el pobre Brown ya no estaba allí; ¿pero acaso habria tomado algunos informes en el Withe-Horse?

Apenas hubo adoptado esta idea cuando tiró precipitadamente el cordon de la campanilla, cuyo cuidado era inútil; pues Sam, sin que ella lo viese, habia estado de pie detrás de su silla, le preguntó con mucha viveza si se acordaba en qué tiempo habia venido de Mount-Pleasant un jóven para.... "¿para informarse de vos, Miss?" respondió Sam con aquel aire examinador, que ya antes la habia disgustado.—"¿De mí? ¿será acaso que me conoceis?" — "¿Si yo os conozco? ¡Oh! sin duda: asi como yo conozco mi propio nombre: mas de cien veces os he llevado provisio-

nes. Mi pobre amo Brown acostumbraba siempre á escoger las mejores frutas de su huerta para enviarlas á Mount-Pleasant."—"¡Querido y excelente Brouwn! exclamó Rosa.—"¡Ah, Miss! se han portado con él de un modo indigno. El señor de la quinta.... en fin, yo no quiero decir nada; pero tal vez nadie ha sido tan mal tratado de él como yo, y no debia esperarlo despues de lo que hice por el."—"Pero, ¿quién es ese caballero que vino de Mount-Pleasant?" preguntó Rosa.—"Yo le conozco tambien como á vos, y él no tiene menos motivo para quejarse del señor de la quinta. ¡Ah, Miss! hay historias bien extrañas, y sobre todas ésta; pero yo no quiero decir nada."—"Por favor, ¿quien es ese caballero?" repitió Rosa.—"El mas bello joven que tal vez existe en el mundo, respondió Sam:

él llegó de la India....”—“¡De la India! ¡Decis que llegó de la India! exclamó Rosa levantándose con la mayor agitacion: ¿quién es? ¿no se le podrá hablar? ¿cómo pudiera yo?...”—“Se llama Littleton, respondió Sam, Horacio Littleton, como antes se llamaba: sin embargo muchos dicen que es un gran Lord. Yo por mi parte no sé nada. Tambien dicen que el señor de la quinta le ha ofrecido su sobrina en matrimonio; pero esto no lo sé, ni me gusta hablar de ello, porque en fin yo soy arrendatario de Sir Salomon, y por el mal tiempo que corre puede un hombre verse en deuda con él, y es una cosa maldita la cárcel. Dícese que el jóven ha rehusado la proposicion, pues no quiere tener conexiones con esa familia.”

Durante esta narracion eran extremadas la alegría y la sorpresa de

Rosa. El Coronel Buhanum en cuantas cartas la habia escrito hablaba de Horacio Littleton. Este jóven oficial participaba como ella los mas tiernos afectos de su digno bienhechor, y no podia dudar de su virtud puesto que era grato al mejor de los hombres. En fin, ella sin duda iba á encontrar otro protector que habria recogido los últimos suspiros y postreras voluntades de su bienhechor, y que tal vez venia encargado de su execucion.

"¿Dónde está Mr. Littleton?" exclamo ella con ansia: y Sam replicó: "yo creo que está en la quinta de Sir Salomon, donde debe estar entretenido por el plan de que os he hablado." — "¡En la quinta! replicó Rosa: ¡ay amigo! ¿quereis llevarle un billete de mi parte.?" — "Por mi vida me parece que no debo encargarme de semejante comision, porque Sir Sa-

lomon, habiéndole respondido que no sabia donde os hallabais, tal vez ahora se irritará contra mí: yo os ofrezco enviar á mi criada Judith, pues su hermano es criado de la quinta, y no se extrañará que vaya á ella."— "Venga pluma y tintero," exclamó Rosa.—"Al momento, respondió Sam, con tal que no nombreis á nadie en vuestro billete."

Rosa lo ofreció, y se dió priesa á escribir un papel, que aprobado por Sam fue enviado inmediatamente á la quinta por mano de Judith, con órden de dársele á su hermano para que le entregase á.... "al novio de Miss Carlota Mushroom," interrumpió Sam guiñando el ojo á Rosa; pero esta exclamó: "á Mr. Littleton," y Judith partió inmediatamente.

Fue imposible á Rosa probar bocado; pues su espíritu estaba en la

mayor agitacion, y apenas Judith podia haber llegado á la quinta cuando ya esperaba su vuelta con impaciencia: al fin un relox colocado en el comedor señaló que habia pasado una hora entera, y Judith no volvia.

Rosa cansada de conjeturas, y hacer suposiciones sobre esta tardanza, y no pudiendo desviar un punto de su pensamiento á Mr. Littleton, volvió á subir á su cuarto, abrió de nuevo la ventana, y fijó sus ojos en el camino de la quinta. En fin, con indecible alegria vió á Judith acompañada de un lacayo, y corrió al portal para recibir la respuesta de su billete, que era verbal. El lacayo, examinando con curiosidad á Rosa, dijo que el caballero, á quien deseaba ver, la ofrecia sus respetos, y la rogaba que pasase á la quinta; y yo soy quien tiene el encargo de conduciros á ella.

CAPÍTULO VII.

Si la curiosidad de Rosa hubiese subordinado su alegria á la discrecion, ó si ella hubiese sido naturalmente menos viva, ó si algunos mas años la hubiesen dado mayor experiencia, desde luego se hubiera acordado de que Miss Mushroom debia naturalmente tener otro amante que Mr. Litthleton, que segun las atenciones debidas á su sexo y estado, el modo en que se la convidaba á ir al castillo era muy extraordinario de parte de una persona, de quien debia aguardar una conducta mas respetuosa y delicada. Pero Rosa estaba fuera de sí misma, é incapaz de observar la admiracion que su talle y su gracia excitaba en la gente de la posada cuando salio seguida del lacayo. Tomó li-

gera el camino de la quinta mientras su corazon palpitaba de alegría y esperanza.

Anticipando ya el momento de su encuentro en una persona, que debia tener para ella un interés verdadero, se imaginaba todavia poder conocer la fisonomía de Mr. Littleton. Se sabe que Rosa no le habia visto sino dos ó tres dias antes de su partida á la India; pero ella era tan jóven entonces, y habian pasado tantos años desde aquella época, que se hallaba enteramente borrada la vaga memoria que podia conservar de su persona. Mas durante la ausencia de Judith ella habia hecho tan escrupulosas preguntas á Sam sobre la figura, talla y fisonomía de Mr. Littleton, que estaba casi segura de conocerle á primera vista. Llegó á la quinta, y entró en el gran portalon con una agi-

tacion que felizmente para ella la impidió que pensase en el paso extraordinario que daba, ni notar tampoco la sorpresa de los criados á vista de una visita tan fuera de las comunes leyes de la etiqueta.

Toda la quinta habia sido adornada con la mayor magnificencia desde la última vez que Rosa habia estado en ella. Las columnas de mármol del portalon presentaban siempre su primera sencillez; pero una escultura elegante y un rico dorado adornaban los intermedios; las paredes asi como la escalera estaban pintadas por Kauffman, y varios nichos contenian estatuas magníficas transportadas de Italia á grandes gastos.

Á pesar de la preocupacion de Rosa ella experimentó alguna sorpresa á vista de la magnificencia que la rodeaba: la memoria del tiempo en que allí

mismo habia sido recibida con todas las apariencias de un sincero cariño se renovó entonces en su espíritu: despues pensó con tristeza y disgusto en los modales desdeñosos é impertinentes de Lady Lodwer, y aun en la conducta bárbara que tuvo con ella en la quinta de Lydear. Volvíase á ver en aquellos lugares donde antes habia sido recibida, acariciada y honrada; pero se veía casi desconocida á las personas para quienes su llegada era un dia de regocijo, y se dejaba esperar humildemente en un portalon, donde siquiera habia una silla.

Al cabo de algun tiempo se abrieron las puertas del comedor, Rosa escuchó grandes carcajadas, y un criado salió á decirla que entrase.

Entonces fue cuando por la primera vez la sombra de la duda obscureció la brillante perspectiva que

la habia dibujado su imaginacion: la abandonó su valor, y retrocedió confusa.

El criado repetia que entrase, la puerta se mantenia abierta, y un gran silencio reinaba en el comedor. Rosa preguntó á su corazon, qué era lo que debia temer: ¿por ventura no venia á ver á Horacio, el segundo hijo adoptivo de su bienhechor? Algo mas animada con esta reflexion se adelantó, pero sin embargo sus rodillas temblaban, y apenas supo cómo se halló en la sala cerca de una mesa cubierta de botellas de vino y licores de toda clase, y platos de oro llenos de frutas, y alderredor sentados muchos caballeros, todos muy dispuestos á divertirse.

Rosa levantó sus modestos ojos, y encontró las miradas de uno de los convidados, que al punto se la figuró sería Mr. Littleton por tener el ros-

tro algo moreno, como si viniese de un viaje. Este caballero, admirado de la beldad de su figura, así como al modo con que parecia distinguirle, se levantó, la presentó una silla, y volvió á ocupar su lugar.

Suponiendo que la conjetura de Rosa fuese exacta, y que efectivamente fuese Mr. Littleon el que veía, ¿no tenia motivo de sorprenderse de que despues de haber manifestado tal deseo de hallarla la recibiese de un modo tan extraño? Ella bajó los ojos, cambió de color, y su confusion y terror fueron extremados cuando una risotada de todos la probó que era el objeto de la diversion general.

Sin saber lo que la pasaba miró con timidez al rededor, y casi se convirtio en una estatua descubriendo al Lord Lodwer á un extremo de la mesa. Pero antes de proseguir debemos

hacer que el lector conozca el rango y cualidad de los personages de esta escena.

Á la derecha de una silla, vacía por ausencia del dueño de la casa, que despues de haber apurado la tercer botella habia sido acometido por uno de sus fuertes accesos de gota, que hace tiempo padecia, se hallaba el honorable Lord Conde Gaunthlet, á su izquierda el Lord Conde Denningcourt, que segun su costumbre no miraba ni la mesa, ni las botellas, ni los presentes, ni á Rosa; pero como sus ojos estaban abiertos se podia suponer que en algo los empleaba. Cerca de él estaba el Lord Delworth, hijo mayor del Conde Gaunthlet, que fue el que Rosa creyó ser Mr. Littleton.

Al lado opuesto estaban el honorable Lord Conde de Lodwer, cuya gruesa figura se presentaba de perfil

á las miradas de la asustada Rosa. El mayor Montreville, segundo hijo del Lord Gaunthlet; el Coronel Richely, amigo del Mayor; Sir Jacob Lydear y el R. Mr. Jolter formaban el resto de los convidados.

El motivo que habia reunido en la quinta tantas personas, que ya conocemos, es facil de adivinar, y el lector verá ya que la antigua intimidad que reinaba entre Sir Salomon y el Lord Gaunthlet continuaba con la misma fuerza, y aun el tiempo la habia aumentado; y Milord despues de haber procurado un brillante himeneo á la sobrina mas jóven del caballero, se ocupaba entonces en un cuidado de la propia especie.

Se sabe que el proyecto favorito de Sir Salomom habia sido dar á Carlota con ochenta mil libras esterlinas al hijo mayor de su ilustre amigo;

mas aunque Milord se hubiese manifestado bastante indiferente sobre este proyecto de alianza con su familia, él habia defendido con zelo la causa de las dos sobrinas del caballero en la familia de Lodwer y Denningcourt. La proposicion del matrimonio entre este último y Miss Mushroom habia ocasionado deliberaciones y dilaciones fatigosas, tal vez nacidas de la predileccion de Carlota á Mr. L[illegible]eton, objeto de su primera eleccion, y quizas tambien por la indiferencia que la manifestaba el jóven Lord; pero sin embargo el negocio se habia vuelto á entablar á pesar del poco atractivo que parecian tener uno con otro, y la comida que aquel dia dió Sir Salomon podia considerarse como una preparacion para el arreglo decisivo; y lo que era mas extraordinario que el Lord Gaunthlet, amigo comun de

los futuros esposos, aunque aparentaba regocijarse del éxito de un negocio de que habia sido agente, al presente nada deseaba sino que se frustrase, á fin de proporcionar á su hijo la alianza que antes habia despreciado; pero Sir Salomon parecia muy tibio sobre este asunto.

En la aldea corria la voz vaga de que el señor de la quinta por motivos secretos habia ofrecido su sobrina con ochenta mil libras al jóven que en otro tiempo habia sido el objeto de su cariño, y que éste acababa de despreciar su propuesta; mas como el negarse á admitir una jóven bonita y rica podria considerarse como un extremo de delirio, no debemos admirarnos de que los aldeanos no le hubiesen creido. Por otra parte era pública la inclinacion de Carlota al jóven Horacio, y asi vistos los preparativos

que se hacian en la quinta para recibir al novio que se la destinaba, nadie dudó que éste fuese Mr. Littleson, y Sam se hallaba en el mismo error que todos.

Judith, habiendo recibido órden de que el billete se entregase al amante de Miss Carlota, un criado le presentó al Lord Denningcourt.

Milord con la mayor dificultad se resolvió á soltar su mondadientes sobre la mesa, dejó caer su pañuelo, y abrió el billete. Aquel aire de tedio que reinaba en su linda cara se disipó por un momento, y dió lugar á una expresion mas animada mientràs que leía aquellas líneas: un instante despues bostezó, recobró su mondadientes, puso el billete sobre la mesa, y pareció haberse olvidado de él enteramente, hasta que el criado en voz baja le preguntó si tenia respuesta.—

"¿Respuesta? dijo Milord, ¿y á qué?"—"Al billete, Milord."—"¡Oh! el billete, es verdad: ya no pensaba en él. Dad mis expresiones á la dama, y decidla que estoi ocupado:" despues metiendo el billete en su bolsillo volvió á su postura de tedio.—"¡La dama! exclamó Lord Delworth, vamos, yo apuesto veinte y cinco guineas á que ese billete no es de una muger."—"Yo no quiero ganar vuestro dinero, Delwort, respondió el Lord Denningcourt, porque creo que podeis emplearle mejor; pero he aquí el billete, leedle, y responded á vuestro gusto."—"Ya habeis respondido á él, dijo el Lord Gaunthlet con un aire grave. Ciertamente, Lord Denningcount, este no es sitio conveniente para...."—"Es conveniente para cuanto yo quiera hacer, Lord Gaunthlet, y lo mismo me sucederá en cuantos parajes me ha-

llase." — "Vamos, vamos, basta de moral, y leamos," exclamó el Mayor Montreville. — "Leamos, leamos," repitieron los demas convidados.

El Lord Delwort pasó el billete á su hermano; pero éste ya medio borracho se le entregó al Coronel. El Coronel quiso apostar que el Mayor no leería tres palabras de seguida. El Mayor sostuvo que el Coronel ni aun podia deletrear: el primero respondió con aspereza, el segundo levantó la voz; pero una salida graciosa que tuvo uno de los presentes restableció la buena harmonía. Entretanto Jolter roncaba, y el billete permanecia abierto entre los vasos ý botellas, cuando Sir Lydear despues de haber asegurado á sus compañeros que estaba en estado de descifrar toda clase de letras ofreció leer el billete. El Lord Denningcourt mani-

festó alguna duda, y el Baron se levantó, y leyo en voz clara lo siguiente:

"La persona por quien tuvisteis la bondad de informaros en Mount-Pleasant desea con todo extremo veros, y sabiendo que os hallais en la quinta de Mushroom, se atreve á escribiros para noticiaros que os aguarda en la posada de Penrry. El deseo de oir hablar de aquel virtuoso y antiguo amigo que hemos perdido, es quien puede excusar este paso que doi para proporcionarme vuestra vista." — *R. B.*

Toda la sala resonó con el palmoteo. "Bravísimo, bravísimo, Jacob," exclamó el Lord Lodwer. — "Pero, ¿quien es esta R. B.?" preguntó seriamente el Lord Gaunthlet.

La fisonomia del Lord Denningcourt se animo de nuevo por un instante; pero volviendo á tomar su comun

indiferencia dijo: "Caballeros, ¿teneis algun deseo de verla?"—"Sí, sí": exclamaron todos.— "Mui bien", replicó Milord, y volviéndose hácia el criado le dijo: "Mis respetos á la dama, y que la suplico me haga el favor de venir á la quinta."

En virtud de este ridículo mensaje se halló Rosa en la cruel posicion que acabamos de referir: la equivocacion que verosimilmente la habia llevado á la quinta pareció muy graciosa, y excitó la alegría de los convidados, mientras que el modesto objeto de su impertinente examen, pálida, y apenas sin respiracion, parecia convertida en estatua.

El Lord Lodwer conoció inmediatamente á la jóven que tanto habia admirado, y de cuya posesion dependia el ganar la apuesta: no le quedaban sino dos dias para cumplir el

plazo, y Milord se alegraba ya de un encuentro, que despues de tantas y tan inútiles pesquisas le proporcionaba no solo la jóven mas hermosa que habia visto, sino tambien ganar la cantidad apostada por el Lord Aaron Horsemagog. El aire de triunfo que se vió en su rostro aumentó de tal modo el terror de Rosa, que se vió obligada á apoyarse en la pared para no caer en el suelo. El Lord Denningcourt, á pesar de sus distracciones, la conoció igualmente, y se levantó apresurado para dirigirse á ella; pero habia en la sala otra persona que mas interesada que el Lord Lodwer, y mas agil que Denningcourt se acercó á sostenerla, y este fue Sir Jacob Lydear.

Los sectarios del placer no son tan egoistas como quieren parecerlo; así los convidados se reunieron alderre-

dor de la desgraciada jóven, que por entonces excitaba su compasion. Los cordones de todas las campanillas fueron movidos á un tiempo, la casa se puso en movimiento, y Lady Lodwer, Lady Gaunthlet, dos de sus hijas y Miss Mushroom abandonaron el juego de treinta y una, y vinieron á saber la causa del alboroto.

Miss Carlota, aunque sorprendida de ver á Rosa en la quinta, estaba en cierto modo preparada por su hermana para el papel que debia desempeñar, y á pesar del despecho que la causaron las mejoras que notó en la persona de su antigua compañera de colegio, aparentó que no la conocia. Bien pronto las damas conceptuaron que era injurioso para personas de su rango y sus virtudes el que donde ellas se hallaban se diesen los caballeros tanta priesa á cuidar de una

criatura indigna de entrar en los parajes que ellas pisaban.

En cuanto á Lady Lodwer, apenas vio á Rosa casi moribunda en los brazos de Sir Jacob, y que no solamente el Lord Lodwer, sino los demas caballeros manifestaban el mas vivo interés en su suerte, cuando desplegó tal exceso de dolor, y lloró la desgracia de su situacion con un acento tan patético, que nadie pudo equivocarse sobre la causa de semejante llanto.

Lord Denningcourt, que era el hombre mas inexplicable del mundo, fue á sentarse en su antiguo punto, y pareció escuchar las quejas de Lady Lodwer interin que sus ojos se paseaban sobre toda la persona de su marido.

Las damas, comprendiendo que Rosa era una mugerzuela de quien estaba apasionado el Lod Lodwer, se apar-

taron de ella con desprecio, y cercaron á la afligida Lady, persuadiéndola á que saliese de la sala. El mismo Milord, que tenia algunas razones secretas para guardar ciertas atenciones con su suegro, se esforzó á sosegarla, pero en vano; pues ella proseguia sollozando, y diciendo que aquella muchacha seria causa de su muerte: mas cuando Sir Jacob Lydear, que veia que todos abandonaban á Rosa, y pensaban tan poco en los deberes que prescribe la humanidad, sacó á aquella desventurada jóven fuera de la casa, Milady cayó en un acceso de rabia, lloró, gritó, se arañó, y probó á todos que no solo era la mas desgraciada, sino tambien la mas apasionada de todas las mugeres.

Sir Salomon, atraido á la sala por la bulla, se esforzó á restablecer el ór-

den en su casa: llevó á su hija al cuarto que ocupaba, la hizo acostarse, mandó llamasen un cirujano para sangrarla, y volvió tranquilamente á reunirse con los convidados, quienes no viendo ya á Lady Lodwer, ni á Rosa, se burlaban de la una, y hablaban de la otra con desprecio.

El Lord Lodwer, temiendo perder nuevamente las huellas de su amada presa, aparentó estar ofendido de las injustas sospechas de su muger, declaro su intencion de restituirse á la ciudad, y mando se le pusiese el coche á pesar de las instancias y súplicas del Lord Gaunthlet y de su suegro.

Mientras que en el comedor se representaba esta escena, Sir Jacob hallando en los criados de la quinta mas compasion que en sus amos, habia conseguido que socorriesen á Rosa, y bien pronto tuvo el placer de verla en

su acuerdo ; pero apenas puso los ojos en él cuando los cerró de nuevo, exclamando aterrorizada : "¡Dios mio! ¿dónde me hallo? y despues se tapó la cara con las dos manos.

Sir Jacob estaba ya mui mudado de como antes era, habia adquirido algunas ventajas bajo la direccion de su hermosa prima Lady Lodwer, quien habiendo trabajado mucho en curarle de su ciega predileccion á Rosa, habia logrado su gratitud que la acompañase primero á Scarborough, y despues á Londres. La naturaleza habia dado á Sir Jacob un corazon excelente, y si sus inclinaciones hubiesen sido dirigidas por las reglas de una sana moral, tal vez hubiera sido el adorno de la sociedad ; pero tuvo la desgracia de que las manos de la locura fuesen las que rasgaron el velo con que cubria su entendimiento la

ignorancia. Sus pasiones eran siempre vehementes; mas lo que entonces experimentaba respecto á Rosa era mas bien un tierno respeto y un pesar melancolico de no haber podido agradarla; pero no tenia valor para perseguir á una criatura tan claramente destituida de todo auxilio. Se esforzó, pues, á calmar sus temores, gratificó á una de las criadas de la quinta para que la acompañase á la posada, y no la perdiese de vista hasta que estuviese en su cuarto. Despues, ignorante de cuanto habia pasado en la sala durante su ausencia, volvió á reunirse, pensando interiormente que el Lord Denningcourt era el amante privilegiado de Rosa, y admirándose de que pudiese abandonar á tal criatura por todas las riquezas del mundo.

Durante este intervalo Rosa entregada á sus reflexiones sufria los mas

vivos temores: habia sabido por su conductora que Mr. Littleton no estaba en la quinta, é infirio que sin duda por alguna equivocacion se habia entregado á otro su billete; pero la suerte fatal, que de nuevo la exponia á los insultos de dos hombres que eran igualmente objeto de su terror, la hacia extremecerse.

Sam se manifestó sumamente asombrado cuando la criada le contó lo que acababa de pasar en la quinta, y empezó á temer haber desagradado al señor, é imagino que se exponia mucho alojando en su casa á una persona que desagradaba al caballero Mushroom; y así se dió priesa á desmentir cuanto habia dicho á Rosa á su llegada; y suponiendo primero que no le quedaba cuarto alguno para aquella noche, ofrecio buscarla inmediatamente un carruage para Londres.

Rosa acababa de probar que tenia mucho talento, pero poca prudencia; mas los verdaderos motivos de Sam para desear su viaje eran demasiado claros para engañarla, y aunque dudase de la seguridad del asilo en que se hallaba contra las tentativas y poder de dos hombres tales como el Lord Lodwer y Sir Jacob Lydear, resolvió quedarse hasta la mañana. Observando sobre la fisonomía de Sam una insolencia decidida, se retiró tranquilamente al cuarto de que ya habia tomado posesion, y donde estaba su maleta, y despues cerrando la puerta se sentó cerca de la ventana, resuelta á no desnudarse, y velar hasta el dia, en cuyo punto buscaria una persona que le condujese al paraje donde debia hallar los coches que pasaban á Londres.

No tenia otra luz en su cuarto que la de la luna que magestuosamente se

elevaba sobre las torres de la quinta, y reflejaba alderredor algunos rayos, sin los cuales hubiera estado á obscuras.

Ya hacia una hora que estaba en aquella postura cuando la llenó de terror al escuchar una voz que habia dejado una fuerte impresion en su memoria, y era la del Gentilhombre del Lord Lodwer, que se dejó oir cerca de la puerta de la posada. Ella abrió su ventana con una mano trémula, y escuchó atentamente; pero aunque distinguió perfectamente á quien hablaba, la conversacion que éste entabló la fue ininteligible, y no pudo oir mas que un murmullo vago y confuso.

Mil temores asaltaron á la pobre Rosa, y arrastrando con la mayor dificultad cuantos muebles habia en el cuarto, los puso delante de la puerta, y la atrancó lo mejor que pudo: hecho lo cual se volvió á su silla.

El hombre que causaba su terror ya se habia marchado, y el mayor silencio reinaba en la posada; sin embargo algunas veces afligida por su situacion presente, y otras despedazada por los recuerdos que la escitaba la casa de su bienhechor, sobre la cual esparcian su melancólica ira los rayos de la luna, permaneció sentada hasta que el relox del pueblo dió las diez. Poco despues se dejó oir algun ruido en la casa, luego en la escalera, y en seguida un golpe que dieron á la puerta de su cuarto la privo de la respiracion.

Sin embargo se dió priesa á aumentar su trinchera, decidida á alborotar todo el pueblo si trataban de abrir por fuerza, y entretanto guardó silencio, y temblaba de miedo.

Repitieron los golpes á la puerta con mas fuerza, y Rosa apenas tuvo



valor para preguntar quién era; pero un golpe mas terrible que los otros transtornó la puerta, y al cabo de algunos minutos de silencio se dejo oir la delicada voz de una dama:

"Ved que os equivocais, querida niña, dijo ella: abrid sin temor."

Rosa saltó de su asiento, sus mejillas se animaron, su respiracion quedó libre, y todos sus temores desaparecieron. ¡Era una muger! ¡una persona de su sexo! Ella conocia á muchas, cuyo espíritu y caracter no tenian semejanza con las dulces virtudes que la distinguian; pero la posibilidad de que un libertino pudiese en ningun caso ser alentado en sus viles designios contra una joven inocente por la muger mas coqueta y mas insensible la parecio una suposicion terrible: y si se la ocurrio por un instante, fue para despreciarla como un

sueño funesto, hijo de la imaginacion extraida por el terror. Se dió priesa á quitar toda la trinchera, y al abrir la puerta se sorprendió agradablemente viendo una muger que reunia á la mayor belleza una gracia encantadora, y una fisonomía que llevaba el sello del interés, de la benevolencia y de una dulzura inexplicable.

La alegría y la sorpresa de Rosa al oir el harmonioso eco de su voz habia animado sus bellos colores; pero la inquietud y el terror dejaban todavía rastros demasiado sensibles sobre su rostro para que se la ocultasen á la amable dama, cuyas miradas expresaron tambien la sorpresa que la causaba el desorden de los muebles del cuarto. Tomó la mano de Rosa, y con una sonrisa llena de gracia se disculpó de la visita a semejante hora,

y despues mirando alderredor la dijo: "¿qué significa todo esto?"

¡Qué momento para la pobre Rosa! La sorpresa, el placer, la gratitud la hacian sufrir sucesivamente mil diversas sensaciones. Excitaba ya el interés de una persona de su sexo, y que parecia de un rango distinguido, cuyos modales convidaban á la confianza, y cuyas miradas expresaban la bondad misma. Incapaz de pronunciar ni una sola palabra, estrechó contra sus labios y su pecho la mano de la amable dama, y se dejó caer sobre una silla, no pudiendo ya contener la violencia de su conmocion.

La dama, volviendo á mirar el cuarto, se sonrió. "Vamos, la dijo, no os asusteis así: yo veo ahora de lo que se trata. Vos temiais la persecucion de ese malvado Lord, y no me sorprendo de ello, porque hay una

gran diferencia entre él y vuestro amigo." —"¡Mi amigo! pensó Rosa poniéndose colorada, ¡mi amigo! ¿Esta encantadora desconocida tendrá el poder de un ser sobrenatural así como tiene su aspecto? ¿Conocerá ella á aquel á quien yo puedo llamar amigo?"

La dama observaba atentamente la fisonomía de Rosa; pero con la mayor delicadeza, y sin que Rosa lo conociese observó que se habia puesto colorada. Se sentó á su lado para explicar los motivos de aquella que llamaba visita indiscreta, y dijo que vivamente compadecida del estado en que la habia visto en la quinta de Mushroom, y á pesar del disgusto que causaba á aquella familia el interés que por ella habia manifestado, hubiera venido siempre á informarse de ella, aun cuando no hubiera sabido que en hacerlo tenia la dicha de com-

placer al Lord Denningcourt.

Rosa prendada de los modales graciosos de aquella encantadora desconocida, y animada por la bondad que la manifestaba, la miró con asombro repitiendo: "¡El Lord Denningcourt!"

Una ligera sorpresa se dejó ver entonces sobre la fisonomía de la dama, y despues de algunos minutos de silencio añadió: "Milord está tambien muy afligido de la equivocacion que ha tenido consecuencias tan desagradables para vos, y asimismo disgustado de la cruel conducta de su futura esposa." La dama se detuvo como si temiese instruir á Rosa de lo que ignoraba, y la miró atentamente; mas la fisonomía tranquila y serena de Rosa no hizo traicion á ninguna de las emociones que la dama sospechaba en ella. Entonces parecia mas ocupada en el placer que la procuraba la inespera-

da visita, que curiosa sobre nada de cuanto perteneciese al Lord Denningcourt. La feliz facilidad con que Milord lo olvidaba todo habia dejado en Rosa una impresion harto desfavorable de su caracter, aun en aquel tiempo en que, á pesar de los comentarios de Mistress Fewersham, le suponia de buenas intenciones.

La dama continuó diciendo: "Milord habiendo sido informado por su criado de que los zelos de Lady Lodwer no eran sin fundamento, y temiendo los insultos que tal vez os preparaba su marido, así como tambien experimentando hácia vos el interés mas tierno y verdadero, me instó, segun los motivos que tiene para fiarse de mi amistad, que os concediese mi proteccion, y os defendiese de la persecucion del Lodwer, lo que yo hubiera hecho voluntariamente sin la re-

comendacion del Lord, habiendo sabido que se trataba de cierta apuesta, cuyo motivo no comprendo claramente; pero que me hace temer estais expuesta á ser el blanco de alguna empresa ridícula."

Entonces fue la primera vez que el nombre de Denningcourt causó á Rosa una sensacion agradable. El cuidado que habia tenido de procurarla la proteccion de una muger virtuosa, y que parecia poseer todos los encantos de su sexo, era tan delicado, tan sensible y tan digno de un hombre de honor, que expresó su gratitud á Milord con tal viveza, que parecio agradaba mucho á aquella señora. "¡Oh, cuánto me alegro, exclamó Rosa, de hallar un Lord Denningcourt que forme tan buen contraste con un Lord Lodwer."

Las miradas de la dama signifi-

caron de nuevo su aprobacion, y enseguida la preguntó con la mayor dulzura si habia mucho tiempo que conocia al Lord Denningcourt, á cuya pregunta contextó Rosa con una simple y circunstanciada relacion de su encuentro con Mistress Fewersham, y notó con gusto que su historia agradaba á su protectora.

"Yo os pido me perdoneis, Miss, dijo ella, si mi interés por vos me obliga á pediros la explicacion de un enigma, que parece tiende alguna sombra sobre la franqueza de vuestra conducta. ¿Por qué la familia Mushroom y el Lord Lodwer no os conocen sino con el apellido Buhanum; cuando Denningcourt ha sabido por Mistress Fewersham que teniais el de Walsingham?"

Rosa bajó los ojos, pero recobrando bien pronto aquel valor que ins-

pira la inocencia respondió sin titubear que esta explicacion estaba tan unida á los principales sucesos de su vida, que no podia dar una sin entrar en los detalles de la otra.

"Vos me encantais, replicó la dama: teneis una ingenuidad y una franqueza que no he encontrado en nadie: realmente sois una jóven encantadora, y sean cuales fuesen los sucesos de vuestra vida, yo estoi cierta de que no podrán debilitar el interés que me inspirais."

Rosa contestó que temia que sus infortunios, aunque mui interesantes para ella, fuesen demasiado insignificantes para merecer la atencion de su generosa protectora; pero que segun las graves sospechas que la habia excitado su mudanza de nombre, la pedia permiso de darla sobre este asunto las convenientes explicaciones.

Un criado trajo luces, arregló los muebles de la pieza, y las dos damas acercaron sus sillas á la ventana.

Rosa dió entonces un detalle exacto de su vida, de su llegada á casa de Lady Lydear, de la conducta de Sir Jacob en cuanto la fue posible sin nombrar á Montreville: habló de su encuentro con su madre, de las causas que habia tenido para no quedarse con ella, ni aun darse á conocer, y en fin refirió sus penas y la pérdida de sus mejores esperanzas desde la llegada á la metropoli.

El mas vivo interés se pintaba en los ojos de la bella desconocida, y apenas Rosa acabó, ella exclamó con vivacidad: "¿Con que supongo ninguno de vuestros nombres os pertenece? En verdad, mi bonita mendiga, yo casi envidio vuestras virtudes; y ciertamente te las admiro: si fuere

posible que una muger bonita amase á otra (ya veis que si tengo vanidad, al menos tengo tanta franqueza como vos) yo os amaria con todo mi corazon. Pero dejando chanzas, vuestra suerte es mas que extraordinaria, pues los que representan en vuestra historia los primeros papeles son personages bastante comunes, y vuestra ignorancia del mundo es la que exagera sus vicios y sus virtudes. Sir Salomon es un hombre rico, duro y egoista; nada es mas comun. El Coronel Buhanum fue culpable de muchos crímenes que despues quiso expiar con una beneficencia sin límites. Mistress Harley es una buena muger, pero de cortos alcances, sin pasiones, sin energía, no pensando sino en su escuela, y siguiendo sin saber por qué los pasos de su abuela. El Mayor, un verdadero escocés, habil en

el cálculo, y que sin duda juzgó mui económico conducir á sus hijas una aya, á quien no tendria que pagar. Mistress Buhanum se condujo precisamente como una jóven que se casa con un viejo. Vuestra Mistress Walsingham me parece una entusiasta, que dejo el mundo por despecho, porque no podia brillar en él; yo he conocido mil como ella. Lady Lodwer es una necia que tiene mas disposicion que facultades para ser una pequeña tirana. Lord Lodwer es un hombre de mundo, jóven por la edad, pero muy veterano en la carrera donde los innumerables como Sir Lydear no son mas que unos novicios; y Mistress Fewersham es una loca. Lord Denningcourt á la verdad no debe ser confundido en el tropel de toda esta gente: tiene los ojos mas hermosos y los mas bellos dientes del mundo; su

tálla es noble, su figura encantadora; pero aun hai personas con quienes se le puede comparar. Y á mí, Miss, añadió sonriéndose la amable dama, ¿en qué clase me colocareis?" Rosa contextó: "yo no tengo fuerza para discutir con una tan amable casuista; pero si las virtudes que me parecen tan respetables no son á vuestros ojos mas que unas cualidades comunes, ¿en qué mundo encantador vivis, donde los mismos vicios se toleran con tanta facilidad? En cuanto á vos, señora, añadió, es imposible que seais una persona comun, yo no me atrevo á creerlo: vos no teneis igual, ó por lo menos yo no conozco quien se os pueda comparar"—"Muy bien, replicó la dama, me parece que con toda vuestra ingenuidad sois una amable aduladora. Sin embargo, como el Lord Denningcourt se interesa en vues-

tra suerte, y yo á la verdad me siento inclinada á vos, habladme con franqueza, y decid ¿en qué puedo serviros? Pero antes creo que es necesario deciros que soi la Condesa de Gaunthlet."

Rosa se hubiera levantado inmediatamente por respeto; pero la Condesa con la mayor afabilidad la detuvo, y preguntó de nuevo en qué podia servirla.

Las lágrimas de placer humedecieron las mejillas de Rosa, no podia explicar su gratitud ni su alegría, y mirando al bello rostro de su protectora creyó ser un espíritu bienhechor que venia á sacarla de la desgracia. Exaltada por esta reflexion se deslizó de la silla, y cayó á los pies de aquel ser, á quien se figuraba digno de sus respetos.

La bella Condesa dió una carca-

jada, y la alargó la mano para que se levantase. Despues de algunos minutos dados á la sensibilidad y al reconocimiento, Rosa hablo modestamente de sus habilidades, y rogó á Milady que la proporcionase una plaza de aya en alguna familia respetable. La Condesa la prometió hacerlo; pero añadió: "como el Lord Denningcourt desea poneros á cubierto de la persecucion del Lord Lodwer, ¿de qué modo podremos libertarnos de ella interin estás colocada?"—"¡Será posible, exclamó Rosa, que el Lord Denningcourt tenga tanta bondad! ¡Oh, qué gratitud le debo! ¿y cómo podré yo darle las debidas gracias?" Lady Gaunthlet prometio servirla de intérprete, y despues de haber reflexionado sobre las circunstancias actuales, fue de opinion que mediante el encargo que iba á ha-

cer de ella á las gentes de la posada, en ninguna parte estaria tan segura como en ella aquella noche, y en cuanto al modo de hacer su viage pensó que en la diligencia era el mas á proposito para evitar todo riesgo y toda observacion. "Mi proyecto es, añadio Milady, daros para que os acompañe un sugeto, cuyo celo y fidelidad me son conocidas: él os conducirá á Londres á casa de Madama La-Croix, la mejor criatura del mundo, y allí permanecereis hasta que yo vuelva á la capital."

Rosa hallo que nada era mas prudente, mas delicado, ni mejor combinado que este plan: besó la mano de su amable protectora con un movimiento apasionado, que expreso su gratitud con mas viveza que el mejor discurso, y la Condesa, renovandola la seguridad de su pro-

teccion, salió del cuarto. Entonces Rosa oyó con la mas viva satisfaccion que la Condesa la recomendó al cuidado de Sam, el cual habiéndola acompañado hasta la berja de la quinta de Mushroom, la aseguró respetuosamente que respondia con su cabeza de la jóven Miss, y en seguida volvió á ver á Rosa para preguntarla qué queria cenar. Pero aunque las órdenes de una gran señora fuesen demasiado eficaces para desobedecerlas, Sam temia tanto desagradar al señor de la quinta, que supo con la mayor satisfaccion que á la mañana se veria libre de este cuidado, y á fin de acelerar momento tan agradable para él se levantó antes del alba, y fue á llamar á Rosa una hora antes de lo que era necesario: luego la sirvió el desayuno observando que Miss no habiendo

comido ni cenado, tendria buen apetito, y haria honor á su té y á las excelentes tortas: añadió que se proponia acompañarla él mismo hasta la aldea de Brill, á fin de ver que quedaba segura en el coche.

Sin embargo, debemos convenir que el zelo extraordinario de Sam en esta circunstancia tenia otro motivo que el de cumplir el encargo de la Condesa de Gaumthlet.

Un incidente mui desgraciado, segun el, habia conducido á Penrry mientras que Rosa estaba en la quinta un forastero, cuya presencia le habia parecido tan desagradable como inesperada. Este forastero habia ido tambien en casa de Sir Salomon, en casa del Doctor Croak, y en fin habia sido encaminado al Withe-Horse por ordenes secretas del caballero, cuya colera contra Sam parecia ex-

tremada por no haber obrado en aquella ocasion con bastante rigor.

Rosa despues de haber pagado su cuenta se levantó para marchar. Sam cogió su maleta, y ambos salieron de la casa; pero apenas ella habia dado algunos pasos cuando se llenó de horror á la vista del gentilhombre del Lord Lodwer, que se halló en el camino; pero un robusto criado que pasó entonces con la librea de Gaunthlet, habiendo dicho á otro doméstico que iba á acompañar la diligencia hasta Londres por órden de la Condesa, la pareció una prueba tan indudable de su proteccion, que recobró ánimo, y siguió su camino, mientras que los vecinos de Penrry saludaban con respeto la bella dama que veían, no sospechando que era la misma mendiga que toda la aldea habia conocido.



Atravesó la cerca siempre acompañada de Sam, y al acercarse al camino real vieron un hombre mal vestido, sentado de espaldas á ellos con un libro en la mano, y á su espalda colgado en un palo un lio atado con un pañuelo de seda.

Sam se sobresaltó, y se detuvo. Rosa maquinalmente hizo lo mismo, y el criado siguió su ejemplo.

"¡Dios mio! exclamo Sam, perdonadme; pero he aquí el sitio por donde pasan los carruages, yo no puedo ir mas lejos, pues he dejado las llaves sobre el mostrador, y es preciso vuelva á mi casa. Al decir estas palabras soltó en el suelo la maleta.

Rosa apenas tuvo tiempo de manifestar su sorpresa cuando Sam estaba ya muy lejos; y entonces el criado, quitándose repentinamente el

sombrero, cogió la maleta, y ofreció llevarla. Rosa le dió gracias, y en aquel momento vieron el coche que venia, y dándose priesa á encontrarle, vieron que el pobre hombre acababa de entrar en él.

El criado habiéndose adelantado dijo al cochero que un miserable como aquel no debia viajar con la joven dama que le seguia; y ya casi le tenia persuadido á que colocase á aquel medio mendigo en la trasera del coche cuando llegó Rosa; y apenas vio que el pobre hombre tenia una pierna de palo, y segun una mano casi descarnada que asomaba por la portezuela, infirio que gozaba poca salud, cuando terminó toda disputa, colocándose en el coche con tanta precaucion como si llevase por compañera de viaje la primer Duquesa del reino.

Corrieron la portezuela, el criado se colocó al lado del cochero, y entonces Rosa, llevando en su imaginacion una perspectiva menos sombria, y entregandose de nuevo á las dulces ilusiones de la esperanza, é igualmente dando algunos suspiros por despedida al paraje que consideraba como su pais natal, se halló de nuevo en el camino de Londres.

FIN DEL TOMO VII.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO VII.

SIGUE LA LISTA
DE LOS SEÑORES SUSCRITORES
HASTA EL DIA,
POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

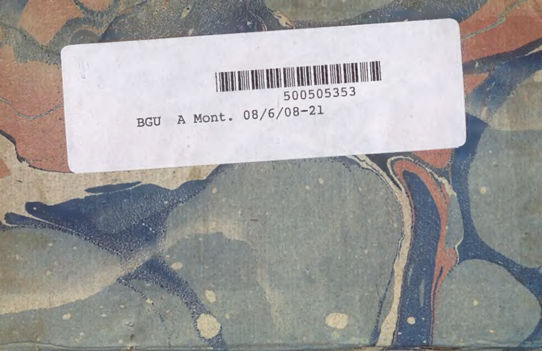
SEÑORAS.

Doña Juana María de Vegas.
Doña María Josefa de Osto.

SEÑORES.

D. Benito Dominguez Cabello.
D. Diego Martin.
D. Francisco de Paula Mayor.
D. Ignacio Mele.
D. Juan A. Carazo.
D. Miguel Cuesta.
D. Pedro Urries.






OBRAS
DE
BENNET
II



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm